



DURO DE AMAR

KENDALL RYAN

Duro de Amar
Kendall Ryan

Copyright 2018 Kendall Ryan
Traducido por Luciana Amoretti

Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Agradecimientos

Sobre la autora

Sinopsis

A Cade siempre le gustó arriesgarse...

Él cuida a su hermanita enferma haciendo lo que mejor sabe hacer, compite en campeonatos de lucha en jaula y protagoniza películas para adultos, su nuevo y descabellado plan para conseguir dinero y pagar los abultados gastos médicos de su hermana. Pero cuando su última actuación lo deja en la sala de emergencia con una enorme erección, gracias a la pastilla que le dio el director, no puede sacarse de la cabeza a la linda enfermera que lo atendió, incluso cuando sabe que ella está fuera de su alcance.

Alexa siempre fue a lo seguro...

Cansada de estar encasillada como la estudiante de enfermería dulce, inocente y trabajadora, Alexa ha estado buscando maneras de abandonar su imagen de niña buena. Cuando su amiga le sugiere la idea disparatada de perder su virginidad con una estrella porno, sexy y sin duda muy bien dotada, Alexa se siente mortificada. Pero cuando Cade rechaza su proposición, se encuentra molesta y avergonzada. Cuando decide buscarlo para reprochárselo, no está preparada para lo que se va a encontrar. Verlo cuidar a su hermanita le llega al corazón y, de repente, ya no se trata sólo de perder su virginidad, sino de ayudar a Cade. Que Dios la ayude, podría enamorarse de una estrella porno...

Capítulo 1

Cade

Maldición. Yo sabía que una erección de cuatro horas no era normal.

Me moví incómodo en la cabina de mi camioneta y consideré qué hacer. La sala de emergencias estaba abierta las veinticuatro horas, por lo que ese no era problema. Lo que me hacía perder el tiempo en el estacionamiento era la vergüenza por mi condición. Pero, maldición, esto era terriblemente doloroso. Tiré de mis pantalones, intentando hacer más espacio y acomodé mi erección una vez más.

Al carajo. Tenía que entrar.

Atravesé el estacionamiento poco iluminado, tratando de caminar lo más normal posible, pero cada paso ponía a prueba mi cordura.

Cuando llegué a la recepción, una mujer mayor levantó la vista y preguntó si podía ayudarme con algo. Me esforcé para mantenerme serio mientras le explicaba mi problema. Con expresión adusta, me entregó bruscamente un portapapeles con formularios, sin querer oír ni una palabra más. Me dirigí a la sala de espera, sosteniendo el portapapeles delante de mi entrepierna.

Para empeorar las cosas, Rick, el director con el que había estado trabajando en el set, entró intempestivamente en la sala de emergencias para acompañarme mientras esperaba, diciendo que no iba a permitir que uno de sus actores pasara por esto solo. *Carajo.*

Una vez que entregué los papeles, me concentré en pensar en algo que pudiera domar a este monstruo de erección. Los Osos de Chicago, lo mucho que odiaba los hospitales, cualquier cosa no-sexual. Nada ayudó. Cuando me llamaron treinta minutos más tarde, aún seguía a punto de estallar.

Tenía la esperanza de que me atendiera un médico de sexo masculino, así podríamos solucionar esto de hombre a hombre, pero cuando pasé detrás de las cortinas y vi a una joven enfermera esperándome, todas mis esperanzas se esfumaron. Rick me siguió dentro de la pequeña habitación y se ubicó en el rincón para observar. Yo estaba convencido de que estaba aquí con el único propósito de divertirse.

La enfermera me miró, sus ojos se abrieron como platos y contuvo la respiración. Parecía joven, demasiado joven para ser una enfermera, y tenía una belleza dulce e inocente, que generalmente no llamaba mi atención.

—Hola. ¿Caden Ellis? —preguntó. Su voz era suave y con un tono de preocupación.

—Cade. —Me tomó un segundo responder.

—Por favor, tome asiento. —Señaló la camilla cubierta con papel y comenzó a hojear mi información—. Mi nombre es Alexa. Soy estudiante de enfermería y estoy asistiendo al médico esta noche. ¿Le importa si le hago algunas preguntas simples antes de pasar a lo más duro? —Movié sus ojos nerviosamente a mi falda, y no pude evitar sonreír.

—Por supuesto.

Asintió con la cabeza astutamente. —Está bien, entonces. Empecemos. —Se sentó en el taburete con ruedas a mi lado y se acercó—. ¿Su peso?

—Noventa y cinco.

—¿Altura?

—Uno, ochenta y cinco.

Lo garabateó en su archivo. —¿Y su edad?

—Veintidós.

Ella reprimió una sonrisa, aunque yo no sabía muy bien por qué.

Tenía el pelo entre rubio y castaño, y tenía ojos azules grandes que hacían juego con el color de un cielo cristalino. Era pequeña pero bien formada y rellenaba muy bien su uniforme de hospital azul, con curvas en todos los lugares correctos. Su boca era como el capullo de una rosa y su nariz pequeña y respingada, y aún en su uniforme de trabajo se veía elegante y prolija — daba la impresión de que había sido criada para ser serena y educada. Muy distinto de cómo crecí yo.

Terminó con los formularios y buscó el instrumental médico para medir mis signos vitales. A pesar de que su presencia era profesional, no ayudó en nada a debilitar mi erección. De hecho, creo que mi maldito pene se puso aún más duro sólo para burlarse de mí.

Colocó el estetoscopio sobre mi corazón y escuchó durante un buen tiempo antes de tomar nota. La miré trabajar mientras se me escapaba una sonrisa.

—Así que, Cade —Me sonrió con dientes blancos y rectos mientras me colocaba el manguito del tensiómetro en mi bíceps—, ¿cuál parece ser el problema?

Mierda. Me iba a forzar a decirlo. —Lo anoté allí... —Toqué el portapapeles que ella sostenía—, en los formularios que completé en la sala de espera...

Bajó la mirada, frunciendo el ceño y curvando los labios. —Sí. Ya lo veo.

Pero si pudiera explicarme, por favor... eh, cómo sucedió esto. ¿Esta es la primera vez, que... le ha ocurrido?

—Nunca antes había tomado un medicamento para mejorar el rendimiento, si es lo que estás preguntando. —Las palabras de los comerciales sobreactuados resonaron en mi cabeza. “*Si usted tiene una erección que dura más de cuatro horas, busque ayuda médica de inmediato.*”

Aparté la mirada de la fina tela tirante sobre su pecho, pero no antes de que ella me sorprendiera mirándola. Bajó la vista hacia su pecho para ver qué era lo que yo observaba fijamente y frunció el ceño. Sacó un hisopo enorme que no me había dado cuenta que llevaba en el bolsillo superior. —No se preocupe, no lo voy a usar con usted.

Eso no era lo que me había llamado la atención, pero me sentí aliviado de todas formas cuando no me sorprendió comiéndole los senos con la mirada. Me sentí como un verdadero imbécil, sentado aquí con una erección y mirándole las tetas a la enfermera. *Muy elegante.* Era como si mi pene pensara que estábamos aquí para seleccionar a una candidata dispuesta a aliviar su malestar. *Lamentablemente, no, amigo.* Sentí su dolor. Aclaré la garganta y bajé la mirada.

Alexa trabajó de forma rápida y metódica, inflando el manguito y presionando con sus dedos en mi muñeca para sentir mi pulso mientras observaba las agujas de su reloj de pulsera. Aproveché la oportunidad para estudiarla con más detenimiento, notando la forma en que su rostro se fruncía en concentración absoluta mientras trabajaba. Hacía un gran esfuerzo para no distraerse conmigo. No era el efecto habitual que tenía sobre las mujeres.

—Entonces, ¿puede contarme más acerca de cuándo comenzó con este problema? —Bajó la mirada a mis respuestas, las cuales deliberadamente dejé incompletas, anotando sólo los detalles más importantes como mi nombre,

seguro médico, y, ¡ah, sí!, una erección dolorosa. Tenía la esperanza de poder hablar con un médico de sexo masculino que hubiera tenido casos como éste anteriormente, no con una enfermera joven y linda, maldita sea.

Dudé y Rick se rio. —Comenzábamos nuestro rodaje y mi estrella aquí tuvo pánico escénico. Le di un par de pastillitas azules que tengo a mano por si acaso.

Frunció su boca enfurruñada mientras nos miraba a ambos. Bajé la vista, señalando con un gesto la erección tensa contra mis pantalones.

—Ay, por.... —Se tapó la boca con la mano e involuntariamente dio un paso atrás.

Su reacción fue tan honesta, tan terriblemente inocente, que casi me echo a reír. Casi. Pero la mayor parte de mi suministro de sangre estaba ubicado en la parte inferior de mi cuerpo, lo que retrasó cualquier respuesta normal.

—Pero, esperen... ¿en qué negocio están ustedes?

—Entretenimiento para adultos — Rick y yo respondimos exactamente en el mismo momento.

—¿Es decir... porno? —preguntó Alexa.

Hice una mueca.

Rick se cruzó para entregarle a Alexa una tarjeta de presentación. — Señora X Entretenimiento—dijo con orgullo.

No le expliqué que la compañía de cine filmaba sus películas con un toque romántico y elegante, lo cual fue lo primero que me atrajo. Aunque francamente, nada de eso importaba. Era pornografía, y eso era todo lo que ella iba a ver. Probablemente pensó que yo era una especie de mujeriego o un adicto al sexo. Lo vi en sus ojos, y no tenía sentido contradecirla. No era como

si fuera a encontrarme con esta chica nuevamente. Jamás iba a saber acerca de la pequeña niña bajo mi custodia, y la hipoteca, alimentos y servicios públicos de los que yo era responsable.

Luego de tomarse un momento para recobrar la compostura, la enfermera entró en acción, tomó una bata blanca de papel y me la entregó. —Aquí tiene. Desvístase y póngase esto de forma que quede abierta en la parte delantera y regresaré enseguida. —Huyó de la habitación sin decir una palabra más.

Unos días antes, cuando firmé este tema del entretenimiento para adultos, todo me pareció fácil. Me presenté y posé para unas fotos de modelos para el sitio web. Vistiendo sólo unos bóxer, me recosté en una cama con una hermosa chica llamada Desirée. Nos hicieron posar en varias posiciones que se tornaban cada vez más íntimas — lamiéndole el cuello, los pezones y luego el clítoris. No era sexual, como uno podría pensar. Tuvimos que permanecer quietos y mantener cada postura durante varios segundos mientras la cámara hacia clic en la distancia, así que no era como si estuviera excitándola realmente. Sólo mantenía mi lengua sobre ella. Era... diferente. Y cuando me pidieron que me quitara el bóxer, aún no estaba duro. Sin decir una palabra, Desirée, como la buena profesional que es, bajó su mano y frotó sus dedos largos con las uñas pintadas sobre mi paquete hasta que estuve erecto. Después pasé otra hora posando con ella. Modelar fue la parte fácil. La filmación era la que me iba a resultar difícil.

* * *

Tres horas antes

Rick caminó hacia mí para motivarme. —¿Estás listo para esto?

Respiré hondo y miré el set de filmación: un sofá de cuero blanco contra

unas ventanas de piso a techo en el elegante loft que había alquilado el estudio. Todo se veía frío y artificial, pero ¿qué podía esperar? Era sólo sexo. Podía hacerlo. Era lo único en lo que sabía con certeza que era bueno. Y lo más importante, estaba bien pago, lo suficiente como para solventar la atención médica de Lily.

Recordé su dulce rostro asomándose por el borde de su edredón cuando la acosté hoy más temprano. Le había comentado que Becca iba a cuidarla y que no me iba a ver hasta la mañana. Ella apretó los labios y asintió. No le gustaba la oscuridad, e incluso a veces prefería meterse en mi cama por la noche, pero estaba poniendo su cara de valiente.

—¿Cade? —preguntó Rick, dirigiendo mi atención nuevamente hacia a él.

—Sí, estaré bien.

—Ese es mi chico. Nuestra actriz debería llegar pronto. Es una chica nueva. Te va a encantar. Joven, dulce... —Hizo un sonido de succión con la boca y sus ojos tenían como la mirada perdida. Me estremecí. Dejando de lado el hecho de que él era un director de películas para adultos, el comportamiento de Rick rayaba en lo inmoral.

Comenzaba a arrepentirme de mi decisión de trabajar para él, pero los signos de dólar seguían flotando ante mis ojos. Rick me había visto en el ring de boxeo en varias ocasiones durante el año anterior, y unos meses atrás comenzó a acercarse a mí después de las peleas, con la promesa de grandes sumas de dinero si alguna vez estaba interesado en trabajar para él. En ese momento, me reí. Pero el dinero de las peleas no era estable, y cuando las cosas empeoraron con Lily, acepté la oferta y decidí darle una oportunidad.

La maquilladora se acercó y, por suerte, distrajo a Rick de cualquier pensamiento perverso que estuviera reproduciéndose en su cabeza. Me pidió

que me quitara la bata y comenzó a aplicarme un tipo de bronceador en spray sobre los hombros y el pecho. No me gustó el olor, pero lo alejé de mi mente y me concentré en lo que tenía que hacer.

—Lo más importante que debes recordar es el *control*. No acabes hasta que yo lo diga. Si necesitas ir más despacio, o cambiar de posición, hazlo. Siempre y cuando no acabes hasta que yo dé la señal. Necesitamos un montón de tomas y posiciones antes de que eso suceda—Me recordó Rick.

—Entiendo. No será un problema.

Él se echó a reír. —Confiado. Me gusta eso.

La confianza no solía ser un problema para mí, pero no podía negar que sentía un dejo de ansiedad ante la idea de tener sexo con una chica a la que nunca había visto, delante de la cámara y frente a una sala llena de gente: técnicos de iluminación, director, equipo de filmación, y algunos otros cuyas funciones no conocía. Traté de no centrarme en eso y en cambio pensé en el dinero que Rick me había prometido.

—¿Qué pasa con ella? ¿No debería hablarle primero? ¿Saber qué le gusta, qué la excita? — Rick se rio y palmeó mi hombro. —No seas tonto. Es una escena porno, no una primera cita. Ella fingirá, así que no te preocupes porque tenga un orgasmo. Sólo concéntrate en ti.

No podía imaginar cómo sonaría una conversación así con una extraña.... *¿Así que te gusta la penetración o la estimulación del clítoris para alcanzar el orgasmo?* Dios, ¿yo era un idiota o qué? Estaba pensando demasiado en esta mierda.

La puerta principal se abrió y todo el mundo se dio vuelta. —¡Y ahí está! Mi chica hermosa... —Rick se dirigió a saludar a la estrella asombrada cuando ella entró en el apartamento.

No pude dejar de notar lo asustada que estaba. Y joven. Mierda, ¿esta chica tenía al menos dieciocho años? Observé como Rick la ayudó a quitarse su chaqueta y la acompañó hasta la silla de maquillaje.

* * *

Cuando Alexa regresó, yo estaba sentado en la camilla con la bata de papel ligeramente abierta. Rick no se ofreció a retirarse mientras me cambiaba. Él y toda una habitación llena de gente ya me habían visto desnudo, así que pensé que no importaba mucho a esta altura. No veía la hora de que esta maldita noche terminara.

Alexa se lavó las manos y colocó cuidadosamente una bolsa de hielo sobre mi entrepierna. Me moví y dejé escapar un gruñido de sorpresa por la frialdad, y los ojos de Alexa se cruzaron con los míos. —¿Está bien? —preguntó en voz baja.

—Bien —dije y me tragué la sarta de malas palabras que quería dejar salir y ajusté la bolsa de hielo para no colocarla directamente en mis bolas.

Rick se apoyó en la camilla y rio para sus adentros como si le resultara divertida nuestra interacción. Era evidente que yo estaba intrigado por ella y por la forma en que sus ojos vagaban por la habitación, desesperada por mirar a cualquier lado excepto directamente a mí, o mejor dicho, a mi apéndice inflamado. Estaba claramente incómoda.

—Puedes ver por qué lo contraté, ¿no, cariño? —Rick sonrió con orgullo y le dio un codazo suavemente en un costado.

Sus mejillas se ruborizaron y hundió la barbilla contra el pecho.

—Continuemos con esto —gruñí. No me importaba el examen o estar expuesto, sólo quería poner fin a su vergüenza lo antes posible.

No sé por qué le hice caso a Rick y tomé esas malditas pastillas. Me sentía atraído por la modelo que contrató, ese no era el problema. Era muy bonita, menuda y bien proporcionada, pero parecía terriblemente asustada. Traté de mantener una conversación cortés antes de que comenzara el rodaje, pero incluso una pequeña charla era demasiado para ella. Se excusó y fue a la cocina, donde se sentó sobre un taburete de la barra, con los ojos cerrados y el pecho que le subía y bajaba mientras respiraba profundamente. Cuando finalmente se convenció de hacerlo, me sentí tan incómodo que ni siquiera pude mantener mi erección, algo que nunca antes había sido un problema para mí.

No me iba a coger a una chica que estaba horrorizada de mí . Lo siento, eso no me excita. Rick asumió que era un problema de nervios, y estúpidamente acepté las píldoras en lugar de explicarle por qué no quería hacer esto. Al final, tuve que ser hombre y explicarle la situación, pero no antes de que el daño ya estuviera hecho.

—¿Así que eres una estrella porno? —preguntó Alexa dejando de lado la formalidad, y me miró brevemente antes de volver a esquivarme.

Estaba tan nerviosa como un ratón en una estampida. —¿Eso te molesta? —fanfarroneé. No tenía por qué saber que se trataba de mi primera película y que ni siquiera la había terminado. Además, ya me había juzgado. No tenía sentido tratar de defender mi honor.

Sus ojos se cruzaron de nuevo con los míos y sostuvo la mirada.

—No. —Su voz sonó segura, pero no pude dejar de notar el rubor que subía desde su cuello para colorear sus mejillas. No me sorprendería para nada saber que aún era virgen, con lo tímida e insegura que era de sí misma. Razón de más para estar lo más lejos posible de ella.

Verla trabajar, sus pequeñas manos ocupadas en cuidar de mí, provocó algo en mi interior. Hacía mucho tiempo que nadie se ocupaba de mí.

El médico entró en la sala. Era un hombre promediando los cuarenta, con aspecto de puritano, cosa que me tranquilizó.

Después de cubrir los aspectos básicos — que me había tomado dos de las pastillitas azules a pesar de que sólo se recomendaba *una* y que sí, estaba totalmente erecto desde hacía más de cuatro horas y media —, el médico, por suerte, puso manos a la obra y abrió mi bata. Mi miembro inflamado sobresalía frente a mí, saludando con orgullo al doctor y a Alexa.

—¡Allí está! —Rick exclamó con orgullo. Este tipo era retorcido. ¿Por qué demonios estaba tan interesado en mi verga? Claro que era superior a la media, eso lo sabía. Después de que Rick se me acercara para protagonizar una de sus películas, miré estadísticas en Internet y me medí, sólo por curiosidad. Era mucho más grande que el promedio de acuerdo con lo que había leído en línea. Pero aun así, su interés era inquietante. Me recordé a mí mismo que él trabajaba con el cuerpo humano todo el día, y que estaba pensando en el dinero que yo podía ganar cuando lo miraba, pero eso no quería decir que me gustara que otro hombre mirase mi pene con tanto entusiasmo.

Levanté la vista para ver la expresión de Alexa. Un puta mala idea. Estaba boquiabierta, y su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas. Prácticamente sentí que su mirada me acariciaba.

—¿Él es un familiar? —preguntó el doctor, inspeccionándome cautelosamente.

—No.

El doctor inclinó la cabeza hacia la puerta, haciendo un gesto a Rick. —

¿Le importaría salir de la habitación, señor?

—Por supuesto, doctor. —Rick asintió con la cabeza—. Me voy de aquí tan pronto como usted me diga que no hay un daño permanente en la máquina de hacer dinero.

El médico levantó la vista; no le hizo nada de gracia. —Sobrevivirá. Ahora, por favor, váyase.

Aparentemente satisfecho con la respuesta, Rick me guiñó un ojo, me palmeó el hombro y salió de la habitación.

—Entonces, ¿cómo se trata mi situación? —Estaba un poco asustado de preguntar.

Los ojos de Alexa se movieron hacia el suelo, como si supiera que no me iba a gustar la respuesta. Todo mal.

—Te daré una medicación, es una combinación de un esteroide y un relajante muscular para ver si eso vuelve las cosas a la normalidad. Tomarás las pastillas oralmente y esperaremos unos treinta minutos. Si eso no funciona, tendré que insertar una aguja delgada en el miembro y extraer la sangre de forma manual. —El doctor anotó algo en mi historia clínica y salió de la habitación.

Se me hizo un nudo en la garganta. Las malditas pastillas tenían que funcionar. No sería capaz de soportar que acercara una aguja a mi pene sin golpear al pobre hombre en la cara. Alexa regresó unos minutos más tarde con un vaso de plástico diminuto que contenía dos pastillas y un vaso de agua para mí. Me tomé las pastillas y el agua de un solo trago. Una vez más, ella acomodó la bolsa de hielo sobre mi regazo, y cuando su mano rozó mi pene, lo hizo saltar. La vi morderse el labio para evitar sonreír.

—Gracias —murmuré, pasándole el vaso.

—De nada. Quédate quieto y regresaré a chequear tu evolución dentro de un rato.

Nunca estuve tan feliz de que se me bajara en mi vida, pero veinte minutos más tarde mi erección se desinfló, salté de la camilla y empecé a vestirme. Justo cuando estaba subiéndome los jeans, Alexa regresó para controlarme.

La mirada de sorpresa en su rostro me detuvo por completo.

—Creo que estoy listo para irme —expliqué.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y se detuvieron cuando llegaron al bulto que ya no ajustaba mis pantalones.

—Ah.

—Gracias por todo. —Tomé mi chaqueta de la silla y comencé a salir. Alexa me frenó con sus manos en mi pecho.

—No puedes irte así. El Dr. Chancellor quería eeh... hablar contigo de tu, ejem, estilo de vida. Y ver si podemos ofrecerte algunas pruebas de laboratorio para enfermedades de transmisión sexual.

Me eché a reír. —Gracias de todos modos, pero estoy bien. —Apenas si tenía tiempo para tener citas, mucho menos para tener sexo, pero cuando lo hacía, siempre usaba condón. Sin mencionar que Rick insistió en hacerme todos los análisis como parte del acuerdo para trabajar para él. Lo único que quería hacer era llegar a casa, ver cómo estaba Lily y olvidar que toda esta noche alguna vez ocurrió.

—Está bien. Cuídate —dijo, y se corrió del paso cuando escapé de la habitación, dispuesto a dejar muy atrás toda esta experiencia.

Capítulo 2

Alexa

Cuando desperté y busqué mi móvil para ver la hora, me sorprendí al descubrir que ya eran las cuatro de la tarde. Me estiré y arrojé hacia atrás mi edredón, suspirando porque a pesar de que era tarde, mi cuerpo no estaba para nada dispuesto a dejar mi almohada suave y celestial.

El turno de medianoche estaba causando estragos en mi cuerpo. Cada noche que trabajaba en ese horario, despertaba más y más tarde al día siguiente. Al menos hoy tenía la noche libre, cumplía veintiún años, e iba a salir con mis amigos más tarde. No podía ni imaginar lo que MacKenzie tenía planeado. Esa chica, a pesar de que la consideraba mi mejor amiga en la escuela de enfermería, era un problema con mayúsculas.

Me senté en mi tocador y me cepillé el cabello. Las bolsas bajo mis ojos necesitaban atención también, así que apliqué un poco de corrector antes de atar mi cabello en una coleta.

Mis padres no comprendían por qué trabajaba tanto. El dinero ciertamente no era lo que me motivaba, ya que mi familia tenía más de lo que podríamos gastar en toda una vida, pero yo quería algo más para mí misma. Algo en lo que fuera buena y me mantuviera ocupada. Su única meta para mí era encontrarme un hombre rico y bien educado y convertirme en una especie de esposa perfecta, un deseo que no compartía. Una vida como esa sonaba increíblemente aburrida para mí. No quería pasar mis tardes tomando una combinación de antidepresivos y copas de vino como mi mamá. No, gracias.

Una vez en la cocina, deslicé un cartucho de café en la cafetera, el

artefacto más usado en mi cocina ya que rara vez me molestaba en cocinar para mí. No podía dejar de pensar en la noche anterior, o más específicamente, en Cade. Bueno, en realidad estaba pensando en cierta parte de su anatomía más que en otra cosa, y me reí de mí misma. Había visto un montón de cosas extrañas trabajando en el turno de medianoche en la sala de emergencias, pero esta fue una de las más memorables.

Él era atractivo sin lugar a dudas, y eso fue incluso antes de ver la serpiente pitón que acampaba en sus pantalones. Era alto y ridículamente bien torneado de la cabeza a los pies, con una cara de rasgos duros y mandíbula fuerte. Su nariz tenía una pequeña ondulación que indicaba que probablemente había sido rota en algún momento, y unos ojos color chocolate rodeados por pestañas espesas y oscuras.

Tuvo el efecto más extraño en mí. Nunca antes me había atraído un paciente. Jamás. Era mi trabajo, y rara vez notaba detalles sobre una persona en particular. Esa afirmación sonaba cruel, pero veía a la gente que entraba y salía del hospital como objetos clínicos. Solamente notaba los detalles que necesitaba para hacer mi trabajo, como cuál era la mejor vena para colocar una intravenosa o extraer sangre, o calcular la medicación en base al peso, cosas como esas. Pero con él, no podía concentrarme en lo que necesitaba hacer. En cambio, me di cuenta cómo sus ojos oscuros seguían cada uno de mis movimientos, el grosor de la vena que recorría la longitud de su miembro, y la tensión en su cuerpo ante la evidente incomodidad. También noté el tatuaje que asomaba por el borde de su camiseta como si se arrastrara por su cuello. Quería ver el resto del diseño, aun cuando el mero pensamiento hacía revolver mi estómago de nervios. Y sé que él sabía que estaba cansada de esa molesta sonrisa que se dibujaba en sus labios.

* * *

Cuando sonó el timbre, corrí al panel del intercomunicador para hacer pasar a Mackenzie y Tyson. Abrí la puerta de mi apartamento y encontré a MacKenzie subiendo por las escaleras, con una bolsa de papel marrón llena de botellas alcohólicas en una mano y un recipiente plástico en la otra. Tyson traía un ramo de rosas rosas. Él era como un hermano para mí, pero no estaba segura de que siempre estuviéramos en la misma sintonía.

Le hice prometer a MacKenzie que no organizara nada grande, sólo los tres saldríamos a disfrutar de unas copas, y hasta ahora parecía que había cumplido su parte del trato.

—¡Nuestra bebé está creciendo, Ty! —chilló Mackenzie y me abrazó con fuerza. Le palmeé la espalda y la alejé para recuperar mi espacio. Los abrazos no eran lo mío. Tyson se rio y pasó por nuestro lado, entrando a mi apartamento. Sabía que era mejor no tratar de abrazarme, después de que me quedé completamente rígida en sus brazos la primera y única vez que lo intentó.

—Gracias por las rosas —le dije a sus espaldas mientras iba camino a mi cocina para buscar un florero. Había pasado el tiempo suficiente en mi apartamento como para saber dónde estaba todo. Demonios, creo que él conocía mi apartamento mejor que yo. Una vez lo llamé para preguntarle cómo quitar el cabello del desagüe obstruido de la ducha y me informó que tenía una botella de limpiador de cañerías debajo del fregadero de la cocina. Él era bueno conmigo, y Mackenzie también. Ella a menudo me obligaba a salir de mi caparazón, lo cual, aunque a veces era doloroso, era bueno para mí también.

MacKenzie se apropió de la isla de la cocina, y sacó varias botellas de

alcohol y refrescos de su bolso. Ty buscó los vasos y los llenó con hielo, mientras yo los observaba.

—¿Qué hay aquí? —Levanté la tapa del recipiente plástico, esperando encontrar un pastel.

—Tragos de gelatina —respondió MacKenzie, sonriendo—. Prueba uno.

Quitó la tapa y la dejó a un lado. La bandeja estaba llena de pequeños vasitos plásticos que contenían un arcoíris de brebajes de gelatina. Sin dudas, parecían atractivos. Escogí uno verde y lo incliné hacia mi boca, pero la masa gelatinosa se mantuvo firmemente plantada en el interior del vaso.

MacKenzie se echó a reír y miró a Tyson. —Enséñale cómo, Ty. Olvidé que teníamos una virgen de tragos de gelatina en nuestras manos. —Midió dos unidades de un alcohol claro y los arrojó en un vaso lleno de hielo, mezclando la bebida como si fuera su segunda naturaleza.

Ty sonrió, rodeó la isla y se paró junto a mí. —Saca la lengua.

Lo miré fijamente.

Se rio entre dientes. —Sólo hazlo.

Obedecí y él llevó la copa a mi boca, mostrándome cómo girar mi lengua alrededor del borde para aflojar la gelatina hasta que se deslice del vaso a mi boca.

—Mmm. ¿Manzana verde? —pregunté.

Ty limpió una mancha de gelatina de mi labio inferior y lo lamió de su dedo.

MacKenzie asintió. —Sí. Y aquí está tu trago de cumpleaños.

Era rosa y burbujeante. Tomé un sorbo y lo encontré sorprendentemente

refrescante. Casi no se sentía el vodka que la había visto verter dentro. Era suave y delicioso.

—Gracias.

Una vez que todos tuvimos bebidas, cortesía de MacKenzie, Ty agarró la bandeja de tragos de gelatina y fuimos a la sala para sentarnos en el centro de mi alfombra peluda color crema.

—Necesitamos música. —MacKenzie abrió mi portátil y mi corazón casi se detuvo. Salté de mi asiento para que no viera lo que estaba a punto de ver, pero llegué demasiado tarde.

—¡A la mierda!

Mis mejillas se prendieron fuego al recordar para qué había usado la computadora la última vez: había escrito la dirección del sitio porno de la tarjeta de presentación cuando llegué a casa y busqué hasta que encontré las fotografías de Cade.

—¿Qué es? —preguntó Ty, mirando sobre el hombro de MacKenzie. Su cara se arrugó del asco—. ¡Puaj! —Saltó hacia atrás del ordenador, como si lo hubiera picado.

—¿Miras porno, Alexa? —La sorpresa en la voz de MacKenzie era inconfundible—. No te estoy juzgando, en absoluto, más bien estoy orgullosa de ti... y sorprendida. Siempre has parecido un poco inocente.

Tragué saliva y agarré el portátil de su regazo, tirándolo hacia el mío.

—No es lo que piensas. —Abrí mi biblioteca de música e inicié la lista de reproducción de indie-rock, y luego puse el portátil a un lado.

MacKenzie se rio, echando la cabeza hacia atrás. —Lo siento, cariño, pero esto necesita una explicación. Quiero decir, nunca has tomado un trago de

gelatina, te criaste con los Ingalls, tu maldito cajón de ropa interior está organizado por color y día de la semana. Confiésanos todo, amiga.

Tyson levantó la vista de su bebida. —¿Tienes ropa interior por días de la semana? Ah, tengo que ver esto. —Se puso de pie y caminó por el pasillo hasta mi habitación. MacKenzie y yo saltamos para seguirlo.

—¡Ty! —llamé—. ¡Sal de ahí!

Él se echó a reír y abrió el cajón superior de mi cómoda tallada a mano de color rosa pálido.

—Mierda, no estabas bromeando, Kenz. —Levantó un par de calzones de algodón blanco de la parte superior de la pila y los sostuvo para inspeccionar—. Domingo —leyó en la parte de atrás, riéndose entre dientes.

Los arrebaté de sus manos, arrojándolos de vuelta en el cajón y lo cerré con mi cadera.

—Suficiente. Fuera. —Los ahuyenté de mi dormitorio. Sí, compré el paquete de ropa interior de algodón. Eran cómodos. No era para tanto.

Mackenzie se mantuvo firme, bloqueando la puerta de mi habitación.

—Sólo si nos cuentas la historia de por qué miras porno. Apuesto a que ni siquiera tienes un juguete sexual, ¿verdad?

—Les contaré todo. —La rodeé para llegar al pasillo. De *ninguna* manera iba a responder la pregunta sobre juguetes sexuales. Aunque Ty era como un hermano para nosotras, seguía siendo un hombre, y no iba a admitir que tenía un vibrador escondido en el fondo del cajón de mi ropa interior. Dios, me habría muerto de vergüenza si hubieran encontrado eso.

Una vez que estuvimos sentados en la alfombra de la sala otra vez, me tomé unos tragos más de gelatina para calmar mis nervios y puse un almohadón

sobre mi regazo. Mackenzie se sentó frente a mí, con cara pícaro, y se recostó contra el sofá.

—Bueno. Ayer a la noche en la sala de emergencias... —Tomé otro trago y tragué el bocado gelatinoso, ya que necesitaba darme fuerzas a mí misma ante el recuerdo de la erección de Cade.

—¿Qué tan grande dirías que era? —preguntó Mackenzie una vez que terminé mi historia, inclinándose hacia adelante con una gran curiosidad.

—Ah, maldita sea, voy a buscar otra bebida —anunció Ty, dirigiéndose a la cocina.

Después de considerar, y rechazar, un candelabro cercano, y sin encontrar nada más adecuado en mi sala de estar para demostrar el largo de la hombría de Cade, Kenzie y yo fuimos a la cocina, sonriendo ante mi idea de buscar un pepino del refrigerador.

Metí la mano en el cajón de las verduras y luego sostuve la verdura larga frente a mi entrepierna.

—Esto se parece bastante.

MacKenzie me tomó de los hombros, girándome de un lado a otro, así podía mostrarlo desde varios ángulos. —Maldita sea. Ese chico está bien dotado.

Tyson se retiró al cuarto de baño mientras MacKenzie y yo regresábamos a la sala de estar. Ella alzó el pepino con orgullo sobre su cabeza, agitándolo al ritmo de la música y se dirigió nuevamente hacia mi computadora.

MacKenzie se sentó en el sofá con el portátil sobre sus rodillas y yo me deslicé a su lado para... supervisar.

—Haz clic aquí —le dije, señalando la etiqueta que decía “Modelos”. El

título me había parecido un poco extraño, pero supuse que sonaba con más clase que decir estrellas porno. La mayoría de las imágenes eran de chicas en topless posando seductoramente. MacKenzie se desplazó más allá de las fotos de las chicas. Anoche yo había inspeccionado a fondo cada imagen, preguntándome si Cade habría dormido con ellas, y a cuál preferiría más. Todas las chicas eran delgadas y bronceadas, con pechos grandes y falsos. Yo no quería, pero mi mente inevitablemente hizo comparaciones con mi propio cuerpo.

Yo era de estatura media, de peso medio. Mis pechos eran reales indudablemente, caían varios centímetros cuando me quitaba el sostén, y tenía demasiadas pecas para considerarme sexy. Bonita quizás, pero definitivamente no estaba a la altura del tipo de mujeres con las que él dormía habitualmente. Pero todos los pensamientos de inseguridades se desvanecieron cuando encontré la foto de Cade.

—Es él. —Señalé la foto.

Decía que su nombre era Sebastian, pero era Cade sin lugar a dudas. Estaba parado cerca de un banco para pesas, con shorts de entrenamiento sueltos sobre sus caderas estrechas para mostrar sus abdominales marcados y sonriendo como si supiera un secreto que el resto de nosotros desconocía.

—*Carajo*. Es muy sexy.

Me reí. —Lo sé.

MacKenzie hizo clic sobre su foto. A pesar de que anoche me pasé largo rato estudiando exhaustivamente cada una, no pude evitar inclinarme hacia adelante para inspeccionarlas junto con ella una vez más. Tenía una página llena de fotos. En muchas, vestía sólo un par de calzoncillos negros, y en algunas otras se los había quitado y toda su humanidad estaba a la vista. El

tatuaje que me había intrigado era un diseño tribal que cubría su hombro izquierdo y se extendía por su pecho hasta terminar en su cuello.

Me sonrojé al ver su pene bien erecto y sentí un calor que subió por mi pecho. No podía dejar de recordar la sensación de estar cerca de Cade en la habitación semi-privada del hospital, donde había estado lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su piel y el aroma almizclado de su excitación.

MacKenzie se desplazó hasta la biografía que había debajo de las fotos. La había leído anoche, pero no podía resistirme a leerla otra vez por encima de su hombro. Decía que era su modelo más nuevo y que trabajaba exclusivamente para su página web. La biografía afirmaba que era extremadamente profesional para trabajar y que siempre se aseguraba de que las chicas se sintieran cómodas. Fuera del trabajo, le gustaba entrenar y escuchar música rock. Sonaba como un cliché de mierda, pero eso no me impidió aferrarme a cada pizca de información que pudiera conseguir.

Tyson apareció desde la cocina, esta vez con una botella de cerveza, y se hundió en una silla al otro lado de la habitación.

—Ty, ¿quieres ver cómo luce un hombre de verdad? —bromeó MacKenzie.

Le di un codazo. Tyson era sólo unos centímetros más alto que yo y tenía una constitución delgada, pero era lindo y no me gustaba que ella lo menosprecie. Especialmente porque recibía críticas con regularidad por ser uno de los pocos estudiantes masculinos de enfermería.

—Lo veo todos los días, nena. Gracias. —Se terminó el resto de la cerveza.

MacKenzie cerró el portátil. —Salgamos. Si miro más fotos, me lanzaré

sobre el primer chico que vea en el club.

Para cuando llegamos, los tragos de gelatina ya me habían hecho efecto. Tyson deslizó su brazo alrededor de mi cintura y me ayudó a entrar. Una vez que nos ubicamos en el bar, me depositó en una banqueta, impidió que MacKenzie ordenara más tragos y me pidió una cerveza y un agua.

Con nuestras bebidas en la mano, encontramos una mesa y nos sentamos.

Me dejé caer en el asiento y apoyé mi cabeza en el hombro de Ty. —¿Qué había en esas cositas de gelatina? Me siento rara.

MacKenzie se rio. —Vodka. Pensé que sabías que los tragos de gelatina llevaban alcohol.

Ty tomó mi mentón, girando mi rostro hacia el suyo. —¿Cuántos te has tomado, Lex?

Intenté contarlos pero me perdí. —Mmm, ¿Diez? ¿Doce?

—Mierda —dijo y quitó la botella de cerveza de mi mano, remplazándola por el agua. —Maldita sea, Kenzie. Prometiste cuidarla esta noche.

MacKenzie agitó una mano hacia él. —Está borracha, no muerta, Tyson. Cálmate. Cumple veintiún años, y por Dios, no eres su padre. —Tomó un buen trago de su propia bebida.

—No discutan, chicos. Estoy bien. —Traté de apretar sus manos para tranquilizarlos pero erré—. ¿Ven?

Ambos se rieron de mi falta de coordinación.

—A veces olvido cuan protegida estás, Alexa. Juro que actúas como si te hubieran criado en un convento, con tus calzones de algodón con los días de la semana y todo eso. —Se echó a reír.

Me enderecé en mi asiento. —Que sea virgen de los tragos de gelatina no significa nada. Diablos, si soy virgen en todo sentido...Me tapé la boca con una mano. ¡Ups! No quise decir eso en voz alta.

MacKenzie agarró mis hombros. —¿Hablas en serio?

Asentí de mala gana. Kenzie y Tyson se sorprendieron ante mi revelación. —¿Qué? No es que esté orgullosa de eso. Ya no quiero ser más así.

MacKenzie me tomó de la mano. —Amiga, no es algo para avergonzarse. Pero si realmente quieres dejar de serlo... no es tan difícil. Tus padres te explicaron de dónde vienen los bebés, ¿verdad?

Le quité la cerveza a Ty y tomé un buen trago. —No soy como tú. No puedo tener una aventura de una sola noche.

—Bueno, no me vengas llorando cuando seas vieja y vivas sola con un montón de gatos. Tomé otro trago de mi botella, sin contarle que últimamente había estado pensando en conseguir un gato.

—Déjala en paz, Kenzie —dijo Tyson, y me sacó la cerveza de la mano otra vez. Se acercó hacia mí—. Si quieres que te ayude, solo házmelo saber.

MacKenzie golpeó con fuerza la mano de Tyson para apartarla de mi muslo. —No, Ty. Yo la ayudaré a elegirlo. Como un regalo de cumpleaños.

Revoleé los ojos, resoplando ante sus sugerencias. No iba a elegir a un tipo al azar para dormir con él como regalo de cumpleaños. Y por supuesto que no iba a acostarme con Tyson. ¡Puaj! ¿A quién se le ocurre? Es como un hermano para mí—. ¡Ay por Dios! Alexa, mira. —MacKenzie señaló al otro lado del bar—. Es el tipo de la página web.

Capítulo 3

Cade

Me senté en la barra con una cerveza, perdido en mis pensamientos.

—¿Amigo, quieres una tetina para esa botella? Deja de ser una niñita y bébetela —dijo Ian, y se terminó su propia cerveza de unos pocos tragos.

Le lancé una mirada de advertencia. —No me jodas esta noche, no estoy de humor. —Me había empeñado en emborracharme esta noche, ante la necesidad de unas pocas horas de paz de todas las preocupaciones que me agobiaban constantemente, pero parecía que también estaba fallando en eso.

—Ha llegado la factura de la última cirugía de Lily.

—Lo siento, hombre. —Ian inclinó su cerveza, chocando su botella contra la mía—. Déjame saber si puedo ayudar.

Asentí con la cabeza. Nunca le pediría ayuda y ambos lo sabíamos, pero aún así, el simple hecho de que la ofreciera significaba mucho para mí. Ian y yo habíamos sido amigos desde octavo grado, cuando me mudé aquí para vivir con mis abuelos. Él sabía todo acerca de mi hermana Lily y su enfermedad, la cual le dejó su pobre columna vertebral y sus piernitas deformadas y retorcidas. Después del arresto de mis padres por metanfetamina que los llevó a ambos a prisión cuando ella tenía tres años, y la muerte de mis abuelos un año después de eso, me otorgaron su custodia exclusiva. Ella ahora tenía seis años y era una pequeña que no conocía el significado de la palabra discapacidad. Era una de las tantas cosas que amaba de esa niña. Pero su cuidado no era barato, lo que me tenía constantemente preocupado por el

dinero.

Ian, un fanático de las artes marciales de toda la vida, me había iniciado en la lucha en jaula un par de años antes. Era la combinación perfecta. La oportunidad de ganar dinero rápido y de liberar agresividad acumulada todo al mismo tiempo. Pero no era suficiente. Y luego apareció mi última aventura estúpida. Rick se acercó tanto a Ian como a mí, pero yo era el único que estaba tan necesitado de dinero como para considerarlo. O el único tan idiota, lo dejo a tu criterio. Ian sabía que yo estaba trabajando para Rick, pero no quería saber ningún detalle, así que por supuesto no le mencioné nada acerca de mi visita nocturna a la sala de emergencias.

Después de recibir la factura de la última cirugía de Lily, me di cuenta de que no sólo necesitaba un trabajo bien pago, sino uno que viniera con seguro de salud también. Pero si pudiese aguantar y grabar al menos un par de videos, tendría más que suficiente para pagar la factura. Luego podría enfocarme en reformar mi vida y buscar un trabajo de verdad, por el bien de Lily.

Al darse cuenta de que estaba perdido en mis pensamientos otra vez, Ian se aclaró la garganta. —Deja de estresarte, hermano. Ya tienes suficiente durante la semana. No hemos salido en Dios sabe cuánto tiempo, y ya que tienes una niñera para Lily esta noche, tenemos que aprovechar este tiempo.

—¿Sí? ¿Y cómo vamos a hacer eso? —Ir al gimnasio para una sesión nocturna de entrenamiento, seguida de una ducha caliente y mi cama sonaba como una forma perfecta de aprovechar el tiempo para mí. Ni siquiera creía que fuera capaz de emborracharme un poco.

—Para empezar, nuestra prioridad número uno tiene que ser ponerla esta noche.

Sacudí la cabeza. No quería explicarle que mañana yo lo haría

sobradamente en el rodaje. Y con esa factura colgando sobre mi cabeza, estaba seguro de que actuaría esta vez.

Ian inclinó la cabeza hacia una mesa al otro lado del local. —Y creo que estás de suerte, hermano. Aquellas chicas de allí te están mirando.

Me aparté de la barra, y llevé mi cerveza a mis labios mientras escaneaba la habitación. Sorprendido, vi a la bonita enfermera de la otra noche sentada en una mesa con un par de amigos.

¿Qué diablos?

La otra mujer de la mesa me saludó con la mano.

—¿Las conoces? —preguntó.

—Sí. Algo así. —Tiré unos billetes sobre la barra y le dije a Ian que lo vería más tarde. Caminé hacia donde estaban sentados.

—Hola, sexy —dijo la amiga de Alexa, deslizando los dedos por mi antebrazo—. Vi tu página web. Muy caliente.

Mis ojos volaron a Alexa. ¿Les había contado a sus amigos lo que hice? ¿Y qué... me habían buscado en Google? —¿Alexa?

Ella se sonrojó y se mordió el labio inferior. —Hola, Cade.

¿Ni siquiera iba a negarlo? Supuse que tendría que acostumbrarme al hecho de que fotos de mi pito se propagaran por todo Internet, y que los videos seguirían el mismo camino. Mañana había un rodaje que tendría que atravesar. Le comenté a Rick mi opinión acerca de contratar a chicas que parecían tan jóvenes, y me prometió que me emparejaría con Mollie, una profesional experimentada que seguro me iba a encantar, si le daba otra oportunidad.

—Toma asiento, Cade. ¿O es Sebastian? —preguntó la amiga de Alexa—. A propósito, yo soy MacKenzie, y este es Tyson. —Hizo un gesto hacia el tipo

sentado con ellas. Me sonrió lánguidamente, tan incómodo como yo.

Me quedé de pie. —Llámame Cade.

La mirada de Alexa recorrió mi pecho y mi abdomen, y se detuvo justo debajo de la hebilla de mi cinturón. No pude evitar sonreír, y ella sabía que la había visto. Dejó escapar un resoplido, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre ellos para descansar.

—¿Está borracha? —Me senté junto a ella.

MacKenzie asintió con orgullo. —Sí. Cumple veintiún años.

—Feliz cumpleaños.

Alexa abrió un ojo y alzó la vista para mirarme. —Gracias —refunfuñó antes de cerrar los ojos otra vez.

—Justo a tiempo —dijo MacKenzie, inclinándose hacia delante sobre sus codos—. Justamente estábamos hablando del regalo de cumpleaños de Lex.

Alexa despertó de su estado de somnolencia y le tapó la boca con la mano a MacKenzie.

—No, Kenz.

MacKenzie apartó la mano de Alexa y se la estrechó, antes de ponerla sobre la mesa. —Cállate. Deberías darme las gracias ahora mismo. Verás, aquí nuestra Alexa es virgen, ¿y qué mejor regalo de cumpleaños que perder su virginidad con alguien experto en dar placer a las mujeres? Es decir, haces esto para ganarte la vida. —Alzó una ceja—. ¿Verdad?

Tomé un trago de mi cerveza. ¿Me estaba jodiendo? —Bueno, sí, podría saber un par de cosas acerca de eso... —Tomé otro sorbo de mi botella para callarme. Es decir, obvio, nunca nadie se había quejado antes, pero eso no significaba que yo fuera la súper estrella porno que habían visto en la página

web. Salvo que todos *pensaban* que sí lo era. Mierda.

Alexa alzó la vista y me miró, sus ojos llenos de curiosidad. *Dios*. No podía mirarme de esa manera o no iba a ser capaz de controlarme.

Aunque le creía, me costaba entender cómo podía seguir siendo virgen a los veintiún años. Era hermosa, pura e inocente. Su cabello caía en suaves rizos sobre sus hombros, justo hasta donde comenzaban sus pechos. Ella era la puta perfección y ni siquiera lo sabía. Su piel lucía tan suave; quería cruzar la mesa y rozar mi pulgar por su mejilla sólo para comprobar que no podía ser tan suave como parecía. En su lugar, me conformé con otro trago. A este paso iba a necesitar otra cerveza muy pronto.

MacKenzie alzó su copa en el aire, como si quisiera brindar. —¡La mejor idea de todos los tiempos! —Le hizo un gesto a la camarera y pidió una ronda de chupitos para la mesa—. ¿Tequila Patrón, está bien?

Asentí con indiferencia. En realidad, sólo quería saber qué estaba pensando Alexa en ese mismo momento y qué era exactamente lo que les había dicho a sus amigos acerca de mí.

Llegaron los chupitos y tomé el vaso de las manos torpes de Alexa. —Suficiente para ti, pastelito. —Me tomé tanto mi chupito como el de ella, uno detrás del otro, el alcohol ardiendo mientras bajaba.

Hizo pucheros y tomó un sorbo del agua que puse frente a ella. Pero mientras nos mirábamos, sus labios se separaron y su respiración se aceleró. Se inclinó hacia adelante con interés y con una sonrisa temblorosa en sus labios que se tornó más valiente cada segundo que pasaba. Una carcajada de su amigo Tyson nos sorprendió a todos. —¿Me estás jodiendo? ¿Este tipo? No. Alexa, si realmente vas a hacer esto, debería ser conmigo. No con un tipo al que ni siquiera conoces, que probablemente tiene Dios sabe qué tipo de

enfermedades.

Alexa tragó saliva visiblemente. Por más descabellada que sonara esta idea, era su decisión. Me obligué a cerrar la boca y mantuve mi rostro sereno. Una ola de nervios que sentí en mi estómago me dijo que yo deseaba esto —la deseaba a ella— más de lo que tenía derecho.

—Está bien —chilló—. Solo déjenme pensar. —Presionó sus sienes con los dedos.

Una ola inesperada de protección surgió en mi interior y me encontré conteniendo la respiración.

MacKenzie sacudió la cabeza. —Lex, por favor, por favor, te lo suplico, en nombre de las mujeres de todo el mundo. Ten sexo ardiente y pervertido con la estrella porno. Tyson siempre estará aquí. —Ella señaló en su dirección y él la miró con los ojos entrecerrados.

Una cosa estaba clara como el día para mí. Tyson sentía algo por ella. Algo verdadero. Yo probablemente debería dejar de entrometerme en los asuntos del pobre bastardo, pero los ojos de Alexa me dijeron que ella no correspondía sus sentimientos. Ni siquiera un poco. Sus ojos recorrieron mi pecho de nuevo y se mordió el labio. Sus mejillas se ruborizaron. Se estaba excitando de sólo pensar en estar conmigo. Carajo, se me iba a poner dura aquí mismo si no dejaba de mirarme de esa manera.

Tyson dejó su bebida. —Vamos, Lex, tú no eres así. Eres prudente. No vas a hacerlo... con él —Hizo un gesto con la cabeza hacia mí—, y todos lo sabemos.

Ella frunció el ceño y se metió el labio inferior en su boca, considerando las palabras de él. —Estoy harta de que todo el mundo piense que soy una santurrón, con notas perfectas y calzones para cada día de la semana. ¿Sabes

qué? Llevo puestos los de los miércoles hoy —es sábado— y esa es una manera bastante triste de rebelarse, ¿no?

¿Días de la semana? Maldita sea, la imagen de ella en ropa interior no estaba ayudando a controlar mi libido hiperactiva.

—¡Bueno, olviden eso! Lo voy a hacer. —Alexa enderezó los hombros, lo que hizo que sus tetas salieran hacia afuera. Ese pequeño top que llevaba puesto dejaba muy poco a la imaginación. Y diablos, sus pezones estaban duros. Esa necesidad de protegerla que sentí antes había vuelto, fastidiándome con más insistencia. No iba a dar un paso atrás y permitir que cualquiera tocara su hermoso culo. Le iba a partir la cara a Tyson para mantenerlo alejado de ella si tenía que hacerlo. Lo cual no sería difícil, ya que estaba listo para romperle los dientes si volvía a mirarla de esa manera.

—¿Lex? —preguntó Tyson, su voz suave y suplicante.

Los ojos de Alexa volvieron a mirarme, devorándome. Se quedó allí sentada parpadeando, esperando con expectativa. *A la mierda, me voy al infierno.*

—Al carajo, lo haré yo mismo —gruñí.

Su reacción ante mi afirmación hizo que se me erizara el vello de la nuca. Tragué con dificultad. —Pero no esta noche. Has bebido demasiado.

Su quedó boquiabierta por la sorpresa.

—¿Tienes un bolígrafo? —Señalé el bolso gigante de MacKenzie apoyado sobre la mesa. Ella reaccionó inmediatamente, hurgando en su interior y, segundos más tarde, me entregó un lápiz. Me incliné sobre la mesa y giré el brazo de Alexa, frotando la piel suave con mi pulgar. Su piel *era* tan suave como había imaginado y la sensación me detuvo en seco por un segundo—. Si aún quieres mañana, y dudo que lo hagas, cariño, encuéntrame aquí. —

Garabateé la dirección en la parte interna de su brazo, arrojé unos billetes sobre la mesa y me marché.

Capítulo 4

Alexa

—Alexa. —El tono de desaprobación de mi madre llamó mi atención. Golpeó una uña pintada de rojo contra la mesa—. Pareces un desastre. Espero que la noche de fiesta con tus amigos haya valido la pena.

Acomodé el vestido de verano alrededor de mis rodillas, y me enderecé en la silla. Aunque mis recuerdos de la noche anterior eran algo borrosos, una sonrisa cruzó mis labios. Fue todo lo que una fiesta de veintiún años debía ser. Y esta mañana, tenía una resaca infernal para probarlo.

Buscó en su bolso y me ofreció una polvera. —Necesitas un poco de corrector. —Lo único que mi madre criticaba aún más que mis malos modales era mi aspecto, y a pesar de que usualmente la habría exasperado si me retocaba el maquillaje en público, al parecer, las cosas estaban tan terribles que la intervención inmediata estaba justificada. Eso y supongo que el hecho de estar escondida en un box apartado de un restaurante oscuro no calificaba exactamente como estar en público.

Tomé su polvera y la abrí, para observar mi apariencia. Tenía círculos oscuros debajo de mis ojos, y mi cabello lucía desarreglado alrededor de mi cara, ya que no había tenido tiempo esta mañana para secarlo. Lo enrosqué en un peinado recogido bajo y lo aseguré con unas cuantas horquillas que encontré en el fondo de mi bolso. Luego coloqué algo de corrector debajo de mis ojos hasta que estuve convencida de que era lo mejor que podía hacer.

—Eso está mejor —dijo mi madre, y extendió su mano para recuperar la polvera.

Estábamos esperando que llegara mi padre, y hasta el momento estaba retrasado unos siete minutos. Estaba segura de que lo iban a regañar por eso más tarde. Mi madre eligió el lugar, un exclusivo restaurante de carnes. Nunca fui una gran consumidora de carne, pero mi papá y ella estaban haciendo una dieta alta en proteínas. Examiné el menú buscando algo que no me diera ganas de vomitar. Me decidí por una ensalada César con camarones grillados.

Mi padre llegó, y se sentó en la mesa al lado de mi madre ofreciéndole un beso casto en la mejilla a modo de disculpa. —Perdón por llegar tarde. La reunión de negocios se demoró —Se inclinó sobre la mesa y me apretó la mano.

Asentí con la cabeza. —Está bien, papi.

Sabía que mi papá tenía un trabajo estresante. Era socio de una empresa de contabilidad y trabajaba mucho para darnos a mi madre y a mí más de lo que necesitábamos. No podía enojarme con él por llegar unos minutos tarde a un almuerzo en el que yo tampoco quería estar.

Mi estómago aún estaba revuelto de anoche; mordisqueé un pan y tomé un sorbo de mi agua mientras mis padres discutían las mejoras que habían planeado para nuestra casa de vacaciones en Aspen. Mi mente viajó a los recuerdos de la noche anterior. Bueno, está bien, directamente a Cade. Esta mañana mientras estaba bajo el chorro caliente de la ducha, limpiando su dirección de mi antebrazo, no pude dejar de recordar su sonrisa sexy y desafiante.

En serio, ¿quién diablos organiza un encuentro para perder su virginidad? No era como si realmente fuera a tener sexo con una estrella porno, y peor aún, con un completo extraño. Dios, ¿estaba loca o qué? Realmente necesitaba mantener a raya a MacKenzie. Todo esto fue obra suya. Cuando recordé cómo

me miró cuando le confesé que era virgen, me estremecí. Incluso Tyson saltó diciendo que estaría feliz de hacerme mujer. Lástima que no había ninguna atracción allí. Era un buen tipo, y yo sabía que haría cualquier cosa por mí, ¿pero eso? No, gracias. Sería como besar a mi hermano. *Asqueroso.*

La mirada en el rostro de Cade cuando escuchó que Ty se ofrecía fue de ira pura, y cuando sus ojos se cruzaron con los míos, estaban llenos de algo más... ¿Anhelo? No, no podía pensar en la posibilidad de deseo en la expresión de Cade. Eso me había estremecido por una razón completamente diferente.

Pero lo que quedó grabado más profundamente en mi memoria fue la mirada de suficiencia en su rostro, la certeza de que yo no iba a tener las agallas para buscarlo hoy.

Eso, junto con las miradas de desaprobación de mi madre y las indirectas no tan sutiles para que salga con Peter Wyndham III fueron suficientes para convencerme. A pesar de que había borrado todo rastro de su escritura de mi piel, recordaba la dirección. *715 Evergreen Terrace.*

No es que yo en realidad fuera a ir. Dios, ¿podrías imaginarlo? *Lo siento, mamá y papá, tengo que cortar este almuerzo horrendo para ir a encontrarme con una estrella porno y así perder mi virginidad. ¡Ja! Me atraganté con mi agua por lo absurdo.*

Los pocos bocados de comida sólida en mi estómago y los múltiples vasos de agua helada me habían regresado a la normalidad. Iría a ver a Cade, pero sólo para regañarlo. ¿Quién demonios se creía que era? Ofreció sus servicios como si fuera una inconveniencia total para él, ¿pero aun así aceptó tomar mi virginidad? Me estremecí. No se iba a salvar de esta.

Mis padres insistieron con el postre, ya que era mi cumpleaños después de

todo, así me obligué a comer varios bocados de pastel de queso antes de despedirme de ellos. Una vez que se fueron, me dirigí al baño dentro del restaurante y examiné mi aspecto en el espejo de cuerpo entero. Ajusté los breteles finos de mi vestido al cuerpo color crema y alisé la tela sobre mis caderas. Todo los detalles de mi apariencia, desde el brillo coral en mis labios a la pedicura francesa en las uñas de mis pies envueltos en sandalias doradas de diseñador daban por sentado que Cade entendería que yo estaba fuera de su alcance. Satisfecha de verme tan bien como era posible con resaca, enderecé mis hombros y agarré mi bolso. Esto no tenía nada que ver con encontrarme con Cade una vez más, y todo que ver con dejar que él vea lo que nunca iba a tener.

Cuando me detuve delante de 715 Evergreen Terrace, pensé que tenía que haber algún tipo de error. Probablemente me había dado una dirección falsa, ya que dudaba de que Cade, la estrella porno sexy, viviera en este vecindario suburbano de clase media.

Estacioné el auto y apagué el motor. La casa en sí era pequeña, pero limpia y ordenada, su revestimiento blanco recién pintado. Una hilera de setos recortados bordeaba el pequeño jardín.

Una camioneta pick-up negra estaba estacionada en la entrada, pero aparte de eso, no había forma de saber si había alguien en casa. Revisé mi aspecto en el espejo retrovisor por última vez, respiré hondo y dejé la seguridad de mi coche antes de arrepentirme por completo.

No llegué muy lejos. Un autobús escolar se detuvo en la esquina, del cual bajó un pequeño ejército de niños. Los chicos ruidosos se dispersaron en diferentes direcciones, desfilando a sus casas por las calles y aceras, pero de repente me llamó la atención una niña de ojos brillantes, más pequeña que todo el resto, que pasó a mi lado caminando con dificultad con la ayuda de un

andador diminuto. Me miró con curiosidad, pero continuó, sus ojos brillando con determinación.

—¡Caden! —gritó, luchando para que sus piernas la llevaran en dirección a la casa, donde Cade había aparecido en la entrada. Él cruzó los últimos metros que los separaban y la levantó fácilmente del suelo, el andador momentáneamente dejado de lado.

—¿Cómo estuvo la escuela, pequeña? —Le dio un beso en sus rizos rubios antes de bajarla.

—Estuvo bien. Hoy coloreé un dibujo de una mariposa para ti.

—¿Sí? Eso suena muy bonito. ¿Está en tu mochila?

Ella asintió, mientras sus rizos rebotaban. La mochila rosa era casi tan grande como ella. Pensé que tal vez tomaría el bolso de sus hombros, o la ayudaría a subir la rampa que conducía a la entrada, pero simplemente la miró con orgullo mientras su pequeña figura subía lentamente, empujando el andador delante de ella con cada paso.

La niña acaparó toda la atención de Cade y ni siquiera había reparado en mí.

—¿Cade? —Mi voz sonó temblorosa e irregular, incluso a mis propios oídos.

Se dio vuelta y me miró, mientras yo aún esperaba junto a mi coche en la acera.

—¿Alexa? —La confusión se adueñó de su rostro, y arrugó la frente.

Mierda. No debí haber venido. Todo el veneno que había acumulado para mandarlo a volar se evaporó cuando lo vi con la niña.

Observé como conectaba los puntos en su cabeza, y la expresión de

sorpresa en su cara desapareció, mientras una sonrisa aparecía en sus labios. —Así que realmente quieres hacerlo, ¿verdad?

Y el veneno volvió. Atravesé el jardín, me detuve justo frente a él, y le clavé un dedo en el pecho. —No estoy aquí para tener sexo contigo, canalla. Nunca creíste que iba a aparecer, así que sólo vine para probar que estabas equivocado.

La puerta principal se abrió y la niña se asomó. —¿Caden? —Su voz estaba llena de preguntas y sus ojos se agrandaron al verme tan cerca de Cade. Aparté mi mano de su pecho y retrocedí. Era difícil estar enojada con él cuando una niña tan dulce, obviamente, lo adoraba.

—Está todo bien, Lily. Vuelve a la casa. Voy a entrar para ayudarte con tus estiramientos en un minuto.

Se rascó la panza y suspiró. —¿Puedes hacerme un sándwich de mantequilla de maní y jalea?

Él se rio entre dientes. —Claro que lo haré. Ve a ver tus caricaturas por un rato.

—¡Genial! —gritó alegremente, cerrando la puerta detrás de ella mientras desaparecía en el interior.

—¿Es... tuya?

Se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un suspiro de frustración.

—Lily es mi hermana, pero tengo custodia exclusiva. La tengo desde que ella tenía tres años.

—Ah. —¿Estaba criando a su hermana pequeña? El peso de esta nueva información me hizo retroceder. No se podía negar que los unía un vínculo fuerte.

—¿Tiene escoliosis? —Le pregunté en voz baja.

—Espina bífida —dijo, con los ojos perdidos.

—Ah —dije de nuevo. Sabía que era una enfermedad infantil congénita que deja la columna vertebral desviada y que con frecuencia afecta las piernas, pero no mucho más—. Lo siento.

—Nos arreglamos —espetó él.

—Ya lo creo. Mira, lo siento. ¿Por qué no nos olvidamos de que vine? —Quería dar otro paso atrás, para desaparecer por completo, pero me quedé donde estaba, luchando contra el impulso de correr.

—¿Para qué has venido? —Su mirada se encendió con curiosidad, el desafío inconfundible en su voz.

Sus ojos me estudiaron lentamente, y sentí un breve escalofrío deslizándose por mi espalda. Me maldije por llevar este maldito vestido de verano y por la cantidad de piel que dejaba al descubierto. Mis pechos estaban apretados contra la fina tela de algodón, recordándome que este vestido no permitía que usara un sujetador y dejaba mucho a la vista. Odiaba cómo me desequilibraba su mera presencia.

—Al menos una pequeña parte de ti sintió curiosidad. De lo contrario no habrías aparecido.

Tocó mi hombro, y su pulgar rozó la piel desnuda junto al bretel de mi vestido.

Mis ojos se cerraron brevemente ante la intensidad de su caricia, e inútilmente abrí y cerré mi boca, incapaz de responder. Diablos, sí que tenía curiosidad. Tenía curiosidad por saber cómo se sentiría su barba de varios días sobre mi piel y cómo se sentiría su boca sobre la mía.

Quitó la mano, aparentemente sin darse cuenta del efecto abrumador que tenía sobre mí. —Sólo para que sepas, no estaba tratando de avergonzarte, o de aprovecharme de ti. Intenté preservar algo de tu dignidad. Tu amiga prácticamente estaba subastándote, y tu otro amigo estaba listo para sacar el pito y tomarte ahí mismo. Deberías agradecermelo.

¿Agradecerle? Sí, claro. Pero supongo que lo había puesto en una situación incómoda, también. —Bueno, sólo vine para decirte que no importa. Que no estaba interesada.

—¿En serio? ¿Para eso condujiste hasta aquí? —Una de sus cejas se arqueó con incredulidad.

Mis mejillas se ruborizaron. Supuse que la curiosidad tenía mucho que ver con esto... Bueno, eso, y también que habría hecho cualquier cosa para escapar de la tarde de compras que mi madre había planeado para nosotras.

—Los dos sabemos que hay mucho más. Una pequeña parte de ti quiere esto, pero puedo ser paciente. Tengo todo el tiempo del mundo.

Tenía razón de que yo lo quería, pero no estaba dispuesta a decírselo. Su arrogancia comenzaba a ponerme nerviosa. —No seas ridículo. Voy a venir a pedirte sexo cuando el infierno se congele.

Se rio de mi arrebato repentino, con una risa gutural. —Lo que tú digas, pastelito. —Miró hacia la casa, donde yo sabía que su hermana lo estaba esperando.

Cuando lo escuché hablar acerca de ayudarla con sus estiramientos me retrotrajo a la escuela de enfermería, y traté de recordar lo que sabía acerca de problemas con la columna vertebral.

—¿Va a terapia física?

—Ya no. No podía darme el lujo de pagarla, así que la terapeuta me enseñó los ejercicios que puedo hacer con ella en casa.

—Ah. —Me pareció tonto decir eso cada vez que me quedaba sin palabras. En los últimos minutos había pasado de ser una estrella porno ultra sexy, a convertirse en un ser humano amoroso y atento. Estaba claro que amaba a su hermana y que se preocupaba por su estado. No sabía qué hacer con esta nueva información.

—Me tengo que ir. Además, tienes que hacer un sándwich de mantequilla de maní y jalea. —Mantuve mi rostro impassible, tratando de ocultar lo confusa que me sentía.

—Sí, está bien. —Metió las manos en los bolsillos y los antebrazos se flexionaron con el movimiento, aún con una sonrisa satisfecha en sus labios.

Me di vuelta y me dirigí a mi coche, y su risa erizó mi piel por lo que supuse que sería la última vez. Qué equivocada estaba.

Capítulo 5

Cade

Entré sigilosamente a la casa y encontré a Lily plantada delante de la televisión, mirando felizmente sus caricaturas. Me dirigí a la cocina para preparar su merienda. Mientras untaba mantequilla de maní en el pan, sacudí la cabeza con incredulidad al darme cuenta de que Alexa realmente había aparecido. Y dudé ampliamente que haya venido para regañarme, como ella había dado a entender. Podía ver claramente la curiosidad en su rostro.

También podía ver que era demasiado formal y correcta como para dejarse llevar por sus deseos. Conozco a las de su clase —pendientes de diamantes, un reloj caro, y las expectativas demasiado altas. Las chicas como ella no elegían a tipos como yo. No, querían a un imbécil llamado Scott que fuera educado y se sentara detrás de un escritorio todo el día, haciendo quién sabe qué carajos, y que ganara un bonito y abultado cheque cada semana.

Tenía el rostro de un ángel. No había podido resistirme a rozar mis dedos sobre su piel para ver si se sentía tan suave como parecía. Y cuando sus ojos se cerraron ante mis caricias, mi verga se sacudió en mis jeans. Tenía veintidós años, no quince, pero parecía que mi pene no lo sabía.

* * *

—Mollie está aquí. Te va a encantar —Me aseguró Rick.

Una chica alta y delgada entró en la habitación. Con un cuerpo para el pecado, vestía un portaliqas negro, medias, sostén de encaje negro y tacones altísimos. Su largo pelo rojo caía en cascada sobre sus hombros y espalda.

—¿Sebastian? —me preguntó mientras se acercaba.

—Un placer conocerte. —Le ofrecí la mano. No podía creer que realmente estaba sucediendo. Pero tenía que hacerlo —por mi propio orgullo masculino, y por el dinero por supuesto.

Miró con sarcasmo mi mano extendida y se acercó, acortando cualquier distancia entre nosotros y me palmeó el torso desnudo.

—Ay, eres muy guapo, mi amor. Esto será divertido.

Me reí mientras me invadía una oleada de timidez. Ni siquiera sabía el nombre real de esta Chica, suponiendo que no fuese Mollie, y estaba a punto de cogérmela. Pero pensé que no era muy diferente de las pocas veces que había llevado chicas a casa desde el bar sin ni siquiera saber sus apellidos. Tal vez se sentía diferente porque estaba sobrio. Ah, y porque había una habitación llena de gente mirándonos.

—Rick me dijo que es tu primera vez en una película. No trates de esforzarte demasiado. Sólo diviértete. Y no me voy a venir con toda esta gente mirándome, así que no te preocupes por eso. Igualmente será bueno para mí, así que haz lo tuyo, ¿de acuerdo?

Asentí. —Por supuesto. —Ya me gustaba. Por lo que había visto, sería fácil trabajar con ella.

La productora de Rick se enorgullecía de explorar el lado más íntimo del sexo, en lugar del típico porno explícito. En esta escena, nosotros éramos amantes que habían estado separados por mucho tiempo. Llegaba a casa de un viaje de negocios y la encontraba esperándome en ropa interior. Yo estaba

vestido con pantalón de traje, camisa y corbata para estar acorde al guion. Comenzamos en la puerta principal, donde el equipo de filmación grabó algunas escenas iniciales de nosotros besándonos.

Una vez terminada esa breve toma, nos trasladamos a la habitación, llena de luces y equipos de sonido. Estábamos rodeados por cámaras, todas apuntando directamente a la cama.

Rick se ocupó del equipo y controló que todo estuviera puesto de la forma en que él quería y luego volvió a pararse frente a Mollie y a mí.

—Estamos listos para empezar a rodar, así que prepárense y comiencen cuando estén dispuestos. Nosotros sólo estamos aquí para capturarlos haciendo el amor. Así que, traten que sea natural—nos dijo.

Oí el sonido que indicaba que la cámara estaba grabando y caminé hacia Mollie, luego dudé y bajé la mirada hacia mis pantalones y la ausencia de cualquier bulto. Otra vez no. Mejor que el hijo de puta coopere en esta ocasión.

Al darse cuenta de mi preocupación, Mollie siguió mi mirada. Sin decir palabra, bajó una mano y empezó a frotarme sobre la tela de mis pantalones. —Shh. No te pongas nervioso —dijo en voz baja—. Relájate. Este es mi trabajo. —Se inclinó para besarme y me relajé como me pidió. Y mejor aún, sentí que mi pene revivía. La besé con ganas, con un poco de lengua hasta que nos entusiasmamos haciéndolo y la línea entre el trabajo y el placer fue desapareciendo definitivamente.

La llevé hacia la cama, le desabroché el sostén y le bajé la tanga mientras nos besábamos.

Y unos momentos después, me hundía en su interior, todo el juego previo, en el que normalmente me destacaba, completamente innecesario. Mollie me

montó como la excelente profesional que era, sacudiendo su cabello hacia atrás y agarrando mis muslos mientras subía y bajaba sobre mi verga.

Mantuve mis ojos fijos en ella, para permanecer en la escena y no mirar al equipo de filmación que tenía la vista clavada en nuestra actuación. Lo extraño de toda la situación me garantizaba que no iba a estallar antes de tiempo, algo que me había tenido un poco preocupado.

Mi mente viajó inconscientemente a Alexa y a cómo se veía en ese vestidito de verano. Su dulce inocencia combinada con esa boca pendenciera me excitaban y confundían al mismo tiempo. Pero sabía que si canalizaba mi deseo por Alexa en esta actuación iba a perder el control. Abrí los ojos y volví a concentrarme en la chica frente a mí.

Mollie jadeó y gimió con agudos chillidos que sonaban increíblemente falsos. Típicamente, yo era callado durante el sexo, y prefería escuchar los sonidos de placer de la chica con la que estaba, pero los gemidos falsos y excesivos ya me estaban poniendo nervioso. Sus gritos se hicieron más y más fuertes y me di cuenta que estaba fingiendo un orgasmo. Cuando finalmente se convirtieron en jadeos suaves, y su falso clímax estaba completo, todo ello sin sentir el placer de su vagina pulsando alrededor mío, salí de su interior y la puse sobre su estómago para cogerla desde detrás y acabar con esto en paz.

Capítulo 6

Alexa

Durante los días subsiguientes, no me pude sacar a Cade de la cabeza sin importar lo mucho que lo intenté. No me ayudó haber visitado el sitio porno varias veces, después de encontrar que ahora tenía un video publicado. Lo había visto muchas veces, estudiando la forma en que sus manos exploraban el cuerpo de la chica, y el movimiento de sus caderas empujando dentro de ella, y la expresión de placer en sus rasgos cincelados. Cada vez me sentía tan sucia después, que tenía que bañarme enérgicamente en la ducha y aliviar un poco mi necesidad sexual, al mismo tiempo que me prometía que no iba a verlo de nuevo.

Recordar el trato amable con su hermana, me hizo sentir aún peor por usarlo para mi placer visual. Sin embargo, todavía no podía mantener mi promesa de no ver el video. Se estaba convirtiendo en una rutina nocturna, y había comenzado a atormentar mis sueños. Él aún tenía un sólo video, y lo había visto tantas veces que me lo aprendí de memoria. Cuando me di cuenta de lo silencioso que era Cade, comencé a mirarlo sin sonido, ya que no quería arruinarlo con los gritos molestos de la chica.

En los días que siguieron, mis pensamientos regresaban, una y otra vez, a la dulce hermanita de Cade y a la valentía feroz que ardía en sus ojos. Cuando me enteré que no podían pagar la terapia física se me rompió el corazón, y sin darme cuenta, fui a visitar el área de terapia física del hospital para preguntarle algunas cosas al terapeuta. Me explicó que la severidad del problema de Lily podía variar desde un cuadro leve, el cual no requería de

mucho cuidado permanente, hasta grave, lo cual requería terapia física de por vida para ayudar con la flexibilidad y la incomodidad.

No sabía cuál era la severidad de su hermana, pero tenía una noción de que se trataba de un caso más serio, ya que no podía caminar sin ayuda. Había observado cómo el terapeuta trabajaba con otro niño en una de esas pelotas de ejercicio gigantes y se me cruzó una idea por la mente.

* * *

—¿Estás *loca*? —MacKenzie empujó hacia mí el tercer vaso de café de la noche, proveniente de las máquinas expendedoras. Era la forma en que nos manteníamos despiertas y alertas en el turno de medianoche.

Acepté el vaso y volqué una buena dosis de azúcar, ya que había que endulzarlo para hacerlo bebible.

—Eso lo dice la mujer que pensaba que era una buena idea dormir con él. *Eso* habría sido una locura. Sólo estoy hablando de ir a verlo. No puedo dejar de pensar en esa niña, Kenz. Y en que quizás yo la pueda ayudar.

Ella negó con la cabeza.

—¿Esto es como cuándo ibas a llevarles alimento a las personas desamparadas debajo del puente y casi te secuestran, o cuando trabajaste como voluntaria en el refugio de animales y casi te devora ese pitbull?

—No —Me quejé—. Esto no es nada de eso. Sólo quiero pasar por ahí, ver cómo están, quiero decir, cómo está *ella*, y ver cómo puedo ayudar. Él dijo que no podía costearle la terapia física, Kenz. Ella se merece lo mejor.

—Noticia de último momento, no eres fisioterapeuta. Eres una estudiante de enfermería, Alexa.

Probé un sorbo de café, para incorporar la cafeína en mi sistema antes de que terminaran mis diez minutos de descanso. Maldición, seguía caliente.

—Es lo que hay. Tendré que arreglármelas. Es decir, si él acepta la ayuda.

—¿Y esto no tiene nada que ver con visitar a Cade otra vez? —preguntó con suspicacia.

Me concentré en mi café, y le puse otra cucharada de azúcar sólo por si acaso.

—¿Viste todo lo que dije acerca de dormir con él? Estaba bromeando, cariño. Eres dulce y hermosa. Te mereces a un maldito príncipe azul. No un animal que vende su cuerpo por dinero.

—¿Príncipe azul? —pregunté, levantando la vista de mi café.

—Prín-ci-pe a-zul—confirmó ella con cara seria. Yo me reí.

—Tengo que volver al trabajo. Sólo confía en mí, ¿de acuerdo? —Bebí un trago de café hirviendo y arrojé el vaso a la basura de camino a la sala.

—¡Es tu vagina! —gritó detrás de mí, y su voz sonó en todo el pasillo.

Me avergoncé cuando un médico que pasaba a mi lado se giró en nuestra dirección al escuchar la palabra con V.

* * *

Quizás todo esto era una idea estúpida. Luego de dormir hasta tarde, me duché y me vestí informal con un par de jeans y una simple camiseta negra sin manga; y ahora, después de hacer una parada en una tienda deportiva, estaba estacionada frente a la casa de Cade otra vez.

Llegué a la misma hora que la última vez, por eso pensé que quizás estaría aquí para bajar a su hermana del autobús, pero su camioneta no estaba en la entrada de la casa.

Tomé la pelota para ejercicios y el inflador del asiento trasero y me dirigí a la casa.

Momentos después, una chica atractiva abrió la puerta. Parecía tener mi edad, tal vez uno o dos años más joven. Era bonita, con el pelo largo y rubio que le caía por la espalda y grandes ojos grises. Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Era la novia de Cade?

Mierda. ¿Las estrellas porno tenían novias? Para eso se necesitaba mucha confianza. Es decir, por Dios, se acostaba con otras mujeres para ganarse la vida.

—¿Te puedo ayudar?

Me quedé allí parada por un segundo, alterada por la apariencia de esta chica y la cuestión de su relación con Cade, hasta que me di cuenta de que no le había respondido todavía.

—¿Está Cade?

Ella negó con la cabeza.

—Está trabajando. ¿Quién eres?

Me tragué un nudo en la garganta.

—Soy Alexa, una... amiga de él. Y le traje esto —Levanté la pelota de ejercicios—, para Lily. Soy enfermera. — *Casi. ¿Amiga? ¿Enfermera? Caramba, las mentiras salían disparadas de mi boca.*

—Ah. Está bien —Abrió más la puerta—. Lily llegará a casa en unos minutos. Puedes pasar y esperarla. Soy Becca, por cierto.

La seguí dentro de la casa, y me pregunté qué demonios estaba haciendo y quién diablos era Becca.

Capítulo 7

Cade

Estacioné mi camioneta y me pregunté dónde diablos estaba el auto de Becca. ¿Había llevado a Lily a algún lugar? No me gustaba la idea de que Becca anduviera con Lily por ahí en ese coche que parecía una trampa mortal. Agarré mi caja de herramientas de la parte trasera de la camioneta y la dejé en el garaje antes de entrar.

Me recibieron unos sonidos de risas provenientes del cuarto de Lily. Entonces Lily estaba aquí, pero ¿dónde estaba Becca? Me detuve en la cocina para lavar la mugre de mis manos y luego caminé por el pasillo para ver qué estaba pasando.

La imagen que me recibió no era para nada lo que estaba esperando. Lily estaba acostada sobre una gran pelota de ejercicios y Alexa estaba arrodillada a su lado, ayudándola a rodar sobre la bola. Observé por un momento con absoluta fascinación, tratando de entender qué estaba haciendo ella aquí y a dónde diablos se había ido Becca.

—¡Caden! —gritó Lily, al verme en la puerta. Se levantó de la pelota tambaleándose, dio unos pocos pasos sin su andador y se arrojó en mis brazos.

—Hola, muñequita —Atrapé su cuerpito contra el mío en un breve abrazo.

—¿Qué están haciendo, chicas? —Quería preguntarle a Alexa qué mierda estaba haciendo en mi casa, pero la sonrisa en la cara de Lily me tranquilizó.

—¡Lexa me está enseñando unos ejercicios nuevos para las piernas! — Regresó a la pelota, y rebotó entusiasmada mientras Alexa le sonreía y la

mantenía firme. Las mejillas de Lily estaban coloradas y tenía que admitir que no la había visto nunca tan emocionada de hacer sus estiramientos. Sólo esperaba que no se estuviese esforzando demasiado.

—Eso es... bueno. Ejem, Alexa, ¿puedo hablar un momento contigo en la otra habitación? —Me volví para ir al salón sin esperar su respuesta.

—Quédate aquí mientras hablo con Cade, ¿de acuerdo? —La oí decirle a Lily. Me siguió al salón, con cara de preocupación.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Becca?

—Vine a ver a Lily y luego Becca se fue.

—¿Se fue? La persona a la que le pago para que la cuide la dejó... contigo. ¿Qué estás haciendo siquiera aquí?

—No es un problema realmente.

—Es un puto problema para mí —Me di vuelta y quedé frente a la ventana, ya que no quería perder la paciencia con ella. Maldita sea, yo confiaba en Becca. ¿Cómo pudo dejar sola a Lily con una desconocida?

—Oye —La mano de Alexa en mi antebrazo me llamó la atención—. Le dije que era tu amiga, y también enfermera. Creo que asumí...

—¿Qué eras la enfermera de Lily?

—Algo así —Se encogió de hombros y quitó la mano de mi brazo.

Suspiré y presioné los talones de mis manos en mis ojos. Carajo, estaba exhausto y sucio de trabajar todo el día en la construcción. No esperaba volver a casa y ver esto.

—Lo siento, quería ayudar —dijo Alexa con voz suave—. Becca se fue sólo cinco minutos antes de que llegaras. E intentó llamarte a tu móvil, pero no

pudo comunicarse.

Abrí mis ojos y encontré los suyos. Celestes y llenos de preocupación. Mierda. Me estaba comportando como un imbécil.

—Escucha, está bien. Lily está segura y feliz. No debí haber explotado así. No es fácil encontrar una buena ayuda para cuidarla, y no creo que la llame a Becca otra vez, pero no es tu culpa.

—No la despidas por mi culpa. Sólo fue un malentendido —suplicó.

—Lo voy a pensar. Como mínimo, vamos a tener una pequeña charla sobre seguridad y desconocidos en la puerta —Suspiré, ya que no quería discutir con Alexa—. Gracias por trabajar con ella hoy.

Dejó escapar una bocanada de aire y sus hombros se hundieron visiblemente aliviados.

—De nada.

—No puedo pagar una enfermera privada...

—No vine por eso. No me debes nada.

Incliné la cabeza para estudiarla.

—¿Entonces por qué viniste? —Honestamente, no había esperado volver a verla, pero ahora estaba aquí, en mi casa, muy sexy con unos jeans de cintura baja y una camiseta ajustada que se le pegaba al pecho.

Alexa no tuvo oportunidad de responder a mi pregunta, porque en ese momento Lily vino corriendo por el pasillo, su andador traqueteando contra el piso de madera.

—¡Quiero a Lexa!

Alexa me miró a los ojos y ambos sonreímos. El entusiasmo de Lily era

contagioso.

—¿Te importaría, eh, quedarte con ella unos minutos más? Necesito ducharme —Bajé la vista a mi camiseta y mis pantalones sucios.

—Claro, no hay problema.

Le di un beso a Lily en la cabeza.

—Sé buena, ¿sí?

Asintió con la cabeza y se abalanzó sobre mí, rodeándome la pierna en un abrazo. Hice una mueca, y me incliné para evitar que me golpeará las bolas. Alexa contuvo una carcajada cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Luego Lily regresó a su habitación con Alexa. Yo desaparecí dentro del cuarto de baño, completamente confundido por el giro de los acontecimientos.

Alexa estaba en mi casa, y mi maldito corazón se derritió por lo dulce que se comportaba con Lily.

Podía oír sonidos felices de conversación y risas, y asomé la cabeza por la puerta del baño para escuchar.

—¿Qué le gusta a tu hermano para cenar? —preguntó Alexa.

Lily se tomó su tiempo para responder, y yo contuve la respiración, preguntándome qué iba a decir.

—Eeeh, generalmente le gusta comer helado. Y a mí también.

—Te gusta, ¿eh? —Se rio Alexa—. Bueno, vamos a encontrar algo saludable para preparar y tal vez podamos tomar helado *después* de cenar.

Me tomé mi tiempo en la ducha, mi mente tranquila por el momento porque Lily estaba en buenas manos. Dejé que el chorro de agua cayera sobre mí, y

cerré los ojos.

Después de ducharme, me puse unos jeans y una camiseta y regresé a la cocina, que estaba llena de olores maravillosos. Ajo. Tomates. Carne asada. Se me hizo agua la boca. Hacía mucho tiempo que nadie cocinaba para mí.

Alexa estaba limpiando la encimera de la cocina, y de repente me sentí fuera de lugar en mi propia casa. No sabía si entrar y ayudarla, o ver qué estaba haciendo Lily.

Alexa me vio, y tomó la decisión.

—La cena está lista. ¿Puedes traer a Lily?

Asentí con la cabeza y encontré a Lily en el salón, jugando con la pelota.

—Ven, enana, vamos a comer —La levanté sobre mi cadera, y la llevé a la cocina.

La mesa estaba servida con una gran fuente de espaguetis y albóndigas, una pequeña taza de leche para Lily y un vaso de agua helada para mí.

Lily miró con asombro los manteles individuales, servilletas y platos para dos. Su estómago rugió con fuerza, se tapó la boca con su manita y se rio.

Los ojos de Alexa se cruzaron con los míos y nos reímos.

—¿Tienes hambre, pequeña? —pregunté, y la senté en su silla.

—Sí. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —Le puse una servilleta en su regazo.

—Le ayudé a Lexa a preparar las albóndigas.

—¿Ah, sí? Seguro que entonces estarán extra buenas.

Disfruté del cumplido. Era en momentos como este, cuando era testigo de

su inocencia dulce y del deseo de pertenecer, de encajar, cuando me llegaba al corazón y hacía que cada hora de trabajo valiera la pena.

Alexa tomó su bolso de la encimera.

—Me divertí mucho contigo hoy, Lily.

—¿No te vas a quedar? —pregunté.

—No, no —Bajó la mirada, ajustando la correa de su bolso—. Disfruten la cena, chicos.

—Pero no has comido todavía, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

Me levanté y la llevé hacia la mesa.

—Siéntate —La guie hasta la silla junto a la mía y luego traje un plato extra y cubiertos de la cocina, y los puse frente a ella—. Toma —Le serví un montón de espaguetis a Lily primero, y luego a Alexa.

—No, eso es demasiado—Alexa señaló el plato lleno.

—El mío también tiene demasiado—dijo Lily, sonriéndole a Alexa.

—Silencio. Las dos están demasiado delgadas. Coman.

Me senté y atacé mi plato, mientras observaba la sonrisa de satisfacción en los labios de Alexa.

Disfrutamos de la deliciosa pasta y las sabrosas albóndigas en un silencio relativo. Por una vez, no tuve que convencer a Lily que dejara de jugar con el plato y comiera. Tragó con avidez la comida y pronto tenía salsa de tomate desde el mentón hasta las mejillas. No pude dejar de mirar de reojo a Alexa durante toda la cena, y recordé que antes no había respondido a mi pregunta. Me intrigaba qué, exactamente, la había impulsado a venir.

—Vamos a necesitar la manguera para limpiarte, Lils —Me reí.

Ella sorbió ruidosamente el fideo que tenía colgando de los labios y sonrió.

—¡De ninguna manera! Quiero que Lexa me bañe esta noche.

Una sonrisa se dibujó en la boca de Alexa.

—Esta noche no, muñequita. Es demasiado tarde para un baño.

Lily puso mala cara, pero lo dejó pasar. Alexa intercambió miradas conmigo sobre la mesa, y me di cuenta de que no le importaría ayudar, pero no había manera de que yo le permitiese eso. Ella ya había hecho demasiado.

Una vez que terminamos y limpiamos a Lily a fondo, se escapó para jugar en su habitación mientras Alexa y yo hacíamos la sobremesa.

Ella tamborileó los dedos contra la superficie de madera, estudiándome.

—Así que supongo que hoy no estabas filmando una película nueva.

—Ah, no. Casi todos los días trabajo en la construcción. Eso fue sólo... un error estúpido.

—¿Así que ya no lo haces más? —preguntó.

—No tengo la intención de hacerlo, pero el dinero es increíblemente bueno. Y los gastos de salud de Lily son... —sacudí la cabeza—. No importa, no sé por qué te estoy contando esto.

Bajó la barbilla, jugueteando con sus manos en la falda, sin mirarme a los ojos.

—¿Has terminado? —Señalé hacia su plato.

—Sí, gracias —Dobló la servilleta y la dejó sobre el plato vacío.

Llevé nuestros platos a la cocina, y después de enjuagar rápidamente cada uno, los coloqué en el lavavajillas. Alexa había limpiado mientras cocinaba, porque el lavavajillas estaba lleno con las ollas y utensilios que había usado mientras preparaba la cena. Se apoyó en la encimera y me miró mientras yo terminaba el resto.

—Dijiste que fue un error, pero sí filmaste un video... —Su voz se desvaneció y sus ojos se abrieron de par en par, como si supiera que la habían encontrado espiando.

Mi respiración se detuvo y mi pene se movió en mis jeans.

—¿Lo has visto?

La idea de que ella me viera teniendo sexo con otra mujer era... increíblemente excitante.

Sus mejillas se ruborizaron y supe que ella no sólo lo había visto, sino que probablemente se había tocado mientras lo veía. Ah, mierda.

Capítulo 8

Alexa

La aparición repentina de Lily en la cocina no podría haber llegado en un mejor momento. Necesitaba una buena dosis de *cállate la boca*. Prácticamente admití frente a Cade que lo había visto en el video. Dios, probablemente sonaba como una acosadora. Pero esa no era la razón por la que estaba aquí. Era por esta dulce pequeñita. El hecho de que su hermano me ponía más caliente que el infierno no venía al caso.

La seguí hasta su habitación y la ayudé a desvestirse; le quité los pantalones y la blusa mientras ella mantenía una mano en su andador, sosteniéndose. Me di cuenta de que a medida que ella se cansaba, su coordinación y control muscular se deterioraban. Señaló el cajón donde guardaba sus pijamas, y me dijo que quería el de Cenicienta. No pude dejar de notar que en el cajón también había algunas camisetas de adulto un poco desgastadas. Supuse que eran de Cade. Probablemente se veían como vestidos largos sobre ella.

Encontré el camisón rosa de Cenicienta, adornado con encaje amarillo, y se lo puse por la cabeza. Noté una pequeña cicatriz arrugada de una cirugía reciente y un hoyuelo pronunciado donde su columna vertebral no se había fusionado apropiadamente antes del nacimiento. Pobrecita. Toqué delicadamente el parche de piel, y deseé que mis manos tuvieran el poder de curar.

La subí a la cama y acomodé las sábanas a su alrededor.

—Que descanses, bomboncito. —Corrí los rizos rubios de su frente y me

incliné para darle un beso en el centro de la misma. Ella me sonrió medio dormida, y sus ojos ya comenzaron a cerrarse.

—Buenas noches, Caden —susurró.

Me volví y vi su cuerpo grande que llenaba el marco de la puerta abierta, con una expresión seria.

Cade permaneció en silencio, pero sus ojos estaban clavados en mí. Observaba todo lo que hacía, cada uno de mis movimientos con ella. La intensidad de su mirada provocó un escalofrío que me recorrió la columna vertebral. Su mirada era curiosa y posesiva a la vez.

Salí cautelosamente de la habitación, y él se apartó de la puerta, lo que me permitió cerrarla detrás de nosotros. Me paré frente a él en el pasillo, que de repente se sintió apretado y estrecho.

—Probablemente tenías mejores cosas que hacer que cuidar a Lily toda la tarde. —Su voz era suave y cuidadosa.

—No, está bien. —No podía creer que había estado allí más de seis horas. La verdad es que fue bonito estar allí, sintiéndome útil y necesaria. Era mejor que estar sentada sola en mi apartamento vacío, estudiando.

Se acercó y llevó una mano a mi mejilla, rozando su pulgar por mi mandíbula. —Gracias por... cuidar de ella —dijo, mientras su dedo calloso trazaba un camino delicado a través de mi piel.

Asentí con la cabeza, segura de que mi voz no iba a funcionar.

—¿Te tienes que ir... o tienes tiempo para quedarte a tomar algo?

Asentí con la cabeza otra vez.

—¿Te tienes que ir? —Quitó la mano.

—No, puedo quedarme.

Una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios. —Vamos. Tengo cerveza, y creo que incluso podría conseguir una botella de vino.

—Cerveza está bien. —Algo helado para refrescarme sería perfecto.

Me dirigí a la sala de estar, mientras él buscó dos botellas del refrigerador y se sentó conmigo en el sofá. La cerveza era refrescante después de un día tan largo, y me recosté en el sofá mientras apoyaba los pies sobre la mesa de café. Él me sonrió, como si estuviera de acuerdo en que era agotador cuidar de ella. Le devolví la sonrisa, sabiendo que valía la pena cada segundo de trabajo.

Eché un vistazo alrededor de la sala de estar escasa. Aquí faltaba el toque femenino. Sin almohadones, chucherías, velas o cualquier otra cosa que hicieran que una casa se sintiera como un hogar. La habitación tenía un gran ventanal cubierto eficientemente con persianas de madera, un juego de sillones de color verde oscuro y un par de mesas de centro a juego, una de las cuales sostenía una lámpara que iluminaba suavemente. El mobiliario era escaso, pero suficiente. Se notaba que esta casa estaba llena de amor. Lo cual no concordaba con la forma en que me había imaginado la vida de Cade en un principio.

Cuando finalmente miré al hombre en cuestión, me di cuenta de que él me estaba observando con los ojos entornados. Tomé otro sorbo de cerveza y corté la conexión.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Me contaste que has criado a Lily desde que tenías dieciocho años. Me preguntaba... ¿qué pasó con tus padres?

Tomó un buen trago de su cerveza antes de responder. —Ese es un término muy generoso para ellos.

Me quedé callada, con mis dedos alrededor de la botella helada, esperando a que continuara.

—Me criaron mis abuelos, y me dejaron esta casa cuando fallecieron. Yo sólo tenía diecisiete años, mi madre había dado a luz a un bebé, y lo dejó abandonado aquí. Lily no caminaba todavía y necesitaba más cuidados de los que ellos estaban dispuestos a darle.

No pude evitar comparar cuán diferentes eran nuestras vidas. Mis padres y yo vacacionábamos en Italia y pasábamos la Navidad en nuestra cabaña de esquí. Nunca me faltó nada mientras crecía, a excepción de un poco más de libertad. Cade tenía que cargar con una niña con necesidades especiales.

—La primera vez que vi a esa niña me robó el corazón. Me gradué antes de la escuela secundaria y comencé a trabajar, decidido a darle a Lily la vida que mis padres no pudieron. Ellos fueron arrestados más tarde por tener un laboratorio de metanfetamina en su remolque y ahora están en prisión.

Guau.

Al darse cuenta de mi conmoción interior, apretó mi mano. —Te lo aseguro, nos arreglamos.

—Lo sé, ya lo veo. —Y realmente lo hacían. Cade, o Caden como lo llamaba Lily, estaba haciendo lo mejor que podía, y le brindaba un hogar seguro y lleno de amor, aunque tuviera que pagar las facturas de una manera poco convencional. ¿Quién era yo para juzgar?

—¿Por qué viniste hoy?

Sabía que la cuestión no había sido olvidada. Dudé por un segundo antes de contestar.

—Por Lily. —Lo cual era mayormente cierto.

Esperó, mirándome con curiosidad. —¿Estás segura de que eso es todo?

Las imágenes del video sexy se reprodujeron en mi mente: la curva sensual de su boca mientras devoraba a besos a la chica. Sus manos grandes y ásperas acariciando suavemente su piel. La manera hábil con la que sus dedos la separaron y frotaron círculos lentos en el lugar correcto.

—Yo... no lo sé —susurré.

Se pasó una mano por la nuca y dejó escapar un suspiro.

—Mierda. No me tientes, Lex. —Su voz era una súplica en el silencio de la habitación. El apodo en sus labios se sentía mucho más íntimo de lo que debería. Mis amigos acortaban mi nombre todo el tiempo, pero nunca antes había hecho palpar mi corazón.

Me volví hacia él en el sofá, sabiendo que esto era una locura. Él era una maldita estrella porno. Un chico malo con mayúsculas. No alguien por quien debería sentir algo, pero ahí estaba de todas formas, pulsando en mi pecho. Un anhelo, un deseo feroz que no podía nombrar. Algo que no debía explorar definitivamente.

Quería ser yo a quien él tocara. Yo quería tener esas manos grandes, fuertes y callosas por el trabajo de la construcción, pero aún suaves, por todo mi cuerpo.

Me pregunté si podía ser un simple enamoramiento, como el que se tiene por una estrella de cine. Lo había visto en el más íntimo de los momentos, así que tal vez mi cerebro había creado algún tipo de fascinación extraña que no se basaba en nada más que en su cuerpo sexy provocando al mío, que carecía de sexo.

Pero cuando Cade giró hacia mí y colocó su mano en mi nuca para acercarme a sus labios, todo pensamiento coherente me abandonó.

Se acercó lentamente, dándome tiempo para alejarme antes de que su boca capturara la mía en un beso ardiente. Ay, Dios, era increíblemente bueno. Lento y sensual, con adoración, mordiendo mis labios, saboreándome, y haciendo que mi sexo se torne húmedo y necesitado. Mi lengua salió a lamer su labio inferior y la suya, al mismo tiempo, chocó con la mía en una maraña de calor húmedo. Sus dedos se enroscaron aún más en mi pelo mientras su pulgar trazaba círculos lentos sobre la piel sensible de mi nuca.

Una mezcla de emociones inundó mi sistema. Todo, desde el deseo por este hombre sensual, hasta el temor de que Lily nos pudiera atrapar, y la vergüenza de que mis padres nunca lo aprobarían como mi novio. Sabía que estaba adelantándome al pensar así, cuando de repente Cade se detuvo y se alejó.

Sus ojos me estudiaron, tratando de entender lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

—Vas a matarme, pastelito —dijo rozando la humedad de mi labio superior con el dedo índice.

Bajé la mirada y vi el bulto enorme que estallaba contra sus jeans. Apreté los labios, tratando de no sonreír como una tonta al pensar que yo lo había afectado tanto como él a mí.

Levantó mi barbilla con un dedo y me hizo mirarlo a los ojos. —Oye, está todo bien. No te me pongas tímida ahora.

Tragué saliva y me relajé en su mano. Su pulgar acarició mi mejilla y me abandoné automáticamente a sus caricias, mientras que mis párpados se cerraban aletargados.

—Eso está mejor —Sonrió y dejó caer la mano—. Yo no sé lo que está pasando en esa cabecita tuya, pero si alguna vez realmente quieres hacer esto,

yo voy a ser el que lo haga. Diablos, sería un honor. Pero debes hacerlo cuando estés lista, y con alguien especial.

Asentí con la cabeza mientras mordía mi labio inferior para que Cade no lo viera temblar.

—Ya es tarde. Probablemente deberías marcharte. —Se paró y acomodó su erección—. Ven a ver a Lily cuando quieras.

Me acompañó hasta la puerta y salió de la casa. Si yo no lo conociera mejor, habría pensado que estaba tratando desesperadamente de deshacerse de mí.

Volví a casa agotada, pero sobre todo confundida. Pero cuando hice a un lado los pensamientos de Cade y recordé la carita de Lily sonriéndome, o la determinación para destacarse en cada ejercicio que le mostré, mi corazón dio un salto y me aferré a esos recuerdos, preguntándome si volvería a ver a alguno de los dos nuevamente.

Capítulo 9

Cade

A pesar de que deseaba desesperadamente a Alexa, ella se merecía algo mejor, sobre todo para su primera vez. No era justo que buscara a alguien para quitárselo de encima. Ella no era esa clase de chica. Se merecía rosas, velas, ese tipo de mierda. Y yo no era esa clase de persona.

La acompañé fuera de mi casa lo más rápido que pude sin parecer un imbécil, mientras que mi verga protestaba todo el tiempo. La deseaba como un loco. La sola idea de enterrarme en su calor estrecho y húmedo era suficiente como para enloquecerme. Sí, tomé la decisión correcta de enviarla a su casa. Pero maldita sea, tuve que esconderme como un cagón mientras ella caminaba sola hacia su auto. Encendí la luz del pórtico y la miré desde la ventana hasta que ella estuvo a salvo dentro de su coche y arrancó. No confiaba en mí mismo para estar cerca de ella en este momento.

Era lo mejor. Al menos eso fue lo que me dije cuando me metí en la cama con una furiosa erección que se negaba a desaparecer.

A la mañana siguiente, me encontré con Ian en el gimnasio una vez que dejé a Lily en la escuela. De lo único que habló en el desayuno fue “Lexa esto y Lexa aquello”. Me enfureció mucho. Ya me resultaba difícil mantener a la mujer fuera de mis propios pensamientos, pero con Lily firmemente plantada en el bando de Alexa, era casi imposible.

Esperaba que levantar pesas con Ian me despejara la cabeza, pero hasta ahora había sido difícil.

—¿Por qué estás tan enojado? —Se burló Ian desde un banco para pesas cercano —. Hoy estás levantándolas como una mariquita.

Le lancé una mirada de *no me jodas* y agregué otro grupo de veinte kilos a mis pesas. A la cuarta repetición, el peso ya me estaba matando. Maldita sea.

Ian levantó la barra hacia arriba y me ayudó a colocarla nuevamente en el soporte.

—En serio, hombre. Cuéntame.

—Esto no es Oprah, hermano. Métete en tus malditos asuntos.

Él se rio y negó con la cabeza, y me dejó solo en mi banco. Cuando nos encontramos en el cuarto de vapor, se mantuvo fiel a mi petición. No me hizo más preguntas sobre mi humor de mierda, y en cambio hablamos sobre estrategias para su próxima pelea.

Ian era un luchador de artes marciales mixtas muy prometedor. Era mucho mejor que yo, y yo era lo suficientemente hombre como para admitirlo. Tampoco tenía miedo de entrenar con él en el cuadrilátero, a pesar de que era rápido como un rayo y sus patadas te dejaban sin aire en los pulmones. Pero mis ganchos izquierdos no eran para andar jodiendo, y de vez en cuando lo agarraba con la guardia baja. Por lo general, sin embargo, él no fallaba ningún golpe, y mis costillas con moretones estaban para probarlo. Maldita sea, él *tenía* que ser bueno. Tenía un puñado de empresas locales patrocinándolo, y sus padres habían pagado por todas las lecciones imaginables mientras crecía. Nació para hacer esto. Yo, por otro lado, aprendí sobre la marcha y gané algunas peleas por pura determinación.

Ian se secó el sudor de la frente con una toalla de mano.

—¿Y qué hay de ti? ¿Estás pensando en volver a pelear en el corto plazo?

El dinero era bastante bueno, cuando ganas.

—No lo sé, hombre, no podría trabajar en la construcción con las costillas fisuradas y un dedo roto.

Ni que hablar de intentar explicarle a una niña de seis años por qué tu cuerpo está lleno de moretones, y mirar como sus ojos se llenan de lágrimas cuando le explicas que es por una pelea. No era algo por lo que quisiera pasar de nuevo. Ella quería saber con quién había luchado y porque estaba enojado conmigo. No me gustaba molestarla de ese modo. Pero no era como si pudiera decirle a mi oponente: *oye hombre, no me golpees en la cara, mi hermanita se preocupará*. No había forma de evitar los golpes y moretones, e incluso si ganaba, aún solía tener un ojo negro durante semanas.

De un modo u otro, tenía que arreglármelas y encontrar un trabajo bien remunerado que no requiriera que lucho en un cuadrilátero, o que me desnude ante una cámara.

* * *

Cuando llegué a casa después del gimnasio, Lily ya casi había vuelto de la escuela. Tenía el tiempo justo para hacer la llamada telefónica antes de acobardarme. No podía dejar de pensar en Alexa y la forma en la que se había ido la noche anterior. Ella no había hecho más que ayudarme con Lily y yo prácticamente la había atacado en mi sofá. Le dije que quería cogerla, y luego la despaché. Marqué el número del hospital y pedí que me comunicaran con Alexa en la enfermería. Me di cuenta que no sabía su apellido, pero por suerte, unos minutos más tarde, pudieron ubicarla.

—¿Cade? ¿Está todo bien...?

Su voz era frenética. *Mierda*. Probablemente pensó que la llamaba por Lily.

—Todo está bien. Escucha, voy a hacer esto rápido porque estás en el trabajo, pero necesitaba llamarte y pedirte que me disculpes si las cosas se pusieron raras anoche. Fue mi culpa.

Ella dudó por un minuto. —Está bien. Me divertí mucho con Lily y... —Se detuvo en seco.

—Yo también. Escucha, ¿puedo devolverte el favor? Me gustaría prepararte una cena. O por lo menos invitarte a cenar, ya que probablemente no quieras que yo cocine.

Una risa suave y femenina llenó el silencio entre nosotros. —De acuerdo.

—¿Estás libre mañana por la noche?

—Sí. ¿A qué hora debo ir?

Me gustó que ella se ofreciera a venir, ya que sería más fácil para Lily y para mí que ella viniera a casa otra vez. Las otras chicas con las que había tratado de salir por lo general me reclamaban de que no podía salir mucho.

—¿A las seis está bien?

—Sí. Cita acordada. Quiero decir, te veré entonces.

—Genial. Ah, y probablemente debería tener tu número. Ya sabes, por si alguna vez necesito que me ayudes con Lily. Es probable que no quieras que te llame al trabajo. Y te voy a dar el número de mi móvil, por si alguna vez necesitas algo también. — *Como yo*.

—De acuerdo —dijo ella en voz baja. Tan sólo con el sonido de su voz despertó al macho alfa en mí. Sabía que estar de nuevo a solas con ella probablemente no era una buena idea, pero también sabía que no tenía fuerzas

para detenerlo.

Capítulo 10

Alexa

MacKenzie y yo nos sentamos en una mesa en la cafetería del hospital, durante nuestra hora de almuerzo. Bueno, lo llamábamos almuerzo, pero eran las tres de la mañana. Yo prefería la comida de los desayunos, mientras que Kenz usualmente optaba por la de la cena. Lo único que teníamos en común, sin embargo, era que ambas consumíamos grandes cantidades de café.

—Una parte de mí quiere terminar con la imagen de mojigata, hacer algo loco. Vivir nuevas experiencias mientras todavía soy joven. ¿Eso es tan malo?

—No mencioné la invitación de Cade. Necesitaba tantear el terreno primero.

—Amén, hermana. —Levantó su taza en un brindis.

—Digo, ¿sería totalmente loco si quisiera, qué sé yo, tener una aventura con Cade, ver de qué se trata todo esto...?

MacKenzie escupió el café.

—¡No me había dado cuenta de que estábamos hablando de eso! —Sequé el líquido caliente de la mesa con una pila de servilletas—. Haz lo que quieras, amiga. Pero sabes que no estará satisfecho con el típico sexo vainilla, ¿verdad? Probablemente haya hecho cosas con las que sólo hemos soñado.

No sabía en qué consistían sus sueños, pero el sexo vainilla era hasta donde llegaban los míos.

—¿Cómo por ejemplo?

—Tríos, orgías, sexo anal...

Levanté una mano para detenerla.

—Listo. Suficiente, gracias. —Mis mejillas se acalararon con su diatriba.

Estaba interesada en explorar mi sexualidad con Cade, pero de ninguna manera estaba preparada para nada de eso. Ni siquiera podía escuchar las palabras sin sonrojarme.

MacKenzie se echó a reír.

—Relájate, Lex. Te lo dije. Él sería súper afortunado de conseguir a una chica como tú. Sigo pensando que eres demasiado buena para él, pero esa es mi opinión. Sólo prométeme una cosa si realmente estás convencida de esto.

¿Estaba convencida? No lo sabía. De lo único que estaba segura era de las reacciones extrañas que Cade provocaba en mi cuerpo.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Diviértete con la estrella porno, pero no involucres tu corazón.

Casi me reí de su advertencia ridícula. ¿Mi corazón? Quería asegurarle a MacKenzie que no había posibilidad de que me enamorara de Cade, pero mi mente recordó su trato gentil con Lily y las palabras se atascaron en mi garganta. Asentí mi consentimiento.

—Mis padres me arreglaron una cita con otro candidato a yerno. Su nombre es Peter y me llevará a almorzar mañana.

Puso los ojos en blanco. MacKenzie estaba bien informada de las intromisiones de mis padres.

—Está bien. ¿Puedo darte un consejo, con toda seriedad, si vas a hacer esto?

—Claro.

—Debes afeitarte todo, minuciosamente, ya que él está acostumbrado a esas chicas de los videos, y no encontrarás ni una mota de pelo en ninguna de ellas.

Puse los ojos en blanco. ¿Ese era su consejo? Yo no estaba dispuesta a afeitarme mi vello púbico para complacer a un hombre. ¿O sí?

—Tengo que volver al trabajo. —Tiré la taza a la basura y me metí el último trozo de panecillo en la boca.

* * *

No tengo idea por qué acepté la cita con Peter Wyndham III. Fue un momento de debilidad, mi madre me lo pidió cuando aún estaba eufórica por haber visto a Cade, y acepté.

A Peter lo conocí el año pasado, en la fiesta de Navidad de la oficina de mi padre. La misma fiesta en la que me han hecho desfilarme como si yo fuera una preciada posesión desde el día en que cumplí los dieciocho años. Como si yo quisiera un contador gordo y ricachón de marido. Afortunadamente, Peter era diferente. Tenía veinticuatro años, recién salido de la escuela de negocios, y se sentía tan fuera de lugar con los contadores de mediana edad y sus cónyuges como yo.

Pasamos la noche sentados en un balcón, yo con la chaqueta de su traje sobre mis hombros desnudos, mientras hablábamos sobre nuestros cursos favoritos de la universidad: el mío, la filosofía y el suyo, la economía.

Mis padres quedaron encantados al ver que nos llevábamos tan bien. A sus ojos, él era un buen partido, todo lo que ellos querían para mí: un hombre

blanco de entre veinte y treinta años, buena genética, bien educado, perteneciente a una familia de clase media-alta de New Hampshire. Saludable como un vaso de leche. E igual de emocionante.

La emoción de mis padres sólo empeoraba las cosas. Evité sus llamadas y sus débiles intentos para engancharnos durante casi seis meses. Razón por la cual me resultaba desconcertante estar rizándome el pelo y planchando mi vestido camisero azul marino para mi cita.

Hicimos planes para jugar al tenis en el club de campo del cual mi padre y él eran miembros. Empaqué el traje de tenis en mi bolso grande, el cual MacKenzie había denominado la bolsa de Mary Poppins, y fui a esperar a Peter.

Cuando se detuvo en su elegante Lexus plateado, corrí a su encuentro. Peter salió del coche, con su pelo rubio engominado y dientes blancos y rectos que indicaban años de ortodoncia. Me recibió en la puerta del auto, vestido casualmente con jeans y una camisa y me besó el dorso de la mano antes de ayudarme a entrar en el coche. El olor intenso a cuero me envolvió y me acomodé en el asiento.

Algo sobre Peter me resultaba familiar, como un par de jeans gastados, o sandalias cómodas, pero nada sobre su presencia, y ciertamente tampoco su beso, me hizo ver fuegos artificiales. Era más como una indiferencia tolerable. Cade, por otro lado... bueno, mis pezones se endurecían de sólo pensar en él.

Después de un partido de tenis aburrido, en el que predeciblemente me dejó ganar, almorzamos en el extenso patio de piedra del club. Ordené una ensalada de fresas al champán y Peter un risotto de trufas. Bebimos agua con gas durante la comida y Peter contó elaboradas historias diseñadas para impresionarme. Empezó con las aventuras en el velero de su padre, fiestas locas con sus amigos de la secundaria, y finalmente sus ambiciones

profesionales, o sea convertirse en socio antes de los treinta y cinco. Ni una sola vez me preguntó sobre las mías. O nada de mí, en realidad. Me encontré pensando en Cade y Lily. Me preguntaba qué hacían los fines de semana. Me imaginaba que comían desayunos de panqueques con chispas de chocolate en pijama mientras veían los dibujos animados. El pensamiento me hizo sonreír. No pude evitar las miradas ocasionales a mi reloj, contando los minutos que quedaban para que esta cita terminara y pudiera irme a ver a Cade y Lily

Después de nuestra cita, Peter me acompañó hasta mi coche, y me abrió la puerta mientras me sentaba en el asiento del conductor.

—Estuvo divertido. Deberíamos hacerlo de nuevo. Mi familia hace un tour de vinos todos los otoños, deberías venir.

—Lo voy a pensar —dije, luego cerré la puerta del coche.

Capítulo 11

Cade

Llegué a casa del trabajo minutos antes de las seis. La hermana más pequeña de Ian, Sophia, que tenía diecinueve años y estaba estudiando en una institución cercana, cuidaba a Lily a menudo, y había estado aquí desde las tres para ayudarla a bajar del autobús.

Entré y encontré a Lily cenando en la mesa, y a Sophia sentada con ella, limándose las uñas.

—¡Caden! —Lily dejó caer el tenedor y vino a mis brazos en segundos.

—¿Hiciste tus ejercicios? —Le besé la coronilla.

—Aún no. Sophia y yo estuvimos jugando.

Le fruncí el ceño a Sophia. Ella se encogió de hombros y murmuró una disculpa, levantándose para saludarme con un abrazo.

—Mmm, alguien huele bien. —Enterró la nariz en mi cuello.

—No empieces. Hoy tengo...una cita. —Después del trabajo, había intercalado un entrenamiento rápido con Ian y me duché en el gimnasio antes de venir a casa.

—¿Tú? ¿Una cita? —Sophia entrecerró los ojos con incredulidad—. Tú no sales. Sólo Dios sabe que he tratado que me invites a salir por años.

—Sophia... — La tomé de los hombros y la alejé suavemente—. Sabes que Ian me cortaría las pelotas si te pusiera un dedo encima. —Lo cual era completamente verdad, pero era más que eso. Sophia se había convertido en

una hermosa joven, el problema era que cuando la miraba, aún veía a la niña desgarrada de 10 años cuyas muñecas Barbie Ian y yo tomábamos como prisioneras de guerra.

—Podríamos evitar eso, y lo sabes. Ian no es mi jefe. —Sophia sonrió, batiendo sus pestañas, y apoyó una mano en mi antebrazo. Ah, estaba seguro de que ella definitivamente estaría más que feliz de que funcionara entre nosotros.

Había intentado durante meses que yo la notara, mientras limpiaba mi casa en sus pequeños shorts, y se ofrecía a cuidar de Lily en cualquier momento del día o de la noche. Y a pesar de que sabía sus motivos, dejé que lo hiciera. Si eso me convertía en un imbécil, entonces que así fuera. No iba a rechazar su ayuda. Ambos sabíamos que la necesitaba, a pesar de que estaba seguro de que ella se aferraba a la esperanza de que yo cambiara de opinión sobre ella. Sobre nosotros.

—Termina la cena, Lily. Tengo visitas esta noche.

—¿Va a volver Lexa? —El rostro de Lily estalló en una sonrisa cuando asentí.

—¿Quién es Lexa?

¿Quién era Alexa? Esa era una muy buena pregunta. Una chica fuera de mi alcance. Una chica que tenía el rostro de un ángel y un cuerpo que no tenía nada que envidiarle a cualquier estrella porno. Alguien dulce con mi hermana y probablemente capaz de destruir mi corazón.

—Sólo una amiga —dije.

Sophia puso los ojos en blanco.

—Ajá, amiga mi culo —Se tapó la boca—. Quiero decir, mi trasero —

Miró a Lily que ahora se estaba riendo—. Voy a ordenar un poco. Ve a prepararte para tu cita, semental. —Me dio una palmada en el trasero.

—Gracias, Sophi —Arrastré los pies hasta el cuarto de lavado, y coloqué mi ropa húmeda del gimnasio en la lavadora—. ¿Ordenaste tu habitación, Lily? —le pregunté desde el pasillo. Dentro de lo posible, intentaba tratarla como una niña normal. Quería que creciera independiente y auto-suficiente, sin que pensara que era diferente a otros, o incapaz de cuidar de sí misma. Al fin y al cabo, iba a llegar un día en que yo no estaría para ayudarla. Y eso era algo en lo que ni siquiera quería pensar.

La oí corretear a su cuarto y sonreí mientras iniciaba la lavadora.

Cuando entré a la sala de estar, Sophia había recogido su cabello en una cola de caballo y se había sacado su sudadera holgada, quedándose con una camiseta ceñida y un par de jeans. Estaba revoloteando alrededor de la casa, quitando el polvo de la sala, levantando cosas aquí y allá y haciendo que todo estuviera presentable en general.

Tenía la sensación de que sólo se estaba quedando para evaluar a la chica con la que supuestamente tenía una cita. Ni siquiera estaba seguro de que esto fuera una cita. No sabía qué me había llevado a decir eso. Tal vez porque sabía que Alexa no era el tipo de chica con la que andabas jodiendo casualmente.

Cuando golpearon a la puerta sentí un escalofrío en mi nuca, que me erizó el cabello y encendió todos mis sentidos con anticipación.

Sophia trotó hacia la puerta, pero la detuve antes de abrirla.

—Déjame a mí.

Ella dio un paso atrás y posó sus manos en las caderas.

—Por supuesto.

Sacudí la cabeza y respiré hondo, luego abrí la puerta. Alexa se veía impresionante. Llevaba un vestido de mangas cortas color azul marino que abrazaba sus curvas, y terminaba justo encima de sus rodillas. Sus piernas estaban bronceadas y tonificadas, y terminaban en unos pies sensuales envueltos en un par de sandalias plateadas. Se veía sexy e inocente a la vez.

—Adelante. —Di un paso atrás para dejarla entrar. Sophia se aclaró la garganta detrás de mí, y aparté la mirada de Alexa.

—Esta es Sophia, una amiga mía y de Lily.—Hice un gesto hacia la joven. No se me escapó que ambas estaban teniendo una extraña competencia de miradas, mientras se evaluaban la una a la otra. —Sophia ya se iba. Gracias por todo, Sophi.

Una sonrisa asomó en sus labios, una mirada satisfecha en su rostro.

—¿Mañana a la misma hora?

—No, ya está cubierto. Además, no me gusta que te pierdas clases para cuidar a Lily por mí.

Agarró su bolso y su sudadera del sofá.

—Caden James, sabes que haría cualquier cosa por ti. —Me sonrió con picardía. Ella intentaba dar a entender, por el bien de Alexa, que había algo más entre nosotros. No lo había. Jamás lo hubo, jamás lo habría, a pesar de lo mucho que ella intentara tentarme.

Una vez que Sophia se fue, Alexa se balanceaba nerviosamente en la entrada, jugando con la correa de su bolso. La tomé por los hombros.

—Oye, es la hermana menor de mi mejor amigo. Eso es todo. ¿De acuerdo?

Ella asintió obedientemente, su voz apenas un susurro:—De acuerdo. —Se quitó sus sandalias, por lo que quedó varios centímetros más baja que yo, y me siguió adentro.

En ese momento, Lily entró ruidosamente por el pasillo y Alexa se arrodilló para envolverla en un abrazo gigante. Lily parloteaba sobre su día y Alexa asentía y reía, y cada tanto le hacía preguntas. Era sorprendente ver lo mucho que Lily ya admiraba a Alexa. Era dulce y preocupante a la vez. Si las cosas con Alexa no funcionaban, sabía que tendría una niña con el corazón roto en mis manos.

Le pregunté a Alexa si estaba de acuerdo en preparar a Lily para ir a la cama, y ella asintió y luego fue a ayudar a Lily con sus estiramientos. Alexa se sentó en el suelo con ella, y le mostró un par de técnicas nuevas para estirar la espalda y las piernas. La emoción de ver a Alexa fue como una tortura lenta, las miradas persistentes, los roces ocasionales contra su piel, y finalmente acostamos a Lily en su cama.

Alexa me siguió por el pasillo hacia la sala de estar. La observé dar un paso dubitativo hacia donde yo estaba sentado en el sofá. Todo el oxígeno desapareció de la habitación, el aire cargado de tensión, ahora que nuestra diminuta acompañante estaba profundamente dormida.

Tenerla aquí conmigo —con Lily— me estaba jodiendo la cabeza. Ni siquiera podía comenzar a entender sus motivos.

Alexa se quedó en la puerta, como si posara para que la examine. Su vestido terminaba justo por encima de las rodillas, y mi mirada recorrió sus piernas desnudas.

—Te ves bien —dije con voz ronca.

—Tuve una cita.

¿Hoy tuvo una cita y el imbécil la había dejado ir? ¿Vestida así? Sus piernas desnudas estaban torneadas y bronceadas, las uñas de los pies pintadas de un rosa pálido. Ella era increíble.

—Ven aquí. —Le ordené.

Ella obedeció, y cruzó la sala para pararse frente a mí, con los ojos muy abiertos buscando los míos. Pase la yema del dedo por la parte posterior de su pierna desnuda, y la sentí estremecerse bajo mi tacto.

—Cuéntame sobre esa cita que tuviste. —Seguí acariciando lentamente la piel suave detrás de la rodilla.

Ella tragó saliva y respiró hondo. —Él me llevó al club de campo para jugar al tenis y luego a comer en la terraza.

—¿Y ahora estás viendo cómo vivimos los pobres? —Sentí que sus rodillas se aflojaban—. Conmigo no hay rosas ni velas ni clubes de campo. Las citas conmigo no incluyen tenis. —No estaba seguro de por qué la estaba alejando, sólo sabía que deseaba su honestidad, entonces la traté de la misma manera.

—¿No?—Me desafió con vos débil.

—No, pastelito. Soy la clase de tipo al que le gusta la cerveza, las alitas de pollo picantes y el sexo en la cabina de su camioneta —Contuvo el aliento y le temblaron las rodillas. Envolví ambas manos alrededor de la parte posterior de sus piernas para evitar que colapsaran—. Pero por ti probablemente podría hacer una excepción.—Su mirada sostuvo la mía y el aire se puso denso a nuestro alrededor.

—¿Pero qué pasa si me gusta la idea de la cerveza y las alitas picantes?— replicó.

Noté que ella convenientemente omitió la parte del sexo, y yo sabía que no debía decirlo, pero maldita sea, quería ver su reacción. —Me refiero a que la excepción sería que en vez de mi camioneta, te llevaría a mi cama donde podría cogerte correctamente.

Ella dejó escapar un gemido suave y sus piernas cedieron completamente. La senté en mi regazo, en lugar de permitir que se derrumbara en el suelo.

—Te tengo. —Respiré contra su pelo. Su corazón latía terriblemente fuerte y pude ver su pulso golpeando contra su cuello. Me puso muy caliente. Levanté su barbilla, hasta que sus labios se encontraron con los míos, y la besé suavemente—. Dime qué quieres, Alexa.

—No puedo.

Fruncí el ceño. —¿No puedes o no quieres? —Tragó saliva y bajó la mirada. Íbamos a tener que trabajar en eso. Pero primero lo primero—. Vamos a comer algo —La moví de mi regazo, y la senté a mi lado en el sofá—. Podemos quedarnos aquí o puedo intentar llamar a una niñera para que venga...

—Quedémonos aquí.

—Por lo general ordeno comida después de que Lily se duerme. ¿Qué te gustaría?

—Lo que ordenas siempre está bien.

—Bueno, siempre pido cervezas y alitas de pollo... — Sonreí y le guiñé un ojo. Ella definitivamente *no* era el tipo de chica de cerveza y alitas.

Pero sin vacilar, ella sonrió y asintió con la cabeza. —Me parece bien.

—¿Te gusta un poco picante?

Asintió con la cabeza, ignorando la insinuación. —Siempre y cuando no

sea demasiado picante.

—Creo que puedes manejarlo. —Me crucé con sus ojos y sostuve la mirada. Sus ojos azules se abrieron como platos y me miró. Ella no dio marcha atrás y su curiosidad sincera acerca de lo que había entre nosotros provocó algo dentro de mí.

Saqué mi teléfono para ordenar. —Hola, Billy. Sí, en realidad que sean dos órdenes de lo de siempre —Me puse de pie y crucé la habitación—. ¿Puedes esperarme aquí mientras yo voy a recoger la comida? Solo tomará unos minutos.

—No hay problema.

Cuando volví con seis cervezas y las cajas de comida, Alexa había traído servilletas y platos de la cocina. Nos acomodamos de nuevo en el sofá para comer.

Abrí los contenedores de las alas y los palitos de apio, y los coloqué sobre la mesa de café.

—Come todo lo que quieras.

—Gracias —Miró con recelo la comida antes de colocar delicadamente una servilleta sobre su falda—. En realidad nunca he comido alitas de pollo. —admitió.

— ¿Nunca?

Negó con la cabeza.

Maldición. Esta chica realmente vivía en un mundo completamente diferente. Probablemente, nunca había comido nada que no necesitara cubiertos. Quería decirle que no se preocupara por ensuciarse delante mío, pero me sorprendió cuando metió la mano, tomó un ala de pollo del recipiente

y la miró con curiosidad, como si se preguntara por dónde empezar.

Observé mientras ella mordisqueaba la carne con cuidado, manchándose de salsa en su labio inferior y en las puntas de sus dedos.

—Mmm. Está bueno. —Parecía sorprendida. Verla lamer la salsa de sus dedos le provocó cosas muy malas a mi entrepierna.

—Bien —Empujé las servilletas hacia ella—. Ahora come.

Ella siguió robándome miradas desde el rabillo de su ojo, pero comimos en relativo silencio.

Saqué una cerveza del paquete de seis y se la ofrecí. —¿Quieres una?

Asintió. La destapé y le entregué la botella abierta. De inmediato la llevó a sus labios, probablemente para quitar el picor de la comida. Las alas estaban más picantes de lo habitual, pero ella no se quejó.

—¿Te molesta si pongo el partido? —pregunté, mientras agarraba el control remoto.

Ella ya iba por la segunda alita y asintió a medias con la cabeza.

Encendí el televisor y puse el juego, más por el ruido de fondo que por otra cosa.

Alexa se inclinó hacia adelante en su asiento. — ¿Cuál es la puntuación?

—¿Te gusta el fútbol americano?—No pude evitar que la sorpresa forzara mi voz.

Asintió. —Me encantan los Osos. Ver fútbol americano es lo único normal que hacía con mi papá. —Sonrió.

Ay. Una chica a la que le gustan las alitas de pollo y la cerveza, y ahora me dice que es fanática de los Osos también. *Señor, ten piedad.* Mi decisión de

alejarme de ella cada vez se hacía más difícil.

Terminamos de cenar y levanté la comida, pero Alexa me pidió que dejara la cerveza. Ambos estábamos tomando la segunda, y el hecho de que ella no tenía cultura alcohólica era evidente por la forma en que se recostaba contra el sofá, ladeándose hacia mí.

Ella era más entretenida que el partido, le gritaba sin pudor al televisor cada vez que el árbitro tomaba una mala decisión. Observé la forma en que inclinó la botella hacia sus labios y bebió un largo rato, el movimiento grácil de su cuello mientras tragaba. Levantó sus pies en el sofá, y yo los puse en mi regazo. El contacto le llamó la atención, y se movió para enfrentarme.

—¿Cade? —susurró en la sala tenuemente iluminada.

—Ya has comido. Ahora llegó el momento de que tengamos nuestra conversación, pastelito —Empecé a frotar suavemente sus pies—. Dime lo que quieres.

Ella se inclinó y puso su botella de cerveza en la mesa de café antes de volver a mirarme a la cara. Se mordió el labio como si no estuviera segura de sí misma, y miró para todos lados menos a mí.

—Esto. Tú. Quiero que tú... me enseñes. —Tragó saliva, y sacó su lengua para saborear su labio inferior.

¿Era consciente de lo que me pedía? ¿Lo comprendía?

—¿Enseñarte qué?

—Como... complacerte...

Agarré suavemente su mentón con mis dedos y le levanté la cara para mirarla a los ojos.

—¿Cómo hacerme acabar?

—Sss...Sí. —Gimió.

Se inclinó hacia adelante y me dio un beso dulce en la boca y mi pene se despertó en mis pantalones. Quería entender cómo complacer a un hombre, pero su inocencia sexy garantizaba que no iba a tener que esforzarse demasiado. Necesitaba mantener mi autocontrol antes de que le bajara sus calzones y le mostrara exactamente qué hacer.

Capítulo 12

Alexa

Cade me subió a su regazo, y me sentó a horcajadas sobre él, mi vestido levantado alrededor de mis piernas. Acarició con sus dedos mi muslo desnudo, trazando un camino sinuoso.

—¿Estás segura de que quieres esto? —susurró.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que iba a estallar a través de mis costillas. Podía sentir su erección presionando en el vértice de mis muslos. Quería esto, ¿no? ¿No era por esto que estaba aquí? Dios, estaba confundida.

—Dudaste —Respiró sobre mi cuello, antes de echarse hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Lo sé.

Acomodó el vestido a mi alrededor, asegurándose de que seguía presentable.

—Escucha, no tenemos que hacer nada que tú no quieras —Continuó seduciéndome, acariciando con su dedo más arriba en mi muslo, hasta llegar más cerca del borde de mi ropa interior.

Gemí.

—Te deseo. No tienes una puta idea cuánto. Pero tú marcarás el ritmo, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza. —Está bien —Al instante me sentí mejor, aliviada y segura de lo que quería y no quería—. Nada de sexo... pero ¿podemos hacer

algunas, eeh, otras cosas?

Se echó a reír, con una risa gutural profunda que retumbaba en su pecho.

—Todo lo que quieras, nena.

Mierda. Probablemente sonaba muy rara. No conocía la mejor manera de abordar esto. Pero por suerte, Cade tomó la iniciativa y no me hizo verbalizar lo que quería.

Su boca capturó a la mía en un beso profundo, y mi lengua no tardó en seguir su ejemplo, acariciando y enredándose con la suya.

Traté de no comparar cada movimiento de Cade con los de su video, pero era difícil. Las imágenes se repetían en mi cabeza, pero hasta ahora, este momento era únicamente nuestro. Sus dedos se deslizaron a lo largo de mis pantorrillas y llegaron hasta mis rodillas, separándolas ligeramente para que pudiera presionar más cerca de mí.

—¿Y Lily? —dije entre besos.

—Está dormida.

—¿Y si se despierta?

—La escucharemos —Continuó besándome.

Supuse que tenía razón. Escucharíamos su andador moviéndose a través del piso de madera.

Él desabrochó mi vestido lentamente, tomándose su tiempo para besar y mordisquear mis labios, mi cuello y mi clavícula con cada botón que liberaba con éxito. Cuando levantó el vestido por encima de mi cabeza, subí mis brazos obedientemente, lo que le permitió sacármelo. Empujé mis pechos generosos hacia afuera para que los observara.

Sus ojos se inundaron de deseo mientras me miraba.

—Por Dios, pastelito —Miré mi sostén blanco, y deseé haber escuchado los consejos de MacKenzie acerca de comprar lencería nueva, pero Cade no parecía limitado en lo más mínimo por mi ropa interior de algodón blanco. Me alegré de haber seguido su consejo y de haberme afeitado hoy.

Los pulgares de Cade rozaron mis pezones. Dejé escapar un gemido gutural. Continuó sus masajes tortuosos sobre mis pechos; sus dedos se sumergían en el escote y se deslizaban a través de las puntas endurecidas. Me pregunté si me iba a quitar el sujetador, o si tal vez esperaba que yo lo hiciera.

—¿Dijiste que querías saber cómo complacerme? —Levantó mi barbilla para que lo mirara a los ojos—. Esta es la lección número uno. No tengas miedo de pedir lo que quieres. Escucharte decirlo me excita mucho.

Respiré hondo y contuve la respiración. De ningún modo iba a ser buena hablando sucio.

Sería como pedirme que hable un idioma diferente. Ni siquiera podía vocalizar lo que quería en español.

Sus manos dejaron mi cara y me tomaron ambos pechos, masajeándolos apasionadamente.

—Estuve soñando con tus tetas durante semanas. Verlas rebotando sobre mí mientras montas mi verga.

Dejé escapar un gemido al oír sus palabras, y un torrente de calor humedeció mi sexo.

Cade sonrió casi victorioso. —Ahora inténtalo tú.

Mis nervios regresaron mientras trataba de pensar. Me moví en su falda y sentí su erección presionando contra mí. Antes de que me diera cuenta, dije

impulsivamente.

—Me encanta cómo se siente tu pene duro.

Dios, sonó estúpido. Pero Cade dejó caer la cabeza hacia atrás en el sofá y cerró los ojos, como saboreando mis palabras. Me sentí orgullosa de inmediato.

Me tomó de la nuca y me guio hasta su boca, enroscando sus dedos en mi cabello. —¿Quieres jugar con ella?

Asentí con la cabeza, incapaz de formar palabras.

Sonrió contra mis labios. —Buena chica. Pero todavía no. Primero necesito hacerte acabar.

¿Necesita... qué? ¿Hacerme acabar? Ay...

Buscó la parte de atrás de mi sostén y lo desabrochó de una sola vez, luego bajó los tirantes por mis hombros y lo tiró en el suelo a nuestro lado.

Su boca se unió a sus manos en las caricias, lamiendo y chupando mis pezones. Lo agarré del pelo y empujé mi pecho contra su boca ansiosa, con ganas de más. —Ay Dios, eso se siente bien —gemí.

Antes de que tuviera tiempo de pensar qué estaba pasando, me dio vuelta y me acostó de espaldas en el sofá y él se arrodilló en el suelo a mi lado, deslizando mis bragas por mis piernas.

—Quiero oírte gritar mi nombre... —susurró contra mi muslo interno.

Eso no iba a suceder. Estaba muy consciente de no querer despertar a Lily. Por Dios. Al menos uno de nosotros pensaba con claridad.

Hundió sus dedos entre mis muslos, pasándolos ligeramente a lo largo de mis pliegues.

—Estás completamente mojada, nena —Su voz era áspera, casi sin control.

Me mordí el labio y abrí más los muslos, permitiéndole explorar, ya sin sentir vergüenza.

Introdujo un dedo largo dentro de mí, y lo deslizó hacia adentro y afuera con una suave presión. —¿Te gusta eso, pastelito? —Me besó suavemente justo debajo de mi ombligo.

Gemí en respuesta.

Me miró fijamente, y añadió un segundo dedo. —Tan apretado, tan hermoso —murmuró.

—Más, por favor —supliqué.

Gruñó y empujó sus dedos con más fuerza, entrando y saliendo hasta que comencé a jadear y retorcerme bajo su mano talentosa. Luego se agachó, pasó su lengua sobre mi sexo y mi mundo se desintegró. El calor húmedo de su boca estalló a mi alrededor y la sensación hizo que mis caderas se levantaran del sofá.

—Cade —jadeé. *Mierda*. Y yo que prometí que no iba a gritar. No me importaba. Levanté mis caderas para encontrarme con su boca y sentí una ola de pulsaciones mientras un intenso orgasmo estallaba en mi interior. Abrí mis ojos y encontré los ojos de Cade aún clavados en mí.

—Eres hermosa —susurró.

Tragué saliva y me senté, de repente insegura acerca de mi desnudez. Cade aún estaba completamente vestido.

Su mano en mi brazo me detuvo. —¿A dónde crees que vas?

Miré hacia su entrepierna y me alarmé al ver un bulto enorme que exigía

ser liberado. Me lamí los labios secos. —¿Puedo ponerme mi ropa interior?

Sus labios se curvaron en la más pequeña de las sonrisas, y levantó la ropa con cuidado del piso. —Si eso te hace sentir más cómoda, pero la parte de arriba se queda sin nada —Leyó el dorso de los calzones—. Domingo ¿eh?

Los arranqué de sus manos y me los puse mientras las piernas me temblaban.

—¿Vas a enseñarme... qué hacer...? —Miré hacia su entrepierna.

Rio y se sentó a mi lado en el sofá, entrelazando sus dedos en la nuca. — Todo tuyo, querida.

Desabroché el cinturón con torpeza, luego el botón y la cremallera. Sonreí ante la pequeña victoria y Cade se inclinó a besarme.

Alzó las caderas mientras yo bajaba sus jeans y calzoncillos. Su pene grueso y rígido saltó y me saludó, y tuve que respirar hondo. —Aún estás afeitado —murmuré. Me pregunté si iba a protagonizar otro video próximamente. La idea me excitaba y me molestaba al mismo tiempo.

Una sonrisa cruzó sus labios. —Dime algo... viste el video, ¿cierto?

Bajé la mirada.

—Respóndeme—Levantó mi cabeza, recorriendo con sus dedos mi garganta.

Asentí.

—¿Cuántas veces? —dijo en voz baja y rasposa.

Me encogí de hombros. Aunque hubiera podido encontrar mi voz, no sabía la respuesta a esa pregunta. Eran demasiadas para contarlas.

—¿Te tocaste?

Asentí nuevamente.

—Mierda, eso me calienta —Su voz áspera me hizo mojar mis bragas—. Muéstrame —ordenó.

Reuniendo todo mi coraje, me quité los calzones y puse mi mano entre mis piernas, mientras apretaba su muslo con mi otra mano ya que aún estaba sobre mis rodillas. Cade continuó mirándome a los ojos hasta que los bajó lentamente hacia donde mi mano frotaba círculos suaves sobre mi clítoris. Respiró y contuvo el aliento.

—Carajo nena, eso es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Le sonreí tímidamente y saqué la mano, ya que de pronto me sentí insegura. Algunas cosas sólo se hacían en privado. —Me gusta más cuando lo haces tú —admití.

Se inclinó hacia adelante y me besó, y su mano se movió con naturalidad entre mis piernas.

—¿Sí? —su dedo medio se deslizó con facilidad dentro de mí.

—Ay siiiii... —gruñí al sentirme llena de repente.

Acarició con su dedo mi pared interior y casi me derrumbé en el suelo. Agarré sus piernas para sostenerme. —Mis dedos son más largos —susurró—. Puedo alcanzar tu punto G —

Mordisqueó mis labios con un beso rápido, masajeando el punto una y otra vez. Le clavé las uñas en sus piernas—. Sólo espera a que esté dentro de ti —susurró.

Gemí.

—Esta noche no, pastelito.

Me quejé. —Cade.

—Shh —Su dedo continuó con la tortura—. No te voy a coger esta noche.

Me sorprendí con el término. —Quieres decir ¿hacer el amor?

Su dedo se detuvo dentro de mí. —No, quiero decir coger. Si quieres hacer el amor, ve a ver a tu chico del club de campo, si quieres que te cojan como es debido, vienes conmigo —Su voz era ruda—. Pero no hasta que estés lista. No hasta que me lo pidas.

Asentí, sabiendo que tenía razón. No estaba lista, pero eso no significaba que quería que él se detuviera, especialmente cuando estaba tan cerca otra vez.

Cade comenzó a mover su dedo nuevamente contra el punto sensible. Sujeté sus piernas y cerré los ojos mientras una presión intensa crecía en mi interior, que finalmente explotó en un orgasmo demoledor. Él dejó escapar un torturado gemido por lo bajo, mientras me observaba con el deseo quemando sus ojos. Los míos se cerraron en puro éxtasis ante tantas sensaciones.

De pronto no podía esperar más para tocarlo. Me incliné hacia adelante y tracé un camino de besos húmedos a lo largo de su miembro. Su aroma almizclado era decididamente masculino, y yo quería más. Lo deseaba de una manera totalmente primitiva que era completamente nueva para mí.

Puse la cabeza en mi boca y probé la piel suave. Dejó escapar el aire siseando entre los dientes. Mis manos se sumaron a la diversión, deslizándose arriba y abajo mientras lo devoraba entero.

—Carajo, nena —gruñó, y dejó caer la cabeza hacia atrás contra el sofá.

No tenía idea de que esto podía ser tan placentero, pero me encontré perdida en el ritmo, chupando, lamiendo y recorriendo mis manos por su miembro.

—Sigue así, ángel. Acarícialo —Observó cómo mis manos lo tocaban y emitió un profundo gruñido. Mi corazón se sobresaltó. Escuchar los sonidos que salían de él era muy sexy—. Voy a acabar —jadeó.

Segundos después, chorros calientes de semen explotaron en mi garganta y Cade dejó escapar un gruñido final.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios y me miró maravillado. —Maldición nena, no tenías que tragártelo —Acarició mi mandíbula con el pulgar, mientras me estudiaba detenidamente.

No había pensado demasiado. Sólo hice lo que tenía que hacer. No iba a correr al baño, con mi trasero moviéndose en su cara mientras me alejaba al trote. No, gracias. Además, no había sido tan malo.

Sonrió soñoliento. —En caso de que te preguntes... eso estuvo de puta madre.

Ya no me ponía colorada ante su uso excesivo de malas palabras, sólo lo hacía más especial para mí. Cade era un hombre hecho y derecho. No había forma de cambiarlo, ni tampoco de atemperar sus modos. Tal vez era mi crianza tan estricta, pero algo en mi interior envidiaba su libertad.

Su cumplido me hizo sonrojar, y alcé la barbilla para mirarlo a los ojos. Continuó acariciando mi mejilla, masajeando mi nuca por detrás de mi cabello, sin molestarse en guardar su pene de vuelta en sus pantalones. Ya que no le importaba que estuviésemos semi desnudos, me relajé con sus caricias, y descansé mi cabeza en su muslo.

—¿Te gusta esto, pastelito? —susurró.

—Mmmm —murmuré, ladeando la cabeza para darle un mejor acceso. Sus dedos masajearon todo mi cuello empleando una presión fuerte pero relajante. Podría chupársela todos los días si eso me garantizaba un masaje como este

después. Me relajé bajo sus manos y disfruté de la tierna atención.

Varios minutos después, y a punto de dormirme, me levanté y me vestí. Cade acomodó su ropa, me dio un beso rápido en los labios y se fue por el corredor, supuse que a chequear a Lily. Por sobre todo, era un buen hermano mayor y eso era lo único que realmente importaba.

Sin saber qué hacer, levanté las botellas vacías de cerveza y las llevé a la cocina para enjuagarlas. Las puse en la encimera junto al fregadero, y me pregunté dónde estaría el tacho de reciclaje, o si tenía siquiera uno. Cade entró a la cocina detrás de mí.

—Deja todo como está. Limpiaré en la mañana —Me dio un beso en la nuca y me volví para abrazarlo, reconfortada por su cálido saludo—. Déjame acompañarte. Quiero asegurarme de que llegues sana y salva a tu coche.

No hice comentario alguno de que mi auto se encontraba a diez metros de distancia, simplemente asentí. Lo dejé poner su mano en la parte baja de mi espalda y me escoltó hacia la puerta. Quizás tuvo algo que ver eso de compartir alitas de pollo, fútbol americano y sexo oral. Lo que fuera que sacó su vena protectora, no me iba a quejar. Me gustaba.

Capítulo 13

Cade

Tener el cuerpo deseoso de Alexa tan cerca casi me hizo perder la razón. Ver su pequeña mano alrededor de mi pene me excitó como nunca. ¿Estaba lo suficientemente loco como para creer que algo iba a salir de todo esto, algo que no fuera una amistad en torno a Lily y los beneficios secundarios de adorar su cuerpo dulce una vez que cae el sol? Seguramente, ella se había dado cuenta de que yo no encajaba en su vida, por lejos. Pero me iba a conformar con lo que pudiera conseguir, por tanto tiempo como fuera posible.

Esa noche me quedé dormido con el recuerdo de la voz suave de Alexa leyendo el libro favorito de Lily y la manera en que animaba las voces de cada uno de los distintos personajes para hacerla reír. Con una sonrisa somnolienta plantada en mis labios, me di la vuelta y me dormí.

El sábado, Alexa me llamó y me preguntó si podía pasar a buscar a Lily para pasar un día de chicas. Cuando me recuperé de mi silencio estupefacto, le dije que sí. Esta chica continuaba sorprendiéndome. Era como si conociera el camino a mi corazón blindado: a través de Lily. Quizás nunca antes consideré una relación seria porque ninguna mujer parecía interesada en desarrollar una relación seria con Lily también. Una vez que se enteraban de ella, generalmente desaparecían.

Una hora después, Lily canturreó el nombre de Lexa cuando vio el pequeño SUV de BMW deteniéndose frente a casa. Nos encontramos con Alexa en la calle. —Así que, ¿cuáles son los planes para hoy, chicas?

—Bueno, pensaba decidirlo junto a la Señorita Lily. Podríamos tener un

lindo día de spa, o podríamos ir a una tienda donde eliges una figura de cerámica para pintar.

—¡Sí! —El rostro de Lily se iluminó.

—¿Cuál quieres, muñequita? Tienes que elegir. —La generosidad de Alexa ya era demasiado.

El rostro de Lily se arrugó en concentración por un momento antes de que levantara la mirada. —¿Podemos hacer ambas?

Alexa sonrió de esa manera que tanto me gustaba y asintió. —Claro que podemos, bomboncito.

Abroché a Lily en el asiento de atrás y puse su andador en el espacio de carga trasero, luego me reuní con Alexa en la puerta del conductor. —¿Estás segura de que puedes con esto?

—Absolutamente. Ve a disfrutar tu sábado. Sólo mantén el sexo casual al mínimo. —Me palmeó el pecho.

—Lo haré.

Las vi alejarse en el auto. La pequeña niña dueña de mi corazón y la bella Alexa que lo empujaba en una dirección completamente nueva.

Aproveché la oportunidad poco común para una sesión de gimnasio extra con Ian, pero cuando llegué a la casa vacía me sentí muy raro. Después de una hora de dar vueltas y matar el tiempo, decidí llamar a Alexa y chequear cómo estaban. Tal vez se estaba volviendo loca. Definitivamente tenía que llamarla. Marqué su número y respondió en el primer timbre.

—Hola, Cade. —Parecía sin aliento—. Terminamos en el local de cerámica y comimos un almuerzo. ¿Qué sucede?

Escuché risas fuertes de fondo. —¿Dónde están chicas?

—En el spa. ¿Está bien si Lily se corta el cabello? Sólo será un recorte de puntas.

—Sí, seguro. —Mi vecina se lo corta usualmente, pero qué diablos—. ¿Dónde están? Podría pasar y ver a Lily.

—Claro. Le encantaría, estoy segura. —Me dio la dirección y me fui en mi camioneta, ya necesitaba salir de mi casa tan silenciosa.

Cuando entré al spa, me recibieron los sonidos de música New Age mezclados con el canto de pájaros y el rumor del agua, y un aroma a lavanda que era tan fuerte que me golpeó en la cara.

Doblé en una esquina y encontré a Alexa y a Lily sentadas en sillones con sus pies levantados frente a ellas.

—¡Caden! —gritó Lily cuando me vio.

Movieron las uñas de los pies pintadas de color rosado hacia mí. No estaba seguro de qué me estaban mostrando. —Miren eso. Dos chicas muy hermosas.

Sonrieron ante mi cumplido, así que supuse que dije lo correcto y caminamos hacia la salida.

—Toma. —Alexa me entregó su tarjeta de crédito—. ¿Puedes pagar la cuenta? Quiero correr a la pastelería de al lado. Sólo me llevará un minuto.

—Claro. —Tomé la tarjeta, pero planeaba pagar con la mía una vez que Alexa se fuera. Ella ya había hecho mucho por nosotros. Pero cuando la chica del mostrador me dijo que la cuenta ascendía a trescientos dólares, de mala gana le entregué la tarjeta de Alexa. ¿Trescientos dólares por pintarse las uñas de los pies y un par de cortes de pelo? Su cabello no lucía diferente para mí. Una cosa estaba clara: Alexa llevaba un estilo de vida que yo nunca sería

capaz de afrontar. Y estaba seguro de que Lily no necesitaba acostumbrarse a este tipo de lujos.

Alexa regresó unos minutos más tarde con una pequeña caja rosa de pastelería, con cara pícaro. Firmó el recibo de la tarjeta de crédito y tomó la tarjeta del mostrador, luego se dirigió hacia el auto con Lily a su lado. —Nos vemos de nuevo en tu casa —gritó.

Me quedé parado inútilmente hasta que se alejaron y luego caminé enojado hacia mi camioneta. Me detuve de camino a casa para recoger la cena de nosotros tres, con la necesidad de hacer algo para mantener las cosas bajo control.

Cuando llegué a casa, escuché a Lily cantando y jugando en su habitación y encontré a Alexa sentada en el sillón, esperándome. Dejé las bolsas de comida en la mesa y me giré hacia ella.

—No tenías que hacer todo esto hoy. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía.

Ella se paró y puso las manos en su cadera. —Ya lo sé, Cade. Quería hacerlo. Nunca tuve una hermana menor. ¿Alguna vez se te ocurrió que quizás me gusta pasar tiempo con ella?

Mierda. Quedé como un verdadero imbécil. Me froté la nuca. —Lo siento, es sólo que esto es nuevo para mí. —No se podía negar que la forma en que Alexa trataba a Lily complicaba las cosas entre nosotros. Me revolvía las tripas y sacaba a la luz mis instintos protectores.

Su expresión se suavizó. —Es nuevo para mí también. —Inclinó su cadera contra el mostrador, y se ubicó inconscientemente más cerca de mí.

Levanté mi mano para acariciar su mejilla, incapaz de resistir no tocar su piel suave. Pasé mi pulgar encallecido por su mandíbula.

—Oye —Sus ojos se encontraron con los míos—, lo siento. Me pongo sensible con ella.

—Sí, sí, lo noté. Esta fue la última vez que intento hacer algo lindo. —Su tono era serio, pero levantó la mirada con una sonrisa pícaro. Quise borrarla de su hermoso rostro con un beso.

—Ay, no seas así, pastelito. Vamos. Quédate a cenar.

Miró su reloj. —Quizás podría arreglarlo.

—¿Tienes que estar en algún lado? No me digas que es otra cita caliente con el idiota del club de campo.

Se echó a reír. —No, de hecho Peter no ha llamado. Es sólo que mi mamá me ha estado persiguiendo para que vaya a cenar. Déjame salir para llamarla y ver si puedo posponerlo hasta mañana por la noche.

—Por supuesto. Entra cuando hayas terminado.

Lily entró por el pasillo para mostrarme las uñas de las manos y de los pies de color rosa y el hada rosa de cerámica que había pintado. Parecía que una explosión de color rosa había invadido mi casa—qué diablos, mi vida.

—Voy a ir a poner esto en mi habitación —afirmó, ya en camino por el pasillo.

Alexa regresó y se dirigió directamente hacia mí, con una sonrisa en su rostro. La envolví en un abrazo.

—¿Y bien? ¿Puedes quedarte?

Acarició mi cuello con su nariz e inhaló. —Sí, pero tuve que hacer un trato con mi madre.

Besé sus labios y luego retrocedí para mirarla. —¿Qué trato?

—Le dije que estaba en la casa de mi amigo Cade e insistió en que te invitara a cenar con nosotros. ¿Estás libre mañana?

—¿Cena? ¿Con tus padres? —La sujeté por los hombros, examinándola. No podía estar hablando en serio. Pensé que sólo estábamos divirtiéndonos, pero esto de... conocer a los padres significaba algo más, ¿verdad?

Su labio inferior sobresalió. —¿Te parece bien?

—Ah, por supuesto. Probablemente puedo pedirle a Sophia que venga.

Su sonrisa titubeó por un momento al mencionar el nombre de Sophia. — Bien.

Alexa le ayudó a Lily a lavarse las manos mientras yo ponía la mesa. Me había detenido en la cafetería del vecindario y, al no saber qué le gustaría a Alexa, traje una hamburguesa y una ensalada con pollo grillado para ella, junto con mi hamburguesa de siempre y el sándwich de queso caliente de Lily.

Una vez que todos estuvimos sentados alrededor de la mesa, Alexa eligió la ensalada con pollo grillado para cenar y Lily anunció que quería ensalada, también. Alexa gentilmente compartió la ensalada, dividiéndola en dos platos mientras yo guardaba la comida extra en el refrigerador para la cena de otra noche.

Hablamos de esto y aquello mientras comíamos, y Alexa y Lily rememoraron su día de chicas. Una vez que terminamos de cenar, Alexa saltó de su silla. —Ay, casi lo olvidaba. Falta el postre. —Trajo la caja rosa de la pastelería de la encimera.

Sacudí mi cabeza lentamente. —Nos consientes demasiado. ¿Qué compraste?

—Pastelitos, ¿qué más? —Sonrió.

Reí entre dientes y Lily aplaudió, aunque sin saber nada acerca del apodo de Alexa. Me recosté, con un brazo sobre el respaldo de la silla de Alexa, mientras ella sacaba un pastelito con glaseado rosa de la caja y lo colocaba frente a Lily, quitándole la envoltura de papel. Lo ojos de Lily se abrieron como platos y no perdió tiempo en morder el enorme dulce. Por su entusiasmo, pensarías que nunca he alimentado a la pobre niña. Alexa se rio y limpió el glaseado rosa de la punta de la nariz de Lily.

Observamos a Lily devorar su pastelito en silencio. —Sabes que no tenías que hacer todo esto.

—Quería hacerlo —respondió.

Sabía que era inútil discutir con ella, pero algo sobre esto me molestaba. ¿Ella estaba aquí cuidando de Lily y visitándonos porque se sentía mal por nosotros? No éramos una puta obra de caridad para que sienta lástima.

Al presentir mi estado de ánimo, Alexa hundió su dedo índice en el glaseado de un pastelito y lo llevó a mi boca, sus ojos con un brillo desafiante. Me estiré y sujeté su muñeca, mis ojos clavados en los de ella, mientras pasaba mi lengua suavemente por la yema de su dedo.

Alexa dejó salir un gemido profundo. Lily se rio de nuestro espectáculo, recordándonos que no estábamos solos.

Aclaré mi garganta, tratando de recuperar algo de compostura y de frenar el dolor punzante en mis bolas. —¿Quieres mostrarle a Alexa cómo preparas el agua de la tina mientras limpio la cocina?

Lily se paró de un salto y sujetando con una mano su andador, agarró con la otra la mano de Alexa. —Ven, Lexa. Te mostraré dónde guardo las burbujas.

Observándolas juntas, me pregunté si Lily necesitaba un modelo femenino a seguir más estable en su vida. El pensamiento fue esclarecedor.

Limpié la cocina con el sonido de placenteras carcajadas femeninas y salpicaduras de agua que venían del baño. Una vez que terminé, me asomé en el baño, y encontré a Lily cubierta de burbujas, jugando con sus juguetes de la bañera y a Alexa arrodillada al lado de la tina, meneando su precioso culo hacia mí. Me tomé un minuto para inspeccionar su trasero bien formado, la forma en que sus jeans abrazaban sus curvas y la manera en que su camisa se había subido, exponiendo la curva de su espalda baja. Era tan sexy pero ella no se daba cuenta. Y ver su lado maternal con Lily—demonios, eso sólo desencadenó toda clase de pensamientos de macho alfa en mí. La deseaba.

Me atraparon mirando y Alexa se enderezó, mientras bajaba su camisa para cubrir la piel desnuda de su espalda.

—Lexa, puedes bañarte y usar mis burbujas cuando termine, si quieres — dijo Lily.

Alexa abrió grande los ojos y el rubor subió por sus mejillas. Le sonrió tímidamente a la Lily.

—Ay, no gracias, amor. Estoy bien así.

—Hay que terminar. Es la hora de dormir —gruñí.

Se dieron vuelta por la rudeza de mi voz y los ojos de Alexa se cruzaron con los míos. —Ven, vamos a enjuagarte —dijo, su voz tan temblorosa como la mía.

Alexa acostó a Lily y me encontró en la sala de estar. Sin decir una palabra ni dudar, Alexa cruzó la habitación y se subió a mi regazo. Agarré su culo, jalándola más cerca, y la besé. Sus besos suaves y dulces me estaban volando la cabeza. Esto ya no era sólo diversión. Se sentía como algo más. Mucho más.

Capítulo 14

Alexa

Cade puso una película con la excusa de que nos acurrucáramos en el sofá, pero la forma en que presionó firmemente su cuerpo contra mi trasero, y cómo acariciaba y mordisqueaba mi cuello me distraían bastante. Podía sentir sus latidos contra mi cuerpo, y me relajaba con la comodidad que me proporcionaba, incluso aunque no durara para siempre.

—¿Dónde vives, Lex? —preguntó suavemente.

—¿Eh?

Distraído, enredó un mechón de mi cabello alrededor de su dedo.

—En la ciudad —Bostecé—. ¿Por qué?

—No me gusta que tengas que manejar sola hasta tu casa en la noche —Su preocupación noble y un poco fuera de lugar quedó suspendida en el aire que nos rodeaba, pero fue muy dulce de su parte igualmente—. Pero si te quedas aquí... Lily nos haría todo tipo de preguntas que no estoy listo para contestar.

Lo que quería decir es que él no estaba preparado para discutir el futuro de nuestra relación.

¿Estábamos en una relación? Dios, realmente necesito tranquilizarme.

—Está bien, Cade. Vivo en un edificio seguro. Tengo estacionamiento subterráneo y un portero —No mencioné el gimnasio, spa y conserjería las veinticuatro horas, sabiendo que eso era una parte de mi vida a la que Cade no estaba acostumbrado.

Él no insistió más, pero me di cuenta que mi respuesta no le satisfizo. Me abrazó alrededor de la cintura y me apretó contra él con más fuerza.

—¿Cómo es posible que sigas siendo virgen, pastelito? Eres demasiado sexy.

No sólo consideré su pregunta, sino también consideré mi respuesta. No era algo que había

planeado.

—Fui a una escuela privada para niñas, y las pocas citas que tuve eran acompañantes para mis bailes, escogidos por mis padres. Siempre pasamos la Navidad en Aspen, los veranos en nuestra casa del lago, y creo que realmente nunca llegó el momento.

Me moví, acurrucándome más cerca de su cuerpo caliente.

—Decidí quedarme cerca para ir a la universidad en vez de marcharme y encontrar mi propio camino como me había prometido a mí misma. Y supongo que seguí viviendo en el molde que mis padres crearon para mí. Estúpida, ¿no?

—No, en absoluto, nena. Eso no es lo que quise decir —Me dio un apretón, y me abrazó más fuerte—. Sé que no soy la clase de hombre con quien sales usualmente, pero quizás... sólo por ahora...

—Shh. Vamos paso a paso, Cade —Entrelacé mis dedos con los suyos y los llevé a mis labios para darle un beso en el dorso de su mano. Se rio en mi oreja, y sentí una brisa cálida en mi nuca.

—Puedo pensar en algo que me gustaría que besaras más que mi mano— Su voz era grave y ronca.

Detrás de mí sentí cómo le crecía la erección en sus jeans y escuché cómo

respiraba con dificultad. Me di vuelta en el estrecho sofá para estar de frente a él. Sus ojos eran oscuros e intensos, y llenos de deseo. Sin mediar palabras, cada uno comenzó desabrochar los pantalones del otro mientras nuestras lenguas chocaban en un beso frenético.

Cade deslizó mis jeans por mis piernas, todo junto con mi ropa interior. Yo bajé sus pantalones y calzoncillo lo suficiente como para sentir el calor de su pene sólido presionando contra mi vientre desnudo. Lo agarré con ambas manos, por lo exuberante, y lo acaricié con cuidado.

—Mierda, qué bien se siente—Miró mis manos que iban hacia arriba y abajo, y gruñó en su garganta. Tiró del borde de mi blusa, lo solté un momento para levantar los brazos por encima de mi cabeza, y le permití quitarme el molesto pedazo de tela .

Me alzó encima de él para quedar acostada sobre su cuerpo, su erección tensa empujando contra mi abertura. Estábamos tan cerca, sólo unos milímetros más y estaría dentro de mí. Su mirada oscura chocó con la mía y me quedé sin palabras. Moví mis caderas contra las suyas, deslizando su pene contra mis pliegues húmedos. Sentí cómo se tensaba su cuerpo y cuando abrí mis ojos, los suyos estaban cerrados y respiraba agitado.

El sonido de sollozos suaves provenía de la habitación de Lily. Nos separamos, nuestros ojos buscando los del otro.

—¡Caden! —gritó Lily.

Saltó, se puso sus jeans y se fue corriendo a la habitación.

Me senté en el sofá y me puse la ropa. El momento se había perdido. Podía oír la voz de Cade murmurando palabras cariñosas para calmar a Lily.

Me puse mis zapatos y mi chaqueta. Había sido un día largo, y mis emociones encontradas sobre Cade y las quejas acerca de Lily me dejaron

exhausta.

Cade regresó unos minutos más tarde, luciendo muy cansado.

—¿Está bien?

Se frotó la nuca.

—Sí, está bien. Sólo fue un mal sueño. La puse en mi cama.

Ah.

Miró mi chaqueta y frunció el ceño.

—Se está haciendo tarde —expliqué.

Asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que sí —Cruzó la habitación en dos trancos, me abrazó contra su pecho, y me dio un beso suave en la boca—. Buenas noches.

—Buenas noches —susurré, sin aliento por su beso.

Me acompañó a la acera y se detuvo cerca de la puerta del auto cuando me subí al interior.

—Entonces es mañana, ¿verdad? ¿A qué hora?

—A las seis. Nos encontraremos en frente del Sherman Oaks Country Club.

Negó con la cabeza.

—Maldita sea, pastelito...

Yo sabía que convenientemente omití que la cena era en el club de mis padres. Le sonreí con dulzura.

—Ah, y ¿Cade? Usa una corbata —Cerré la puerta de mi auto ante su expresión de asombro y arranqué. Cómo pasamos de estrella porno/paciente a

pseudo-novio, no tenía ni idea. A pesar del día doméstico que compartimos, no podía olvidar que Cade y yo proveníamos de caminos muy diferentes de la vida, y sabía que la cena con mis padres pondría a prueba cualquier tipo de relación que hubiéramos iniciado.

* * *

Vi a Cade de inmediato. Estaba vestido con una camisa blanca y una corbata azul marino, con pantalones azul marino a juego. Se veía muy sexy, pero no pude dejar de notar cuán fuera de lugar quedaba en la entrada del club snob, con su tatuaje jugando a las escondidas con el cuello de su camisa. Y seguramente él también lo sentía, porque sus ojos se movían alrededor del estacionamiento buscándome y la postura de sus hombros sólo se relajó cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Me apreció con una sonrisa sexy cuando me acerqué, mis tacones de aguja resonando contra la calzada de ladrillo. Cuando llegué, colocó una mano en la parte baja de mi espalda, me acercó a su cuerpo, y me dio un beso en el cuello.

—Te ves sexy, pastelito —gruñó.

Me sonrojé por el cumplido, y miré mi vestido negro ajustado que rara vez tenía oportunidad de usar.

—Gracias. —Mis ojos escanearon el estacionamiento y cuando divisé a mis padres, me separé del abrazo de Cade.

Mi mamá llevaba un traje de pantalón de color azul pálido y mi papá vestía su indumentaria habitual de domingo: pantalón sport y una chaqueta azul

marino, cuello desabotonado, sin corbata. Era el único día de la semana que no usaba corbata, considerando que trabajaba casi de lunes a domingo. Pero sabía que si Cade la usaba causaría una buena impresión.

Mientras se aproximaban, Cade se acercó a mi oído.

—¿Por qué tengo que usar una corbata si él no lo hace?

Le di un codazo en sus costillas, y sonreí forzosamente mientras mis padres caminaban hacia nosotros.

Un hombre de traje se acercó desde nuestra izquierda, y le entregó un juego de llaves en la mano a Cade.

—Oye, mantenlo encendido, volveré en un rato.

Los ojos de Cade se cruzaron con los míos, llenos de irritación. ¡Ay! Mi confusión se aclaró y me di cuenta de que él pensó que Cade era un empleado de *valet parking*.

Cade le gruñó algo al hombre, y le arrojó las llaves nuevamente justo cuando mis padres se detuvieron junto a nosotros.

Mi mamá y yo intercambiamos besos y le di a mi papá un abrazo rápido antes de presentarles a Cade.

Ellos le sonrieron cortésmente, y mi papá y él se dieron la mano.

—¿Qué fue eso? —preguntó mi papá, señalando con la cabeza hacia el hombre que esperaba en la acera al verdadero *valet*.

—Sólo un malentendido —intervine rápidamente antes de que Cade pudiera abrir la boca, y puse una sonrisa en mi cara.

Eso fue extraño. Muy extraño. *Sigue la corriente, Alexa.*

Los ojos de mi madre recorrieron mi vestido y frunció su boca. Tiré del

dobladillo de mi falda, tratando de llevarla más cerca de mis rodillas. Cade se dio cuenta de lo que estaba haciendo y tomó mi mano entre las suyas, dándole un firme apretón antes de soltarla. Respiré profundamente y seguí a mis padres al comedor.

La anfitriona nos sentó en la mesa habitual de mis padres cerca de las ventanas con vista al golf. Al estar bien entrado el otoño, no había muchos jugadores en el campo hoy, sólo algunas almas dedicadas que estaban a punto de finalizar en el último hoyo.

Cade como siempre un caballero, parecía haber dejado atrás el percance con el valet, y acomodó mi silla antes de sentarse en la suya. Frunció el ceño ante la cantidad excesiva de cubiertos en su plato de sitio y le di un suave apretón en la rodilla debajo de la mesa.

—Alexa nunca trajo una *cita* a nuestras cenas dominicales —dijo mi mamá, mirando con recelo a Cade.

Cade pensó rápidamente y tomó mi mano sobre la mesa.

—Bueno, estoy feliz de estar aquí.

Mi madre se acomodó en su silla, con la espalda todavía muy erguida, pero aparentemente satisfecha con su respuesta.

El camarero vino a tomar nuestra orden de bebidas, y comenzó con Cade, que pidió una botella de cerveza. Hice una mueca. Nunca bebíamos en las cenas de los domingos. Era una costumbre de mis padres. El resto de nosotros pidió té helado.

Cuando el camarero volvió con las bebidas, Cade rechazó la sugerencia de un vaso para la cerveza y pensé que los ojos de mi madre se iban a salir de sus órbitas. Pero cuando él inclinó su cabeza hacia atrás y bebió directamente de la botella, dejando al descubierto una pequeña porción de su tatuaje, mi madre

ahogó un suspiro y sujetó el mantel frente a ella.

Quería ir al baño y esconderme. No habría sido la primera vez que lo hacía. El último cubículo en el lado izquierdo del baño de mujeres me había servido como escondite unas cuantas veces a través de los años para escapar de las intromisiones de mi madre.

Papá finalmente hizo la pregunta que sabía que había estado en su mente desde que conoció a Cade.

—Bien, ¿a qué te dedicas, Cade?

Cade tomo otro trago fortalecedor de cerveza antes de responder.

—Trabajo en la construcción. Techado mayormente.

—Umm —Mi madre frunció los labios.

Mi padre se limitó a asentir.

—¿Te gusta trabajar con las manos? Nunca fui muy bueno en eso. Diablos, prácticamente tengo que llamar a un electricista sólo para cambiar una lámpara.

Cade sonrió, relajándose un poco en su silla.

—Sí, me gusta ver los resultados tangibles de mi trabajo. Hago todo tipo de cosas, carpintería, electricidad, házmelo saber si alguna vez necesitas una mano. No me animo con la plomería, pero con el resto, por lo general, me las arreglo.

Me di cuenta que nunca había escuchado a Cade hablar de su trabajo. Me gustó escuchar cómo lo describía. Era lo mismo que yo sentía acerca de la enfermería. Me gustaba la idea de ayudar a mejorar algo, dejándolo en mejores condiciones que la forma en que lo encontré. Claro, mi trabajo era con la gente, y el de Cade con materiales inanimados, pero aun así comprendí

lo que quiso decir. Dudaba que mi papá pudiera identificarse, los balances no eran emocionantes exactamente. Pero me gustó que él asintiera con la cabeza y sonriera, al menos trataba de relacionarse con Cade.

El camarero no tardó en volver para tomar nuestro pedido.

—¿Las costillas especiales para el Señor y la Señora Blake?

Mis padres estuvieron de acuerdo. Cade le devolvió el menú sin mirarlo.

—¿Tienen hamburguesas aquí?

El camarero asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor.

Sin saber lo que me había poseído, seguí el ejemplo de Cade. Tal vez fue Lexa, la despreocupada que come alitas de pollo, haciendo su reaparición.

—Voy a ordenar la hamburguesa también.

—Pero tú siempre pides las costi... —Mi madre interrumpió.

—Lo sé, pero tengo ganas de comer una hamburguesa esta noche.

—No seas ridícula. Ella pedirá la costilla —Mi madre le dijo al camarero.

La mirada del camarero rebotaba entre mi madre y yo, aparentemente inseguro de a quién escuchar, cuando Cade interrumpió.

—Alexa es una chica grande, ella sabe lo que quiere —La declaración traía implícito un significado más profundo y todos lo sabíamos.

No pude evitar sonreírle antes de volverme hacia el camarero.

—La hamburguesa, por favor. Bien cocida con queso gouda.

Cade se inclinó hacia atrás, y colocó su brazo sobre el respaldo de mi

silla, bebiendo su cerveza casualmente.

—¿Has visto mucho a Peter, querida? —preguntó mi mamá.

Buen momento, mamá.

Cade me miró, claramente interesado en mi respuesta.

—No, mamá—respondí en un tono cortante, mientras la miraba con cara de *termínala*.

El resto de la cena transcurrió sin más drama. Mi papá y Cade trataron de encontrar temas para charlar, y después de varios intentos fallidos con las inversiones 401k, y luego con la política, finalmente se decidieron por algo en lo que ambos concordaban: fútbol americano y los Osos de Chicago. En pocos minutos estaban discutiendo animadamente del draft y el último arresto del quarterback.

Mi madre comía en silencio, apuñalando su cena y empujándola alrededor de su plato. Mi hamburguesa estaba deliciosa, y me pregunté por qué no la había pedido antes. Comí cada bocado y casi estallaba en mi vestido cuando nos marchamos del restaurante un poco más tarde.

Cade y yo nos quedamos en el lugar después de que mis padres se alejaron. Su camioneta llamaba la atención en el estacionamiento lleno de sedanes de lujo y SUVs. Incluyendo el mío.

—¿Sophia está cuidando a Lily?

—Sí —contestó.

—¿Tienes tiempo para venir a tomar algo a mi casa? Yo no vivo lejos de aquí.

Me gustó la idea de que viera donde yo vivía, por no decir que estaba ansiosa por terminar lo que habíamos comenzado ayer a la noche, antes de que

nos interrumpiera la pesadilla de Lily.

Suspiró y se pasó las manos por el pelo, luego aflojó el nudo de la corbata.

—No creo que sea lo mejor.

El aire a nuestro alrededor cambió. Se torno frío, denso.

—¿Cade? —Me acerqué un paso—. ¿Qué sucede? —Me preparé para lo peor, dispuesta a oír que los prejuicios de mi madre habían sido demasiado para él y terminaba conmigo.

—Tengo que ir a casa con Lily —Sus ojos me evadían y sabía que había algo que me estaba ocultando.

Estaba a punto de decirle que Lily iba a estar bien durante una hora, pero algo en su postura rígida me dijo que no lo presionara.

—Bueno, supongo que podría ir a tu casa, entonces.

Dio un paso atrás.

—Esta noche no, Alexa.

Fruncí el ceño, y cuando me di cuenta de que me había llamado Alexa en lugar de pastelito, mi estómago se retorció en un nudo doloroso.

—¿Qué pasa?

—Escucha, Lex. Tú y yo nos divertimos, pero ambos sabemos que yo no puedo permitirme la mierda a la que estás acostumbrada. Las cenas de costillas especiales y la pedicura de trescientos dólares no se ajustan a mi estilo de vida. Esto está destinado a terminar en algún momento, y cuanto más tiempo pasemos juntos, más perjudicará a Lily cuando finalmente suceda.

—Lo siento, yo pensé que la hidroterapia y el masaje serían beneficiosos

para sus piernas.

Esa visita al spa no había sido para mí. Lo había hecho pensando en Lily. Sus ojos se abrieron cuando lo comprendió, y un destello de culpa los atravesó.

—De todos modos, ya sabes que tengo razón. Se notaba en la cara de tus padres que no aprueban esta relación. Yo no fui a la universidad. No tengo un título elegante. Tengo responsabilidades: una hipoteca y la custodia exclusiva de una niña de seis años.

—¿Qué fue todo eso ahí dentro acerca de “*Alexa es una chica grande, ella sabe lo que quiere*”?

Lo desafié. Por supuesto, él tenía responsabilidades, ¿pero cuándo le había demostrado que no estaba a gusto con Lily? ¿Y cuál era el problema si no tenía un título universitario? Él tenía una maldita Maestría en seducción.

—Ya eres una adulta. Debes ser capaz de hacerle frente a tus padres.

—Bueno... yo sé lo que quiero —Mi tono fue desafiante y mis ojos no se escondieron de los suyos.

Suspiró y miró al infinito.

—Puede ser, pero tengo una niña a quien cuidar. Ella no tiene a nadie más. Ella tiene que estar primero. Lo siento.

—Lo sé —Comprendí eso, realmente lo hice.

—¿Me estás diciendo que piensas que tus padres aceptarían que nosotros saliéramos? No. Sabes que no lo harían. Tú mamá estaba tratando de emparejarte con Peter mientras yo estaba sentado al lado tuyo

—No me importa.

—A mí sí —Su expresión no flaqueó. Era como si alguien hubiera pisoteado mi pecho, y yo luchaba por respirar.

—Cade... —Traté de tomar su brazo, pero dio un paso atrás.

—Vete a casa, Alexa.

Su tono carente de emoción casi me heló la piel y trastabillé un paso hacia atrás en mis tacones. No quería que me viera llorar, así que me di la vuelta y huí a mi coche.

Capítulo 15

Cade

Mantenerme distanciado de Alexa estaba resultando mucho más duro de lo que jamás había imaginado. Todos los días estaba tentado de conducir hasta el hospital para verla, y sólo Dios sabe que necesitaba saber cómo estaba, oír su voz, ver cómo le estaba yendo. Sin mencionar, que durante los primeros días de ausencia de Alexa, Lily no dejó de hablar de *Lexa* sin parar. No tenía intención de perder la paciencia con ella, pero cuando finalmente sucedió, no volvió a mencionar el tema de Alexa nuevamente.

Gracias a Dios.

Fue exactamente como le anticipé a Alexa: sabía desde el principio que las cosas acabarían así, con una niña preguntando por qué se había ido y mi maldito corazón destrozado por esa razón.

No había dudas de que la cena con los padres de Alexa había cambiado las cosas. Después del intercambio de palabras en el estacionamiento, no hablamos nunca más. Yo casi me había quebrado y la había llamado una media docena de veces, pero intenté darle un poco de espacio. Ella debía entender que lo que había entre nosotros no iba a funcionar. Es decir, ¿qué esperaba, que me ganara a sus padres, que le propusiera matrimonio? Por supuesto, ella no se merecía nada menos. Pero el mundo real no era como uno de esos malditos cuentos de hadas de Lily.

Luego de ignorar varias llamadas de Rick, finalmente cedí, y decidí que ya era hora de hacer otra película. Me prometí a mí mismo que sería la última. Iba a pagar las facturas pendientes de Lily, más mi visita a la sala de

emergencias, y terminaría con el asunto.

Levanté el teléfono y marqué el número, sabiendo que sólo tenía unos minutos antes de que Lily se bajara del autobús.

—¿Rick? Sí, lo haré. ¿Cuándo y dónde?

Escuché mientras me daba las instrucciones. Mañana. Afeitarme en la mañana. Estar en el set al mediodía.

—Hecho. Nos vemos. —Terminé la llamada. Ni siquiera le pregunté con quién iba a trabajar. No importaba. Necesitaba el dinero. Mi contrato estipulaba lo que no estaba dispuesto a hacer: *porno gay*. Y el resto, sabía que podía manejarlo.

Cuando Lily volvió de la escuela, le preparé su merienda y le puse los dibujos animados. Luego, tomé una botella de cerveza y me dirigí a la cochera; necesitaba reorganizar mi caja de herramientas o golpear algo para desahogarme. Una de las dos cosas.

No ayudó mucho a aliviar mi tensión, y diez minutos más tarde estaba de nuevo en la casa.

—¿Lily?

La casa estaba completamente en silencio. No era una buena señal. Pasé de la cocina a la sala de estar y noté el suelo húmedo y tibio. ¿Qué caraj...?

Cuando entré por completo a la sala, el porqué de la alfombra húmeda se hizo evidente. Lily había traído una cubeta llena de agua al living y la tiró al suelo, visto y considerando el charco en el que estaba parado y el recipiente dado vuelta en frente mío.

—Lily, ¿qué sucedió? —Agarré la cubeta volcada, y luego me agaché para quitarme los calcetines mojados.

Lily estaba llorando en silencio en el sofá. Corrí hacia ella.

—Muñequita, ¿Qué ha pasado?

Lloriqueó, mientras mordía su labio inferior. —Quería preparar una pedicura como hicimos Lexa y yo.

¿Era para eso el agua en la cubeta? ¿Para remojar sus pies? La abracé contra mi pecho.

—Shh. Está bien. Todo va a estar bien. —Mierda. Yo no estaba preparado para manejar esto. ¿Cómo iba a reaccionar cuando tuviera su primer período o quisiera ir a una cita? Maldita sea.

Justo cuando estaba empezando a seguir adelante con mi vida y superar el dolor de perder a Alexa, la vida pasa y me da un golpe en el estómago. Mi primer instinto fue llamar a Alexa, para rogarle que volviera, pero seguía limpiando el resto del agua, tratando de convencerme de lo contrario. Cuando ya no pude aguantar más, saqué mi teléfono del bolsillo y marqué su número. La línea sonó varias veces antes de que atendiera su correo de voz. Maldición. Colgué sin dejar un mensaje. ¿Qué iba a decir? Soy un idiota, pero ¿puedes olvidarlo y volver? Sí, eso iba a funcionar.

Me deshice de los trapos mojados en el fregadero cuando sonó mi teléfono celular. Lo saqué de mi bolsillo y, cuando vi el nombre de Alexa iluminando la pantalla, mi corazón comenzó a saltar. Alexa.

—¿Pastelito?

Ella se echó a reír nerviosamente, toda cálida y femenina. Dios, necesitaba oír esa risa. Mis hombros tensos instantáneamente se relajaron y me dejé caer en una silla en la mesa de la cocina.

—¿Cade? —Su voz era precavida—. Vi que llamaste.

Odiaba oírla tan formal y directa.

—Sí, es que... Lily... ella ha estado bastante mal desde que te fuiste.

—¿Lily? —preguntó, su voz teñida con un toque de sarcasmo.

—Sí —dije, perdiendo la calma.

—Bueno, vamos a aclarar algo. No me *fui*, me dejaste. Hay una gran diferencia, ¿no?

—Lo sé —dije tímidamente.

Dejó escapar un suspiro exasperado. —Ahora dime qué pasó con Lily.

Le expliqué lo de la cubeta de agua volcada en la sala y el hecho de que Lily estaba instalada en el sofá vestida con una de mis camisetas viejas y comiendo un tazón de helado. Antes de la cena. Sólo para acallar sus sollozos por el agua derramada.

—Llegaré en diez minutos —dijo Alexa.

—Gracias, pastelito.

—Permíteme aclarar una cosa —replicó ella, su voz mezclada con ira—. Voy por Lily. No por ti. —Y con eso colgó.

Maldita sea.

Saber que Alexa estaba en camino hacía que todo se sintiera más ligero, más correcto de alguna manera. Incluso si sólo estaba viniendo por Lily, el agua derramada y la alfombra empapada, ya nada me molestó. Fui a mi habitación a cambiarme la ropa mojada y esperé que Alexa llegara.

Su llegada fue recibida con carcajadas y Lily tomó su andador para correr a su encuentro en la puerta principal. Me puse de pie y vi cómo Alexa la alzaba en un abrazo. Ella estaba realmente radiante. Estaba mucho más bella

de lo que recordaba. Llevaba el pelo recogido en un cola de caballo, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro, y estaba vestida de manera informal con jeans y una camiseta rosa ajustada. Se veía como para comérsela. Mi propio pastelito.

Pero Alexa fue al grano, cuidando de Lily e ignorándome por completo. Nunca me había sentido incómodo en mi propia casa, hasta ahora. Ella levantó a Lily en su cadera, acunándola y meciéndola.

—Shh —susurró Alexa—. Estoy aquí.

Escuchar a Lily preguntándole entre sollozos e hipo por qué no había venido antes me partió el corazón.

Cuando Lily se tranquilizó, Alexa se dirigió a la cocina, tomó su bolso de la mesa y arrancó hacia la puerta.

Traté de tomarla de la mano, pero ella se escapó de mi alcance.

—Por favor, Lex. ¿Te puedes quedar?

Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de preguntas. —¿Por tí o por Lily?

Tragué. —Por mí. —Tomé su mano nuevamente, y noté que esta vez no se resistió, pero su mano quedó inerte en la mía. Le di un apretón.

—Recuerdo que dijiste... —Comenzó Alexa.

—Sé lo que dije, pero soy un idiota, ¿de acuerdo?

—Sí, lo eres —ratificó. Podía oír la sonrisa en su voz, aunque su rostro permaneció impassible.

—¿Entonces te puedes quedar? Incluso voy a cocinar para ti. No serán costillas, pero...

Ella se echó a reír.

—Supongo que podría comer algo.

—Vamos. Tengo dos hermosas damas que alimentar. — Senté a Lily en una silla del comedor—. ¿Qué quieres, huevos revueltos?

Ella asintió con la cabeza y se acomodó en su asiento, y Alexa me acompañó a la cocina de mala gana.

—¿Huevos? ¿Para la cena? —preguntó Alexa en un tono de sorpresa.

—¿Qué tienes en contra de los huevos?

—Nada —respondió—. Nunca he comido huevos revueltos en la cena.

—Oye, intenta cocinar para complacer el paladar de una persona de ochenta años y una niña de tres. Me gustaría ver qué se te ocurre.

Ella colocó su mano sobre mi mejilla y mantuvo su mirada como reconociendo por todo lo que tuve que pasar. Sonreí ante su preocupación sincera, y después de un momento, dejó caer la mano y se apartó para dejarme espacio para trabajar. Saqué un cartón de huevos y un paquete de queso rallado de la nevera y puse manos a la obra.

No le había contado toda la historia, y tampoco planeaba hacerlo. Ese año que perdí a mi abuela fue bastante difícil, ya que ella básicamente me había criado. Pero sumado a eso, mis padres dejaron a Lily, que todavía no podía caminar a los tres años ya que no habían invertido el tiempo ni el dinero en su cuidado, y la mala salud de mi abuelo... sí, la vida fue un infierno ese año.

La verdad era que a ninguno de nosotros nos gustaron mis intentos de cocina ese primer año, pero en lugar de morir de hambre, logramos que funcione. Y un cartón de huevos era barato. Desde luego, ese fue el tiempo en que sobrevivíamos gracias a los magros cheques del seguro social de mi

abuelo, antes de que muriera mientras dormía una noche y yo comenzara a trabajar a tiempo completo.

Cielos, parecía que fue hace tanto tiempo. Ahora me hacía cargo de Lily casi en piloto automático, pero en aquel entonces, parecía literalmente una hazaña imposible.

Después de la cena, Alexa y yo nos acomodamos en la cama de Lily mientras ella nos leía un cuento. Aunque la historia que había seleccionado estaba un poco por encima de su nivel de lectura, ya se la había leído tantas veces que la tenía memorizada casi palabra por palabra. Mis ojos se posaron sobre el cuerpo extendido de Alexa, su brazo sobre los hombros de Lily mientras se acurrucaban en la almohada, con las mejillas sonrosadas y los ojos clavados en el libro. Mi mirada siguió la longitud de las piernas vestidas de jean de Alexa, que terminaban en sus pies descalzos con las uñas pintadas color rosa chicle. Pasé mis dedos suavemente sobre el arco de su pie desnudo y sus ojos se cruzaron con los míos. Sabía que los dos estábamos esperando estar solos esta noche. Yo también sabía que iba a tener que arrastrarme y rogar.

Una vez que Lily estuvo dormida, Alexa y yo salimos en silencio de la habitación. Empezó a caminar por el pasillo, pero mis manos en su cintura la detuvieron. La abracé contra mi pecho.

—Me gustaría que fuéramos a mi habitación esta noche.

Sus ojos se dispararon hacia los míos, tratando de entender lo que quería decir. Ella parpadeó con los ojos azules cada vez más grandes por la sorpresa, confiando en mí, siguiéndome a dondequiera que pudiera llevarla. Tomé su mano y la llevé dentro de mi habitación a oscuras. Sin molestarme en encender la luz, ya que sólo había una gran cama desordenada y un solo aparador en un rincón, suavemente la conduje hacia mi cama. Cuando sentí que la parte

posterior de sus piernas chocaban contra el colchón, le di un pequeño empujoncito a sus hombros y cayó hacia atrás, riendo mientras se hundía en la cama y yo me abalanzaba sobre ella.

Mis labios buscaron los suyos en la oscuridad, mi cuerpo necesitaba estar cerca de ella de todas las maneras posibles. Estábamos enredados en el centro de la cama, aunque traté de que mi peso no la aplastara. No podía creer que había sido tan estúpido de alejarla. Si por algún milagro este ángel pensaba que yo era lo suficientemente bueno, yo sería de ella. En cuerpo y alma.

—Oye, casi me olvido. Tengo algo para ti. —Me separé de ella, caminé a mi armario y encontré lo que estaba buscando—. ¿Dónde está tu bolso?

—Me lo puedes dar a mí.

—Ahora mismo no. Lo meteré dentro de tu bolso para después.

—Está bien. Mi bolso está en el sofá.

—Vuelvo enseguida. —Troté por el pasillo y deposité el recipiente en el bolso antes de volver a la habitación.

Cuando regresé, ella ya había corrido las mantas hacia atrás y estaba recostada en el centro de la cama. Una vez que la encontré, se acurrucó contra mi pecho, con la cabeza metida debajo de mi barbilla como si ese lugar hubiera sido diseñado exclusivamente para ella. Diablos, tal vez así fue.

Metió una mano por debajo de mi camiseta y me calmó con caricias suaves que no me merecía. Sus dedos quitaron toda la tensión de mi cuello y mis hombros.

—Todo va a estar bien con Lily. Lo estás haciendo lo mejor que puedes —susurró.

Oír que reconocía mis esfuerzos con Lily fue un shock para mi sistema. Era

algo que nunca había oído de nadie, y mucho menos de mí mismo. Siempre había algo más que hacer, algo más de qué preocuparse, algo más que debería haber hecho.

La presencia de Alexa en nuestras vidas era una prueba de ello. Pero, de nuevo, ella estaba llenando un vacío que yo no podía llenar. Le daba un toque femenino. Y al ver la alegría que ella le trajo a Lily, yo no iba a robarle eso. Pero que Alexa reconociera mis esfuerzos, que calmara mis miedos, movilizaba algo dentro de mí, y mi corazón se estrujó en mi pecho. Sabía que no me merecía una mujer tan pura y perfecta, pero maldita sea, no quería alejarme de ella.

—Gracias —dije, simplemente.

—No me gustó la manera en que dejamos las cosas... en el estacionamiento. —susurró contra mi piel.

—Shh —La besé para alejar sus miedos, y aparté un mechón de cabello de su rostro—. Eso fue mi culpa. ¿Me perdonas?

—Mmm. Eso sería demasiado fácil. Quizás necesites que te recuerde lo bien que lo pasamos juntos...

Le di un beso en la frente, mientras me envolvía su aroma dulce.

—Sé que no soy el tipo de hombre que llevas a la casa de tus padres, y eso nunca me había molestado hasta ahora, pero maldita sea, Alexa. Lo siento... —Incluso si yo pudiera ser el primero en estar dentro de ella, el primero en cogerla, ¿sería suficiente? ¿Estaría de acuerdo con el hecho de que tarde o temprano algún imbécil con un buen auto y un trabajo de oficina le propusiera matrimonio? Mierda, no podía pensar así. Era lo que ella se merecía. Pero iba a aprovechar cada segundo con ella hasta que llegara ese día.

Ella empujó contra mi pecho para levantarse, y me corrí de encima suyo. A

la luz de la luna, sólo podía ver su silueta cuando se sentó sobre sus talones y se quitó la camiseta, empujando sus tetas hacia afuera. Toda la sangre fluyó hacia mi entrepierna y contuve un gemido. Tragué saliva, mientras respiraba con dificultad. Ella era increíblemente perfecta.

Me dio algunos besos suaves en el cuello y en el pecho, y movió sus caderas contra las mías. Todo se sentía diferente con ella. Obvio, yo estaba muy excitado, pero era mucho más, también. No había nada sin sentimiento en todo esto. Con cada gemido que salía de ella, cada vez que su mirada se encontraba con la mía, estaba enamorándome más y más profundamente. Pero no le había pedido que fuera parte de mi vida, porque sabía que eso no era realista. Yo ya tenía experiencia, sabía cómo funcionaba el mundo y no quería que Lily sufriera por eso. Cerré los ojos y traté de disfrutar el momento que tenía con ella.

Rodeé su espalda y desabroché su sostén, pues necesitaba saborearla ya mismo. Carajo, daría mi huevo izquierdo sólo por probarla. Le di varios besos con la boca abierta en cada uno de sus senos desnudos. Ella sacó pecho hacia afuera, y se puso más cerca de mi boca.

—No me provoques, pastelito. No me tientes si no estás lista... —Mi voz era gruesa, y mi tono más amenazante de lo que pretendía, pero Alexa se puso de rodillas en el centro de la cama y empezó a desabotonar sus jeans, deslizándolos lentamente por sus caderas, meneando su pequeño culo.

—Las bragas también —gruñí.

Deslizó sus dedos por debajo del elástico y las bajó por sus piernas, y luego las arrojó al costado de la cama junto con los jeans.

Una vez que se desnudó por completo, me quité mi propia camiseta y me bajé los pantalones, y los tiré al piso.

—Ven aquí. —La recosté sobre su espalda, y separé sus rodillas hasta que sus piernas se abrieron tanto como podían, antes de comenzar a saborearla.

Cuando mi boca se encontró con su cuerpo, su cabeza cayó hacia atrás contra la almohada y dejó escapar un gemido. Lamí su clítoris con mi lengua, jugando y chupando la carne delicada con mi boca, mientras ella se retorció debajo mío. Sus caderas no se quedaban quietas, se levantaban al encuentro de mi boca como si tuvieran vida propia, y tuve que agarrar su cintura para poder inmovilizarla. Podía hacer esto todo el día, pero no pasó mucho tiempo antes de que ella apretara el edredón en sus puños y gritara mi nombre cuando su orgasmo la sacudió.

Me arrastré sobre su cuerpo y la abracé contra mi pecho, donde rápidamente se volvió a cobijar.

—¿Estoy perdonado ya? —susurré en su pelo.

Suspiró con satisfacción y dio unas palmaditas en mi espalda.

—Mmmm —Me reí entre dientes.

Dejando de lado el hecho de que tenía una erección palpitante, me habría quedado allí toda la noche mientras la abrazaba, haciendo mi mejor esfuerzo para conquistarla. Pero luego de unos minutos, la respiración de Alexa volvió a la normalidad, y se subió encima mío, a horcajadas sobre mi regazo. La sensación de su calor húmedo contra mi erección envió mi ritmo cardíaco a las nubes. La deseaba. Mierda, la necesitaba.

—No puedes seguir deslizando tu vagina sobre mi verga, cariño, a menos que estés lista para que la entierre en lo más profundo de ti.

Ella dejó escapar un suave gemido.

La agarré de sus brazos, lo suficientemente fuerte como para que supiera

que iba en serio, pero no lo suficiente como para lastimarla, y la saqué de encima mía. —No voy a ser capaz de

controlarme, pastelito, y no quiero hacerte daño.

—Cade, por favor. Dentro mío... —susurró.

Ay, por Dios, oírla suplicar casi me hace acabar. ¿Sabía lo que me estaba pidiendo?

—¿Estás segura? Tu primera vez debe ser con alguien importante, muñeca.

Su respuesta fue determinante. —Lo sé.

Mi corazón se contrajo de nuevo. Quería hacerla mía. —¿Segura que estás lista para esto?

—Sí —susurró, su voz ronca por el deseo.

Le di un beso suave en la boca, y la sentí estremecerse cuando mi erección rozó contra su cadera. Tanteé a ciegas mi mesita de noche, incapaz de cortar el beso y encontré el envoltorio de aluminio que estaba buscando. En cuestión de segundos, me había puesto el preservativo, y una vez que el aroma familiar del látex se respiraba en el aire, mi verga cobró vida propia, empujando contra el vientre de Alexa como si estuviera buscando la entrada. Sabía que tenía que ir más lento, pero sus gemidos y la forma en que movía sus caderas acabaron con mi paciencia.

Puse una mano entre nosotros para colocarme entre sus piernas y me deslicé hacia adelante, empujando la cabeza de mi pene contra su entrada, sosteniéndome encima de ella. Alexa me tomó del bíceps mientras presionaba un poco hacia adelante. Tomó aire y lo retuvo, mientras se mordía el labio.

—¿Estás bien?

Me susurró que sí.

Aparté el pelo de su cara y le di un beso en la frente mientras empujaba nuevamente hacia adelante. La presión de su canal húmedo apretándose era casi insoportable. Saqué mi pene y volví a intentar por tercera vez, tratando de entrar un poco más profundo. Vi el cambio de expresión de Alexa cuando empecé a penetrarla. Era hermosa de ver: los pequeños jadeos que se escapaban de sus labios entreabiertos y sus mejillas sonrojadas.

Cuando empujé más adentro aún, incapaz de contener la fricción de nuestros cuerpos por más tiempo, Alexa liberó un gemido suave que estaba teñido de placer y dolor.

—¿Te estoy lastimando?

Cerró los ojos y negó con la cabeza. —Sigue adelante —instruyó.

Dios, estaba tan apretada que mi pene sentía como si lo estuvieran estrangulando.

—Qué carajos, pastelito, creo que estoy lastimándote. Dime si quieres que me detenga.

Su única respuesta fue una serie de gemidos diminutos. Sus ojos estaban cerrados, apretados por el placer o el dolor, no lo sabía. —Sólo ve despacio , ¿de acuerdo?

Sentí una gran necesidad de protegerla, a pesar de que me iban a doler mucho las bolas. Salí de ella completamente y me senté en la cama.

—¿Cade? —susurró—. ¿Por qué te detuviste?

—Porque te estaba lastimando.

—¿Y? —Su expresión era de confusión genuina—. Ya sabía que me iba a doler la primera vez, pero de todos modos quiero... —Paso su mano por mis abdominales, y se dirigió más abajo.

Retiré su mano y la abracé. Ella se acurrucó en mi falda, y me envolvió con sus brazos y sus piernas. Me dio besos insistentes por todo el cuello y sobre mi tatuaje.

—Mierda, te deseo, nena. ¿Estás segura de esto?

—Por Dios, sí —se quejó ella.

Me llevé la mano a la boca, y apliqué saliva en mis dedos para humedecer la cabeza de mi pene. Alexa todavía estaba empapada, pero tal vez esto ayudaría a que entre más fácilmente.

—Ven aquí, nena. Siéntate y baja sobre mí. Vas a poder controlar la presión. Sólo entra hasta donde puedas aguantar. —Me coloqué en su entrada, y Alexa inmediatamente comenzó a bajar empujando sobre mí. Me mordí la lengua para no decir una sarta de malas palabras. Se agarró de mis hombros, con las uñas clavadas en mi piel, y yo manoteé los cachetes de su culo, para sostenerla firmemente.

—Cade —gimió, enviando una chispa de placer a través de mis entrañas, que me golpeó directamente en las bolas. Quería liberarme, penetrar con fuerza su vagina apretada una y otra vez, pero me contuve, y me quedé quieto mientras ella subía y bajaba lentamente para acostumbrarse a mi tamaño.

Una vez que estuve completamente dentro de ella, echó la cabeza hacia atrás y soltó un profundo gemido. Abrió los ojos y se encontró con los míos, con una sonrisa pícaro en su boca. Se sentía increíble estar enterrado en su cuerpo, pero necesitaba que se moviera o iba a explotar.

Finalmente empezó a mecer sus caderas contra las mías. —Cade, ay por Dios. —Me besó descuidadamente, con la boca abierta chupando y mordiendo la mía. Yo tampoco podía coordinar mis movimientos, nuestros labios se rozaban mientras respiraba contra su boca y le murmuraba palabras cariñosas.

Toda mi atención estaba concentrada en sostener su culo mientras me cogía una y otra vez.

Me montó más rápido, su pecho rozándome mientras se movía. —Sí, así es mi amor. Ay mierda, justo ahí, nena. —Conociendo mi autocontrol, ya sabía que no iba a durar. Llevé una mano entre nosotros y froté con la yema de mi pulgar su clítoris hinchado, formando círculos una y otra vez. Apretó sus caderas contra la mías, y gritó mi nombre.

—¿Estás cerca, nena? —Mordí sus labios mientras aumentaba la presión sobre su clítoris y levantaba mis caderas para igualar su ritmo, incapaz de contenerme por más tiempo.

—Cade. Voy a acabar.

Mi pecho se llenó de orgullo y me aguanté mientras ella misma subía y bajaba sobre mi pene, gimiendo y lloriqueando un sinfín de palabras incoherentes, hasta que sentí un torrente de humedad mientras acababa contra mí. La fricción de sus paredes apretadas mientras se contraían a mí alrededor me llevaron al límite, y gemí con mi propio orgasmo, derramándome dentro de ella.

Capítulo 16

Alexa

—Hola, dormilona. —Cade me dio un beso en la frente y una sonrisa perezosa cruzó mis labios cuando recordé dónde estaba: en la cama cálida y acogedora de Cade. Abrí los ojos y encontré su mirada soñolienta a centímetros de la mía. Su alarma sonó en la cómoda y Cade saltó de la cama, todavía completamente desnudo, para silenciarla.

Me estiré y me di vuelta, y sentí el calor de su lugar vacío. Olía como él: un toque de colonia y el resto sólo su propia fragancia masculina. *Él*. Estaba adolorida e irritada sin lugar a dudas y vestida con una de las camisetas de Cade que no recordaba haberme puesto.

—Mmm—ronroneé—. Vuelve aquí.

Cade se volvió hacia mí, con su erección mañanera saludándome mientras se sentaba en el borde de la cama a mi lado. Me dio un beso rápido en la boca.

—Anoche fue increíble—murmuró.

Me estiré seductoramente, me saqué la camiseta y la dejé caer en el suelo.

—Vuelve a la cama.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y sonrió ante lo que vio. Deslizó un dedo a lo largo de mi vientre, y se detuvo en mi cadera.—¿No estás adolorida, nena?

—Sólo un poco. Quizás tengas que besarme toda para hacerme sentir mejor. —Le sonreí seductoramente, en un intento de sonar más osada.

—Creo que no... tengo que trabajar hoy.

¿Qué tiene que ver eso con...?

—¿En la construcción?

Bajó la mirada, y tomó el borde de la manta que me rodeaba. —Eh, no. En realidad, tengo que filmar una película hoy.

Me senté en la cama y me tapé con la sábana el pecho desnudo, todas las inhibiciones de la noche anterior habían regresado ante la mención de... *su trabajo*. Sobre todo, cuando dicho trabajo implicaba dormir con otra mujer.

—No creí que siguieras haciendo eso. Y especialmente después de anoche... —*Mierda*. Me iba a poner a llorar. Aquí mismo, desnuda en su cama y todavía dolorida de hacer el amor.

Respiré hondo para tranquilizarme.

—No me mires así. Tú sabías a qué me dedicaba desde la primera noche que nos conocimos.

Cade se puso un par de pantalones, olvidando incluso sus calzoncillos. Odié la idea de que otra mujer que no fuera yo desenvolvería ese paquete después. No podía compartirlo. Compartirlo con Lily era una cosa, una cosa muy diferente, pero ciertamente no algo como esto. Dios, ¿cómo había sido tan estúpida como para pensar que era una buena idea tener una estrella porno como novio?

—Pero después de anoche... —Las cosas cambiaron para mí. Completamente. Pero si la mañana después de haber estado dentro mío, podía salir y hacer lo mismo con otra mujer sin pensarlo dos veces, claramente mis sentimientos eran más unilaterales de lo que había creído. El sexo no tenía la misma importancia para él que para mí. Y nunca podría estar con alguien que no entendiera y apreciara la intimidad que habíamos compartido. Claro que al principio quizás bromeaba acerca de perder mi virginidad, pero ambos

sabíamos que no era así. Me estaba enamorando de Cade. Me había enamorado. Mucho. Y él se había llevado el regalo de mi virginidad, sin entender que ahora sostenía mi corazón en sus manos.

—¿Cade?

—Lo siento, pero tengo que hacer esto, pastelito.

Tiré las mantas y salté de la cama. *No me digas pastelito...*

—Alexa... habla conmigo. ¿Qué sucede?

Me di la vuelta, y lo enfrenté. —¿Qué sucede? ¿En serio me estás preguntando qué sucede?

No iba a tener esta conversación estando desnuda. Me vestí a las apuradas, sintiéndome cercana a la violencia, a tal punto que si él siquiera trataba de ponerme un dedo encima, lo iba a aniquilar. Si él no sabía lo que estaba mal, era inútil hablar con él en absoluto.

— Así que sin más, te vas a... ¿ir y hacer *eso* hoy?

Bajó la cabeza, al parecer sin palabras.

—No me llames —Salí como una tromba de la habitación, agarré mi bolso y las llaves en el camino, y arranqué de su casa en mi coche lo más rápido que pude. Agradecí en silencio por la potencia de mi camioneta X5, al carajo con la ley. A ver quién se animaba a detenerme. Prefería castrar a un oficial de policía antes de dejar que alguien se interpusiera en el camino hacia mi cama. Con lágrimas en los ojos, llamé a MacKenzie.

—¿Hola? —gruñó semidormida.

—Kenzie, te necesito. Ahora. —Moqueé, y me sequé las mejillas con el dorso de la mano—. Y trae tragos de gelatina.

Ella dudó, mientras se escuchaban los resortes de la cama crujiendo de fondo.

—Son las siete de la mañana.

—Lo sé. Pero es una emergencia—Me sequé las lágrimas que fluían libremente por mis mejillas y respiré hondo—. Me acosté con Cade anoche. Y las cosas se fueron a la mierda esta mañana.

—Ay, carajo. Bueno, espérame allí, voy en camino. —Oí ruidos en el fondo mientras MacKenzie se preparaba, tal como lo esperaba.

—Tráeme vodka, también.

—Dalo por hecho.

Capítulo 17

Cade

Pasé la mañana como perdido en la niebla, todavía aturdido por el giro de los acontecimientos. ¿Por qué Alexa no comprendía que lo que ocurrió entre *nosotros* era real, y que esto era sólo mi trabajo? Era evidente que ella no confiaba en mí, algo necesario si íbamos a mantener una relación.

Alexa ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle, sacó sus propias conclusiones y se fue hecha una furia. No me molesté en detenerla. El asco y el prejuicio dibujados en su rostro me dijeron lo que en el fondo había sabido desde hacía tiempo: yo nunca sería lo suficientemente bueno para ella. Ella nunca sería capaz de comprender que a veces hay cosas en la vida que uno no quiere hacer, pero que tiene que hacerlas para cuidar de su familia. Y Lily era mi familia. Haría cualquier cosa por ella. La vida no era un puto sol y arco iris. La vida real era difícil. Yo hacía lo que había que hacer. Punto. Ella dijo que entendía mis responsabilidades en relación al cuidado de Lily, pero cuando las cosas se complicaron, se largó. Fin de la historia.

Después de llevar a Lily a la escuela, me di una ducha larga, me afeité el pecho y la entrepierna, luego me vestí y me aseguré de estirar los músculos. Recordé que mi sesión anterior de tres horas de sexo, me había dejado dolorido hasta en los lugares más extraños.

Cuando llegué al set, la modelo con la que iba a trabajar ya estaba ahí, con el peinado y el maquillaje en preparación. Sin dudas no se ajustaba a la imagen de estrella porno. Su apariencia era el epítome de una dulce chica común. Tenía el pelo castaño ondulado y largo hasta los hombros, ojos

marrones grandes y era más bonita que sexy.

Me acerqué para presentarme.

—Hola, soy Cade, eeh, quiero decir Sebastian.

Sonrió cálidamente.

—Hola. Soy Jill, pero puedes llamarme Britney.

—Perfecto. Encantado de conocerte —respondí con una sonrisa. Al menos aparentaba ser alguien fácil para trabajar, lo cual era agradable. No necesitaba más drama hoy. Continuaron con su maquillaje, y yo fui a buscar a Rick.

La filmación de hoy era relativamente sencilla. Comenzábamos en un baño muy lujoso, donde me iba a encontrar a Britney tomando un baño de espuma, y después de pasar unos minutos besándonos y ayudándola a lavarse, tenía que levantarla de la bañera y llevarla al dormitorio donde terminaríamos la escena.

Una vez que estuve al tanto del plan, me aplicaron el bronceador, y luego esperé que Rick me diera el pie. Cuando Britney comenzó a relajarse en el jacuzzi, entré caminando al baño, descalzo, y vestido sólo con un par de jeans. Compartimos algunos besos tiernos, y le masajee los hombros y el cuello, antes de pasar a sus pechos. Luego capturaron una toma donde la ayudo a salir de la bañera antes de que cortaran la escena.

Retomamos la acción una vez que estuvimos en la cama, y ya pronto estaba enterrado profundamente dentro de Britney. Pero una vez dentro de ella, no podía dejar de pensar en mi noche con Alexa. Ella era tan suave, tan confiada que yo no quería lastimarla. Estar con Britney era todo lo contrario. Empujó sus caderas con fuerza para equiparar mi ritmo y me rogó que la cogiera más rápido. Un sentimiento profundo y molesto se apoderó de mí, me provocó y cedí, y comencé a entrar y salir más fuerte y más rápido, buscando mitigar el

fuego que me ardía por dentro.

Al darme cuenta de que no tenía que tener cuidado con Britney, ya no me contuve. Aumenté mi ritmo hasta que dejó de pedirme más duro y comenzó a emitir pequeños gemidos. El sonido de los gemidos de Britney me recordó a Alexa. Y con la imagen del rostro de Alexa en mi mente, acabé. Pero a pesar de haber terminado, el alivio no llegó.

* * *

Ian llegó justo cuando el juego estaba a punto de comenzar.

Echó un vistazo a mi mesa de café y señaló las seis botellas de cerveza y la caja de pizza con el ceño fruncido.

—Oye, ¿dónde están las alitas?

Negué con la cabeza. —No tenía ganas. —Eso me recordaba demasiado a Alexa. Maldita sea, ver su boca dulce desgarrar la carne del hueso y su lengua rosada tratando de atrapar una gota de salsa barbacoa... no, no había alitas esta noche.

Se tiró en el sofá, y tomó una cerveza.

—¿Has estado trabajando mucho? —Ambos sabíamos que no me preguntaba acerca de la construcción. Habitualmente, manteníamos la política de *no preguntes, no cuentes* cuando se trataba de mi incursión en la pornografía, pero le comenté que Alexa me había dejado por esa razón, y que por eso había estado tan triste.

—No. Ya pagué las facturas que necesitaba, y ahora estoy alejado de toda esa mierda.

Asintió, mientras bebía su cerveza. —¿Y Alexa?

Apreté los labios y sacudí la cabeza.

—¿Todavía? Maldita sea, sí que eres terco.

Vacíé mi botella y agarré otra nueva, sin quitar los ojos del juego.

—¿Por qué dices que soy terco?

—Porque me estás diciendo que ya no estás haciendo porno... y la razón por la que Alexa te dejó fue porque estabas haciendo porno...

—Sí, supongo que sí —gruñí, mientras jugaba con la etiqueta de mi botella.

—¿Y no ves lo estúpida que es esa lógica? —Ian negó con la cabeza—. Ve tras ella, hermano. Deja de ser un maldito maricón.

—No insistas, hombre. Nunca va a funcionar entre nosotros de todos modos. ¿O sí?

Capítulo 18

Alexa

MacKenzie y yo estábamos sentadas en mi sala de estar con dos copas de vino sobre la mesa de café y una botella de Merlot entre nosotras. Había sido una semana larga. Me despertaba cada mañana con pensamientos de Cade y Lily dando vueltas en mi cabeza y me iba a la cama cada noche con lágrimas en los ojos. Los extrañaba con locura, aunque nunca lo admitiría frente a Cade. Lo que él había hecho era imperdonable. Me había decepcionado, pretendiendo ser un muchacho increíble que hasta había conocido a mis padres, por amor de Dios, pero lo peor de todo, había conquistado mi corazón. Era exactamente lo que MacKenzie me había advertido. Gracias a Dios no escuché un: *te lo dije*. Simplemente me escuchaba cuando necesitaba desahogarme y se quedaba en silencio cuando yo no quería hablar, y vino todas las noches de la semana pasada para distraerme.

Después de algunas copas de vino, MacKenzie intentó sonsacarme información sobre cómo era Cade en la cama.

No le conté nada.

Ella tomó otro sorbo de vino, apoyando una mano sobre su cadera.

—Demonios, podría estar embarazada de siete meses del bebé de otro hombre y aún querría un pedazo de él.

—No me estás ayudando. —Le fruncí el ceño.

Alzó las manos. —Perdón, pero es la verdad. Escucha, cariño, al menos te divertiste. Quizás sólo deberías aprender de la experiencia, y olvidar el resto.

Lo que ella no entendía era que no era tan sencillo. No era sólo el hecho de que Cade había robado mi corazón, también lo había hecho la dulce Lily. Eran un combo en mi mente.

Oí un golpe en la puerta, y luego la llave giró. Tenía que ser Tyson con la pizza.

MacKenzie se asomó al oír la puerta. —¡Más te vale que traigas pizza! —gritó.

Las dos nos reímos. Lo habíamos llamado hace media hora para suplicarle que nos trajera una pizza. Extra queso, extra pepperoni.

Tyson entró a la sala de estar, con una caja de pizza sobre su mano.

—Señoras. —La puso sobre la mesa de café entre nosotras.

—Ty, eres el mejor —Le dije, y le di un abrazo con un solo brazo.

—No hay problema. Voy a buscar algunos platos y servilletas. —Se dirigió a la cocina mientras MacKenzie y yo abríamos la tapa para sentir el aroma increíble que emanaba de la caja. Me alegré de ver que no había quedado ninguna incomodidad entre Ty y yo. Sabía que todavía estaba enfadado por mi pequeña aventura con Cade, pero por ahora, estaba siendo civilizado al respecto.

—Tráete una copa —Le dije a Ty.

—¡Y trae otra botella de vino! —añadió MacKenzie.

Sin esperar por los platos, MacKenzie y yo nos servimos una porción cada una.

Después de comer una pizza grande y tres botellas de vino, decidimos terminar la noche. Los acompañé hasta la puerta y busqué mi cartera para pagarle a Ty por la pizza. Le entregué a Ty unos cuantos billetes antes de

abrazarlos a ambos y darles las buenas noches.

Cuando guardé mi billetera en mi bolso, mi mano tropezó con algo frío y firme. *¿Qué caraj...?*

Saqué el envase negro de mi bolso y lo levanté para inspeccionarlo. —¿El Guardián? —Leí el lateral—. *¿Qué demonios es esto?*

Parecía ser un spray de pimienta. *¿Cómo...?* Oh, Dios mío. Cade. Él había metido algo en mi bolso esa noche, cuando me dijo que tenía un regalo para mí. Me había olvidado.

Dejé el objeto sobre la isla de la cocina y me paseé por la habitación. *¿Por qué me compró eso? ¿Por qué intentó actuar como si le importara cuando obviamente no era así?*

Sin esperar a encontrarle una respuesta lógica, agarré mi móvil y marqué su número. Había pasado más de una semana desde *el incidente*, pero las copas de vino me habían proporcionado el combustible necesario para realizar la llamada.

A pesar de la hora, él contestó al primer timbrazo.

—*¿Qué demonios crees que estás haciendo?*

Su risa grave se apoderó de mí, haciendo temblar mi interior. —*¿Estás borracha, pastelito?*

Ah, *¿así que era pastelito otra vez? —¡No! — Sí.*

—Entonces, tendrás que explicarme a qué demonios te refieres. No sé de qué hablas, muñeca.

Tenía que cortarla con los apodos dulces. *No tenía ningún derecho de llamarme así.*

—Este spray que colaste en mi bolso.

—Es sólo un spray de pimienta. No quería preocuparme por ti andando sola y desamparada por tu cuenta. Considéralo un regalo.

Respiré profundamente. —Bueno, para tu información, ya tengo un spray. Mi padre me dio un envase hace unos años. Está en algún lugar en mi cocina. Y no estoy sola. He comenzado a ver a Peter otra vez. —O por lo menos lo haría, cuando le devolviera la llamada.

Cade dudó un momento, y el silencio alzó un muro entre nosotros.

—Eso fue rápido. Bien por ti. Sin embargo, tu spray no va a ser de mucha ayuda metido adentro de un cajón y si tiene un par de años, probablemente haya caducado. Además, el que te di es el mejor que hay en el mercado. Guárdalo en tu bolso, pastelito.

Puse los ojos en blanco y metí el spray de nuevo dentro de mi bolso. Nombrar a Peter no había tenido tenía la respuesta que esperaba.

—Me tengo que ir. —Pulsé la tecla de Fin en mi móvil, pero no antes de escuchar su risa vibrando a través del altavoz. *Imbécil.*

Enterré mi cara entre mis manos, luchando por contener las lágrimas. Dios, superar a Cade iba a ser mucho más difícil de lo que jamás había imaginado.

A la mañana siguiente, un terrible dolor de cabeza y el sufrimiento de escuchar su voz fueron mis únicos recordatorios de las actividades de la noche anterior. Había sido una estupidez llamarlo, pero era evidente que no cambió nada entre nosotros. Por otra parte, ¿qué había esperado que sucediera? ¿Qué él me suplicara que volviera? No lo creo. Pero ahora que había retomado el contacto, no podía apartar mi mente de Cade, sin importar cuánto lo intentara. Una corrida larga por mi barrio, con la música sonando lo suficientemente fuerte como para sacudir los pensamientos de mi cráneo, seguida de una larga

ducha caliente, y luego consentirme a mí misma yendo a mi lugar favorito de sushi para el almuerzo. Nada de eso funcionó. Cuando llegué a casa de mi cita solitaria, estaba aún más deprimida que antes. Tal vez siempre haya alguna conexión extraña con Cade, que siempre sentiría por haber sido el primer chico que realmente me importaba, y el chico al que le había dado mi virginidad. Tal vez sólo tenía que acostumbrarme a vivir para siempre con la sensación de dolor presente en el pecho. Dios, era un pensamiento deprimente.

Tomé el teléfono y llamé a Peter, y de mala gana acordé otra cita sólo para dejar de pensar en Cade, y luego me dejé caer en el sofá.

Mi portátil apoyado a mi lado me dio una idea. Una idea muy, muy mala.

Hice clic en un enlace titulado Sebastian y Britney. Mientras esperaba que el video se cargara, las mariposas echaron a volar dentro de mi estómago.

La muchacha era bonita. Ella parecía dulce y normal. Vi el último video de Cade, probablemente el que había hecho después de despertarse en la cama conmigo, con lágrimas descendiendo por mis mejillas. Lo que hizo no fue una simple metida de pata. Fue un error imperdonable que estaba en Internet para que todo el mundo lo viera. Y no se podía negar que era él, sobre todo con ese tatuaje único dibujado en su hombro.

Miré con horror cómo la colocaba en el centro de la cama y comenzaba a besarla. Cuando se movió entre sus muslos para saborearla, se me hizo un nudo en el estómago y me obligué a cerrar los ojos. Sabía que era una mala idea mirar esto, verlo con mis propios ojos, sabiendo que probablemente iba a quedar grabado en mi cerebro para siempre, pero por alguna razón no podía parar. Adelanté el video hasta que estuvieron completamente entrelazados, ya que necesitaba ver si su forma de hacer el amor con ella era algo parecido a lo que hizo conmigo.

Lo que vi hizo que mi mandíbula golpeará contra el piso. Sus movimientos dentro de ella eran fuertes y rápidos. Él se había estado conteniendo conmigo, eso estaba claro. No podía creer que alguna vez me hubiera excitado viendo el video de Cade, ahora sólo me enfadaba. El primer plano de él entrando y saliendo de ella casi me hizo vomitar. Cerré el portátil de golpe y salí corriendo de la habitación. Me dejé caer en el centro de mi cama y lloré, abrazando una almohada contra mi pecho y pidiendo que el dolor desapareciera. Pero lo único que vi cuando cerré los ojos fue la expresión lujuriosa de Cade mientras la penetraba.

* * *

—Oh, diablos, no. Me van a escuchar —MacKenzie caminó a través de la barra donde un grupo de chicas se estaba subiendo en las banquetas de bar que habíamos estado esperando veinte minutos para ocupar.

—Está bien, Kenz. —La agarré del codo, tratando de evitar la escena que estaba a punto de armar—. Busquemos otra mesa. — *O podríamos irnos a casa.* Después de mi segunda semana llorando, MacKenzie y Ty decidieron organizar una salida. Comenzamos con algunos tragos en mi apartamento, y luego fuimos a un bar lleno de gente.

—No. Tenemos que encontrar una mesa cerca de las mesas de pool.

No tenía ni idea del porqué de su insistencia, ninguno de nosotros jugaba al pool. —Esa gente se está yendo. —Señalé al otro lado del bar.

—¡Genial! —MacKenzie prácticamente corrió, dando codazos a la gente

mientras cruzaba la habitación.

Por Dios. No sabía que la había poseído, pero Tyson y yo la seguimos obedientemente. Me subí al taburete y coloqué mi cartera sobre la mesa. Se sintió bien darle un descanso a mis pies. No sé por qué decidí llevar tacones esta noche, sobre todo cuando lo único que tenía ganas de hacer era estar en mi cama en pijamas. Después de ordenar otra ronda de bebidas, Tyson de repente gruñó.

—¿Y ahora qué? —Giré en la dirección que él miraba, pero sus manos me tomaron ambos lados de la cara para detenerme.

—No, Lex. No mires.

¿Qué demonios?

Quitó sus manos de mi cara y giré en la dirección en la que él y MacKenzie estaban mirando.

Ah.

Cade estaba aquí.

Una mezcla de emociones me recorrieron al verlo, desde la ira, al resentimiento, al deseo. Maldito cuerpo traidor.

Cade y un amigo estaban acomodando las bolas en el centro de una de las mesas de billar y bromeaban entre ellos.

Odiaba que su sola presencia tuviera el poder de detener mi respiración y que mi corazón se tambaleara en mi pecho, como si mi cuerpo supiera que compartíamos el mismo oxígeno y se rebelaba contra la idea.

Cade se estaba riendo, pero cuando levantó la cabeza y me vio, su sonrisa se derrumbó. Me pregunté si vendría a hablar conmigo, y luego me pregunté cómo me sentiría si no lo hiciera. Le dijo algo a su amigo, cuya mirada se

cruzó con la mía. Sonrió levemente, como si comprendiera, y empujó a Cade en mi dirección. Negándose a ceder, Cade permaneció plantado cerca de la mesa de pool, con los ojos mirando a cualquier parte menos a mí.

MacKenzie, sonriendo con confianza, se enderezó en la silla. —Amigos, no nos volvamos locos. Cade está aquí. Da la casualidad de que está en el mismo bar que nosotros. No es para tanto.

—¡Maldita traidora! ¡No puedo creerlo! —La completa falta de sorpresa de MacKenzie al ver a Cade la delató. Ella había arreglado todo.

Tyson miró ansiosamente entre nosotras, sin darse cuenta de lo que se había perdido.

—No era tu asunto interferir. Dios, ¿le has dicho que quería verlo? —Enterré mi cara en mis manos.

MacKenzie se acercó y colocó su mano sobre mi brazo.

—Por supuesto que no. Escucha, tienes que ser valiente. Sólo le dije que estaríamos aquí esta noche, y si quería verte, si aún sentía algo por ti, debía estar cerca de las nueve en las mesas de pool.

—Eres una idiota, Kenz. No funciona de esta manera. Necesito mi distancia... —Mierda, no quería pensar en él otra vez, aunque no fuera posible.

Ty palmeó mi espalda. Yo sabía que esto era todo culpa de MacKenzie, así que no podía estar enojada con él. —Perfecto. Él está aquí. Entonces yo me iré. —Agarré mi bolso.

—No, Lex. Si te vas, será como si demostraras que no puedes soportar estar cerca de él.

—No puedo. Ese es el punto.

Me apretó la mano. —Él no necesita saber eso. No dejes que te haga marcharte. No le dejes ganar. Puedes soportarlo.

Suspiré y dejé mi bolso. —Bueno. Entonces voy a emborracharme.

—Con eso te puedo ayudar. —MacKenzie sonrió y le hizo señas al barman para que trajera otra ronda de tragos.

Después de varias rondas de bebidas y de observar a Cade por el rabillo del ojo, me di cuenta de que se acercaba a nuestra mesa.

Ay, mierda. ¡Actúa normal, actúa normal!

Ty puso una mano en mi antebrazo. —No, Lex. Otra vez no, no con él. — Sus ojos me suplicaban.

Cade nos alcanzó, le sonrió a MacKenzie, lo miró mal a Tyson, y luego dirigió su mirada hacia mí.

—Tal vez deberíamos darles unos minutos para hablar —chilló MacKenzie, levantándose del taburete y disparándole a Ty una mirada que decía *vámonos*—. Voy a hacerle compañía a tu amigo sexy —Ella miró en dirección al amigo de Cade, morocho y musculoso, que estaba de pie solo en la mesa de billar, bebiendo una cerveza—. ¿Cómo se llama?

—Ian —respondió Cade, sin quitarme los ojos de encima. Una vez que mis amigos me abandonaron, Cade se movió un paso más cerca—. ¿Cómo has estado? —Se pasó una mano por la nuca.

Qué pregunta tonta. Pero yo no estaba dispuesta a admitir cómo me había deprimido por nuestra separación. —Bien. ¿Y tú?

Sus ojos se estrecharon, y estudiaron los míos. Yo sabía que podía ver más allá de mis respuestas vacías, pero no me importaba. No le iba a dar la satisfacción de saber cuánto lo echaba de menos. —He estado mejor —

admitió.

Negué con la cabeza, sorprendiéndome a mí misma riendo. La risa brotó de mi garganta y escapó, a pesar de mis intenciones de mantener las cosas calmas.

—Eres repugnante ¿lo sabías? El sexo significa algo para mí. Tal vez no para ti, pero... —Lo eché—. Déjame sola. No quiero hablar contigo.

Tomó mi mano y la sostuvo. —Déjame explicarte algo, pastelito. —Nunca había pronunciado mi nombre con tanto veneno, y odiaba admitir que eso dolió. Se acercó a mi cara, a pocos centímetros de distancia de mí—. El sexo por dinero no tiene emoción. Es como estar en el trabajo, es duro, estás cansado, sudoroso, sólo deseas terminar, pero no puedes. Tienes que seguir fingiendo el puto acto hasta que algún director imbécil te dice que tienes que acabar. Te lo ordena. Intenta hacer eso con los técnicos de iluminación enfocando las luces en tu cara, y un tipo de sonido con panza de cerveza sosteniendo un micrófono sobre ti mientras tiene una erección, no todo es tan divertido. Créeme. No estoy para nada orgulloso. Pero sabes que haría cualquier cosa por esa niña.

—¿Lily? ¿Qué tiene que ver eso con Lily? Si eres lo suficientemente retorcido como para convertir esto en un acto heroico para proteger a tu hermanita, estás más loco de lo que pensé. —Todavía sostenía mi muñeca y me solté—. Déjame ir. —Me bajé de mi taburete y me escapé al baño.

Capítulo 19

Cade

Maldita sea, tan sólo de verla mi voluntad se estaba debilitando. Estuve a dos segundos de arrastrarla afuera, al mejor estilo hombre de las cavernas, para obligarla a decirme en qué estaba pensando cuando cortó conmigo.

La sorpresa auténtica de Alexa al verme me demostró que MacKenzie había mentido. Maldición. No podía creer que había caído en la mentira de que Alexa estaba muy triste sin mí. No parecía triste, se veía preciosa. Tanto es así, que fue como una patada en el estómago, que me dejó sin aire en los pulmones. Pero al escuchar el resentimiento en sus palabras, al ver la furia evidente en sus ojos, fue como una dura advertencia para mantenerme alejado de ella. Lástima que no podía.

Su ausencia dejó un agujero doloroso en mí y no tenía miedo de admitirlo. Ahora, si tan sólo pudiera pensar en una manera de convencerla de que yo valía la pena. ¿Pero llegaría a confiar en mí otra vez? La mirada asesina que me lanzó en el bar, me dijo que iba a tener una batalla cuesta arriba. Pero ella valía la pena. Era todo para mí. Maldita sea, sonaba como un tonto enamorado.

Mientras la veía desaparecer en el baño, mi mente brevemente registró que sus pantalones eran lo suficientemente bajos como para dejar al descubierto una franja en la parte baja de su espalda, y la tela de jean abrazaba las curvas de su culo. Demonios, un hombre más débil ya habría cedido a esta altura.

La seguí hasta el baño. Me recordé a mí mismo que había sido ella la que se marchó esa mañana, y dudo que algo de lo que pudiera haber dicho

cambiara el resultado de las cosas, pero esta noche ella estaba huyendo otra vez y yo tenía que intentarlo.

Abrí la puerta del baño de damas y lo encontré vacío. Pero podía oír sollozos suaves que provenían del último cubículo de la fila.

—¿Lexa? —Toqué suavemente a la puerta—. ¿Podemos volver a empezar? ¿Hablar de esa mañana que te fuiste?

—No hay nada de qué hablar, Cade. El daño está hecho.

Mis hombros se hundieron. ¿Nuestra relación podría estar tan dañada que realmente no había posibilidades de repararla? Dios, esperaba que no.

Un grupo de chicas entraron al baño, riendo y charlando.

—Oye, no puedes estar aquí —dijo una de ellas—. Tienes dos segundos para salir.

Llamé a la puerta de Alexa con más insistencia. —Vamos, déjame entrar.

Silencio.

—¿Pastelito? —rogué, con mi voz más suave.

La cerradura giró. No esperé a que me abriera la puerta. La empujé y de pronto estaba cara a cara con ella en el cubículo minúsculo. Los círculos oscuros debajo de sus ojos me dijeron que quizás no la estaba pasando tan bien como aparentaba. Pasé un dedo sobre el hueco debajo de su ojo. —¿Estás segura de que has estado bien?

Tragó saliva, y se puso rígida cuando la toqué. —No puedo volver a hacer esto, lo siento.

—Yo también lo siento. —Tomé su mandíbula, y me acerqué para darle un beso suave en la boca.

Ella dejó escapar un pequeño gemido, y un impulso de deseo bajó por mi espina dorsal. Dios, ¿por qué tenía que cagarla con ella? Era perfecta. Todavía no me había echado, así que me incliné de nuevo y busqué su boca, esta vez separando sus labios para probarla. Mi lengua buscó la suya, y no estuve satisfecho hasta que ella me devolvió el beso. Quizás había estado enojada conmigo, pero su cuerpo aún respondía como yo recordaba, sensual y necesitado. Mierda, yo ya estaba duro. Empujé mis caderas hacia las suyas, la aplasté contra la pared y froté mi erección contra su vientre.

Llevó sus manos a mi pecho y me empujó hacia atrás. —No puedo. —Su voz era débil, pero sus ojos estaban decididos.

Quería presionarla, y sabía que probablemente podría. Pero ella seguramente me odiaría aún más al día siguiente si yo hacía eso. —¿Qué puedo hacer? —Le pregunté.

—No hay nada que puedas hacer. —Me rodeó y salió del baño. Me quedé duro como una roca y terriblemente decepcionado al verla alejarse de mí una vez más.

* * *

No alcanzaba a comprender por qué mi cama de repente se sentía tan fría y vacía sin Alexa. Normalmente, no tenía problemas para dormir, y por lo general, caía exhausto en la cama cada noche y dormía profundamente hasta la mañana. Ahora estaba en la cama, mirando cómo giraban las aspas de mi ventilador de techo, y preguntándome si había hecho lo correcto al dejarla ir. Si hubiera intentado detenerla, no sé si ella me habría escuchado. Y, si me ponía en su lugar, yo tampoco estaría de acuerdo si ella filmara pornografía.

Desde que Alexa se había ido, la comida había perdido su sabor. Los días se convirtieron en semanas. Y sentía que ya no podía hacer nada bien cuando se trataba de Lily. No tenía ni idea de que fuera tan difícil hacer albóndigas, pero Lily se aseguró de señalar que yo lo estaba haciendo mal, que así no era como lo hacía Lexa, con respecto a la comida, y con otras cosas también.

Mi único intento de hacerle saber a Alexa que todavía estaba pensando en ella fue recibido con silencio. La idea me surgió cuando pasé por la pastelería que les gustaba a Lily y a ella. Compré un solo pastelito blanco, cubierto con una capa gruesa de glaseado rosa, y pedí que lo envuelvan para regalo y se lo entreguen a ella. En la tarjeta había escrito simplemente, *Te extraño, pastelito*.

Mi casa se sentía vacía y fría sin ella. Lily también lo notó, yo lo sé, pero ambos seguimos adelante, a pesar del peso abrumador de la pérdida de Alexa. Yo alternaba mi tiempo entre el trabajo y el gimnasio, ya que necesitaba escaparme de mi propia casa luego de que Lily se iba a la cama. Los recuerdos de estar con Alexa después de acostar a Lily eran demasiado. Apenas podía mirar mi maldito sofá sin recordar todas las cosas traviesas que le había hecho justo en ese lugar.

La actividad monótona de llevar mis músculos al límite disipaba el torbellino de pensamientos sobre ella, al menos por un rato. Desde el momento en que estaba solo en la ducha, después de mi entrenamiento, ella regresaba a mi mente. Su aroma dulce, sus grandes ojos azules, su sonrisa pícaro. Mi pastelito.

Dejé que el rocío fuerte de la ducha me golpeará la espalda, y agarré la barra de jabón. Lavé mi pecho, debajo de mis brazos y mi estómago, antes de que mis manos viajaran más abajo. Con los pensamientos de Alexa en mi cabeza, mi pene se despertó. *No lo hagas, hombre*, le advertí. Yo no quería masturbarme con el recuerdo de ella, arrodillada mientras golpeaba mi pene

con su lengua traviesa para probarme antes de chuparme profundamente en la caverna de su boca caliente. El recuerdo era demasiado. Pero no podía evitarlo. Me imaginé su cara dulce, esa boca carnosa y la forma en que ella gemía cada vez que yo le decía algo explícito. Mi mano jabonosa buscó mi miembro y comenzó a bombear. Fuerte y rápido, necesito librarme de los recuerdos inquietantes de ella. Apoyé una mano contra la pared de la ducha, con el chorro de agua golpeando contra mi columna vertebral, y cerré los ojos.

—Lex —susurré, mientras mi semen caliente brotaba de mí y caía al piso de la ducha.

Capítulo 20

Alexa

El otoño pasó rápidamente y, para la primera nevada en diciembre, mi corazón había comenzado a sanar, aunque yo sabía que nunca olvidaría a Cade. O a Lily, en todo caso. Todavía los extrañaba a ambos terriblemente, pero mi orgullo no me dejaba contactarlo. Él había tomado su decisión. En algunos aspectos, era el mismo modelo que yo ya conocía. Mi padre eligió su trabajo por sobre mi madre y yo más veces de las que puedo contar. Sólo que en el caso de Cade, la traición era mucho más devastadora.

Durante las últimas semanas, de algún modo caí en la rutina de salir con Peter más asiduamente. Tal vez fue porque era una persona fácil de tratar y me aliviaba la sensación de estar sola, o tal vez porque hacía a mi madre tan ridículamente feliz, pero cualquiera que sea la razón, yo ahora estaba saliendo con él varias veces a la semana. Me había llevado a montar a caballo y también a almuerzos informales y cenas más elegantes. Incluso vino a una cena de domingo en el club ante la insistencia de mi madre.

Pasé las fiestas de Navidad en Aspen con mis padres, esquiando, comiendo demasiado y visitando el spa. Fueron unas buenas vacaciones, pero por supuesto, incluso ahí, al otro lado del país, no pude olvidarme de Cade y Lily. Especialmente, luego de que él me enviara un pastelito con una nota que decía que me extrañaba sólo unos días antes de irme. Pasé los primeros días en Aspen pegada a mi celular, segura de que me iba a llamar. Pero la llamada nunca llegó. Quizá las fiestas o la primera nevada del año lo habían puesto sentimental, y nada más. Sin embargo, me encontré acostada en la cama

despierta por las noches, preguntándome si debería haberle enviado a Lily un regalo de Navidad, o si Cade había cocinado la cena de Navidad. Por alguna razón, me deprimía pensar en ellos dos sentados solos en la pequeña mesa de su cocina, con un plato de huevos revueltos y alitas de pollo. Me preguntaba si les gustaría la langosta, que fue lo que mis padres y yo comimos. No importaba. Necesitaba sacármelos de la cabeza. Cuando regresara de Aspen, me abocaría de nuevo a mi rutina de siempre, incluyendo ver a Peter otra vez.

* * *

Mi primer sábado de vuelta de Aspen, Peter había arreglado para que fuéramos a ver una función de El Cascanueces y en cualquier momento iba a pasar a buscarme.

Me puse un vestido tejido de color rojo vino, medias de color gris y mis botas marrones de caña alta, y dejé mi cabello suelto sobre mis hombros. Esperé junto a mi ventana a que llegara el coche de Peter. Por lo general, corría a su encuentro en la acera, ya que prefería no tenerlo solo en mi apartamento. A pesar de que me gustaba pasar tiempo con él, no estaba lista para nada físico nuevamente, ni con él ni con nadie. Pero hasta ahora, Peter había sido muy paciente, y se había conformado con besitos de buenas noches en su auto cuando me traía a casa.

Me subí a su Lexus, y se inclinó sobre la consola para darme un beso rápido en la mejilla.

—Te ves bien. ¿Cómo estuvo Aspen?

—Fue agradable. Mucho tiempo en las pistas con mi papá y mucho tiempo en el spa con mi mamá. —Lo dejé ahí. Me resultaba un poco extraño hablarle a Peter sobre mis padres, ya que él trabajaba para mi papá, pero no me pidió

más detalles. Vestía un jersey de punto grueso, y yo no pude evitar reírme. No era el tipo de ropa que escogería un hombre y tenía que ser un regalo de Navidad de su mamá. Me acomodé en mi asiento y traté de relajarme, para disfrutar el día por lo que era. Aún no me acostumbraba al olor de su coche nuevo. Abrumaba mis sentidos, como si lo estuviera bombeando a través de las rejillas de ventilación.

Nos dirigimos en silencio hacia el teatro y de repente comencé a bostezar. Las noches sin dormir de las últimas semanas me habían afectado.

—¿Te importa si paramos para tomar un café antes del show?

Miró el reloj en su tablero. —Si lo hacemos rápido, estaría bien.

Unos minutos más tarde, señalé el cartel verde de la cadena de café llegando a la siguiente salida.

Peter salió de la autopista y entró al estacionamiento, haciendo fila en el carril de autoservicio, que estaba abarrotado de clientes.

Conté los autos delante de nosotros. Siete. —Miércoles.

Peter puso el freno de mano y suspiró.

Me quité el cinturón de seguridad. —Voy a correr adentro. Será más rápido.

—Alexa, ya estamos en la fila. —Miró en el espejo retrovisor—. Y ahora estoy atrapado.

—No te preocupes, será como una carrera. Tú espera aquí y yo voy adentro.

—Una carrera, ¿eh? —Sonrió.

Asentí y salté fuera del coche. —Sí. Y voy a ganar. Vuelvo enseguida.

Una vez dentro, noté que había sólo dos personas delante mío en el mostrador. Pan comido. Contemplé mi pedido, y recordé que a Peter le gustaba el chocolate caliente con crema batida, cuando llegó a mis oídos el sonido de una risa masculina al otro lado del salón. Me pareció sorprendentemente familiar y el pánico se alojó en mi estómago. Giré a regañadientes y vi a Cade sentado en una pequeña mesa redonda frente a una mujer.

Deseé poder esconderme, que el suelo se abriera y me tragara entera, pero por supuesto eso no pasó. Él aún no me había notado. Todavía existía una posibilidad de que pudiera escaparme sin ser vista, pero no pude resistir una mirada más. Cade estaba exactamente como lo recordaba, lleno de músculos y rasgos masculinos, con una sombra de barba en su mandíbula. Se inclinó hacia delante, apoyando sus codos en la mesa, y escuchó con atención a la mujer. Podía ver sólo su perfil, pero me resultaba familiar y mi mente intentó ubicarla. ¿Era una de las niñeras que usaba? Algo sobre el cabello castaño que caía por su espalda tenía a mi mente trabajando horas extras. No importaba. Tenía que salir de aquí.

Di un paso hacia atrás y golpeé directamente una torre de tazas de renos, haciendo vibrar la estantería.

Cade escogió ese preciso instante para levantar la mirada. Sus ojos se posaron en los míos y una línea arrugó su frente.

—¿Alexa? —Se puso de pie y caminó hacia mí antes de que pudiera contemplar escapar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cade —murmuré incoherentemente, encontrando su mirada preocupada.

—Sí, soy Cade —Presionó una palma en mi mejilla—. ¿Estás bien? Te ves un poco acalorada.

Mis ojos se dirigieron al otro lado de la habitación, a la pelirroja en su

mesa. Se había girado para vernos, y al verla completa, de inmediato supe quién era. Mis rodillas se aflojaron y una oleada de náusea me asaltó. Cade estaba en una cita con la chica de su primer película. Desirée, creo. Me recordé a mí misma que debía respirar, pero me sirvió de poco. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. ¿Era ella la razón por la que eligió su trabajo antes que a mí? ¿Cuánto tiempo habían estado viéndose fuera del trabajo?

Cade se volvió para mirar a la mujer y soltó una pequeña disculpa. —Lo siento. Déjame presentarte a Sara. —Le hizo señas para que viniera

¿Sara? Supuse que Desirée era su nombre artístico.

Cuando se levantó de la mesa, su mano se movió para acunar su pronunciado vientre redondo y de golpe comprendí todo. Estaba embarazada de varios meses. Mis piernas se aflojaron y caí.

Cuando reaccioné, estaba tendida en el piso. Cade estaba sosteniendo mi cabeza en su regazo y acariciándome la frente con sus dedos. Me miró con ojos llenos de preocupación.

—¿Pastelito? —preguntó.

Me moví para sentarme, pero sus manos grandes me mantuvieron firme donde estaba.

—No te muevas. Tuviste una caída fuerte y te golpeaste la cabeza antes de que pudiera agarrarte. —Me masajeó la nuca, donde tenía un bulto debajo del pelo.

—Ayyy. —Me estremecí por el dolor.

—Eso es lo que pensé.

Cuando recordé por qué me había estrellado contra el piso en primer lugar, es decir, la panza de embarazada de Sara, un sollozo se escapó de mi garganta

y me esforcé por liberarme de las garras de Cade. No quería que me tocara, tratando de consolarme en estos momentos. Sin mencionar, que estaba causando bastante revuelo en la cafetería, así desparramada en el piso. Cade le hizo un gesto para que se fuera a una mesera con cara de preocupación que se acercaba a nosotros.

—Está en buenas manos.

—Cade, déjame levantarme.

Abrió la boca para discutir, pero la determinación en mis ojos debió convencerlo. Me ayudó a levantarme del suelo y me sentó en un sillón de cuero frente a la chimenea. Me sequé las lágrimas de mis mejillas, pero el esfuerzo era inútil. Las lágrimas se negaban a detenerse.

Sara se movía inquieta a su lado y escuché a Cade que le pedía si podía ir a buscar unos pañuelos desechables para mí. Ella se escabulló al baño.

Peter entró caminando a la cafetería. —Vamos, Alexa, vamos a llegar... — Se detuvo frente a mí, y vio las lágrimas en mi cara—. ¿Alexa?

Mierda, me había olvidado completamente de Peter. Tomé los pañuelos que Sara me ofrecía y los presioné contra mis mejillas. Cade se arrodilló al lado de mi sillón, y agarró un pañuelo para ayudarme a limpiar las lágrimas.

—¿Alexa, qué pasó? ¿Quién es este chico? —preguntó Peter.

—Lo siento Peter —contesté—, él es Cade.

Los ojos de Peter se dirigieron a él, y lo miró con incredulidad. —¿Este muchacho?

Peter no sabía mucho acerca de Cade, sólo que era el hombre con el que había estado saliendo antes de él, y que era la razón por la que no quería saber nada de tener una relación seria ahora, debido a la forma en que habían

terminado las cosas entre nosotros. Pude ver la sorpresa de Peter al saber que había salido con un chico como Cade: desaliñado, con jeans desgastados, botas de trabajo y un suéter ajustado de manga larga que resaltaba sus músculos bien marcados, lo cual lo convertía en el polo opuesto de Peter con el cabello con gel, saco de tweed y mocasines italianos. Me limpié la nariz. Sabía que lucía mal pero ya no me importaba. Me sentía como si me hubiera atropellado un tren.

Cade nos miró a Peter y a mí. —Voy a llevarla a casa —nos informó a ambos.

Protesté y Peter se acercó, pero Cade se puso de pie, mucho más alto que nosotros dos. Se volteó hacia Sara, puso una mano sobre su vientre y se inclinó para susurrarle algo al oído.

Un dolor me apuñaló el pecho.

Peter puso una mano sobre mi hombro, pero se volvió para dirigirse a Cade.

—No la vas a llevar a ninguna parte. En primer lugar, nosotros estamos en una cita. Y segundo, estoy seguro de que eres la razón por la que está llorando ahora mismo.

Sara besó la mejilla de Cade y se dirigió a la puerta. No la culpé por desaparecer. Eso sonaba muy bien ahora mismo.

—No tenemos que ir a la función, Peter. —Lo último que quería hacer en este momento era ir a un ballet que trataba de una dulce historia de amor.

—Yo... eh... no te lo dije antes, Alexa, pero conseguí estos boletos por mi tío. Nos encontraremos con él y con su esposa allá.

¿Me había engañado para llevarme a una extraña salida familiar? No había

forma de que conociera a sus tíos ahora, o nunca.

—Sólo quiero ir a casa —murmuré.

Los dos me miraron.

—La llevaré a casa —repitió Cade.

Peter suspiró. —De acuerdo. Me tengo que ir o llegaré tarde ¿Estás segura de que quieres que él te lleve a tu casa?

No era como si tuviera muchas opciones, Peter prácticamente me dejó varada a kilómetros de casa. —Está bien. Sólo vete, Peter.

Se agachó y me besó en la cabeza. —Te llamaré después.

No te molestes, dije para mí.

Nunca antes había estado en el interior de la camioneta de Cade. La cabina necesitaba una buena limpieza, había botellas de agua en el piso y un libro para colorear de Cenicienta en el asiento entre nosotros. Olía como una mezcla entre su perfume sutil y el aroma de un hombre después de un largo día de trabajo.

No dijo nada mientras manejaba, sólo miraba fijamente hacia adelante mientras descansaba una mano en la parte superior del volante.

Cuando se detuvo en mi complejo de apartamentos, me di cuenta que no le había dado mi dirección y tampoco me la había preguntado. Se estacionó junto mi coche y apagó el motor.

Nos sentamos en silencio por un momento. Afortunadamente, mis llanto se había calmado y ahora eran pequeños sollozos.

—Gracias por traerme a casa. —Empujé la puerta de la camioneta y bajé con cuidado al darme cuenta de que el piso estaba mucho más lejos de lo que

había pensado.

Me esperó al costado de la camioneta y tomó mi mano para detenerme. — Espera, déjame explicarte.

No sé qué se apoderó de mí, quizás querer darle un cierre a nuestra relación o mi curiosidad morbosa acerca de su novia embarazada, pero asentí. Envolví mis brazos alrededor de mi cintura y me preparé para la explicación.

—Aquí no, invítame a entrar, Lex.

Asentí y fuimos hacia adentro. Tiré mi bolso y mis llaves en la mesita de la entrada y fui hacia el sillón, sin saber cuánto tiempo más podrían aguantarme mis piernas temblorosas. Me senté y de inmediato me hice un ovillo en el sillón. Pensé que Cade estaba justo detrás mío, pero extrañamente lo escuché hurgando en la cocina.

Levanté la cabeza y lo vi caminando hacia mí con un vaso con jugo de naranja, una caja de pañuelos descartables y un frasco de analgésicos. Me entregó el vaso mientras abría el frasco de pastillas. Una vez que tomé el medicamento se sentó a mi lado. Lo que tenía para decirme debía ser peor de lo que imaginaba, ya que estaba siendo muy amable conmigo. Tal vez Sara estaba embarazada de gemelos, o estaban comprometidos. Maldición ¿Por qué no presté atención a su mano izquierda? Igualmente no me importa, me recordé.

Respiré profundamente. —Entonces... ¿cuándo tiene fecha de parto?

Su rostro se llenó de confusión —¿Quién? ¿Sara?

Obviamente. Asentí.

—Eeeh, creo que a fines de abril.

—Bueno, te pido disculpas por la reacción que tuve... sólo que me tomó

por sorpresa.

Me disculpé por mi ataque de pánico en público, pero no iba a felicitarlo o a abrir una botella de champán.

Cade estudió mis facciones con desgano y se pasó una mano por la nuca.
—Qué carajo, pastelito, el bebé no es mío.

Capítulo 21

Cade

Los pequeños sollozos que todavía le sacudían el pecho me hicieron sentir como un terrible idiota. Alexa se había descompuesto de tan sólo verme. Pero, ¿pensar que había embarazado a una de mis compañeras de reparto? Maldita sea, la estaba embarrando cada vez peor. Tenía que explicarle esto, para aclarar las cosas de una vez por todas.

Tomé su mano en la mía. —El padre del bebé es el novio de Sara. Sólo me encontré con ella porque quería mi opinión sobre cómo dejé el negocio del cine para adultos. A pesar de que está embarazada, Rick sigue acosándola para que siga trabajando con él.

—Espera —Quitó su mano de repente, arrugando la cara—. ¿El bebé no es tuyo?

—No. No es mío —Gracias a Dios, maldita sea. Sabía que no estaba preparado para traer un niño a este mundo. Tenía mis manos muy ocupadas con Lily. Pero la idea de ver el vientre de Alexa creciendo con mi bebé... Bueno, esa era una historia diferente. Borré ese pensamiento de mi cabeza.

—Ah. —Sus hombros se hundieron aliviados—. Y... ¿dejaste la pornografía?

—Sí. Nunca tuve la intención de ser una estrella porno, Lex. Tenía miles de dólares en facturas médicas de Lily que no podía pagar. Necesitaba dinero rápido. —Quería decirle que ese era mi plan desde el principio y si sólo me hubiera dejado que le explicara esa mañana... pero me mordí la lengua. Ni

siquiera había intentado detenerla la mañana que se fue. Y lo había lamentado cada maldito día desde entonces.

Cerró los ojos y exhaló un suspiro tembloroso. —Ah —dijo de nuevo.

Aunque sabía que no debía hacerlo, que no era de mi maldita incumbencia, no podía sacar de mi cabeza a ese idiota con el que había tenido una cita.

—Lex... —Me acerqué más a ella en el sofá y bajé la voz—, ese tipo... Peter... ¿te ha tocado? Sus ojos se abrieron de golpe y se encontraron con los míos. —¿Sabes lo que estás diciendo? —Un silencio tenso flotó en el aire que nos rodeaba—. Nosotros estamos saliendo, él y yo. No tú y yo. No tienes derecho a decidir quién me toca.

Muy bien, entonces. Supongo que eso había quedado claro. La había cagado soberanamente. Pero de tan solo pensar que las manos de otro la habían tocado me daban ganas de golpear algo. Fuerte. —Si sirve de algo, te pido disculpas por todo. Bueno, no todo. No me arrepiento de esa noche contigo —admití.

Su cuerpo se puso rígido. —Eres un idiota, ¿lo sabías? —Se puso de pie y se paseó por delante del sofá, al parecer sacando fuerzas de su ira, una ira que estaba dirigida hacia mí—. Si necesitabas dinero para Lily, lo único que tenías que hacer era pedirlo.

—Completamente descartado —Negué con mi cabeza. No iba a pedir limosna. Así de simple. Fue una promesa que me hice a mí mismo cuando acepté la custodia de Lily, en lugar de que terminara en un hogar de tránsito. Iba a asumir toda la responsabilidad por ella. Fin de la historia.

Alexa giró hacia mí, con las manos en las caderas. —El hecho de que pudieras traicionarme de esa forma, al acostarte con otra mujer, en lugar de poner tu ego de macho a un lado y pedir el dinero... —Se enjugó las lágrimas

que se le habían escapado de sus ojos—. No puedo perdonarte eso... no puedo superarlo. Lo siento.

—Yo también. —Me paré y le besé la frente, antes de que desapareciera por la puerta principal.

¡Mierda! La mala palabra atravesó mi pecho mientras salía de su complejo. Golpeé con mi mano contra el tablero, maldiciendo mientras aceleraba hacia mi casa.

Después de conducir sin rumbo fijo hasta que pude calmar mi frecuencia cardíaca, me sorprendí al ver que había pasado una hora. Estar con ella hoy, verla desmoronarse, sabía que no había una puta forma de que pudiera alejarme y olvidarme de ella. Quería abrazarla, secar sus lágrimas, calmar con besos su angustia. Pero ya no era mía. Y ese descubrimiento fue como un puñetazo en el estómago. A la mierda. No me rendiría tan fácilmente.

La sola la idea de volver a casa sin ella, de vuelta a mi vida vacía, y despertar en una cama vacía cada mañana... No. No me iba a conformar. Esta vez no. Quería verla levantar a Lily en sus brazos de nuevo, haciéndola reír como lo había hecho antes. Tal vez no era digno de su amor, pero era lo suficientemente egoísta como para intentarlo.

Hice una llamada rápida, y le pregunté a Sofía si no le importaría quedarse un poco más con Lily. Diablos, lo que estaba a punto de hacer podría llevarme cinco minutos o toda la noche si me salía bien. Le dije a Lily que la amaba y que escuchara a Sofía.

—¡Te quiero, Caden! —Su pequeña voz sonó en mi oído.

—Yo también te quiero, muñequita. —La fe que Lily tenía en mí me tranquilizó mucho. Di una vuelta en U, ansioso por volver a Lex.

Llamé a la puerta de la que había huido hacía poco más de una hora, pero

esta vez, mis nervios me estaban matando. Ella había dejado en claro que ya no estaba interesada, pero sus lágrimas me dijeron que había algo más. Todavía sufría, así que tal vez aún tenía una oportunidad.

—¡Vete, Kenz! —La voz apagada de Alexa gritó desde el interior—. El vodka no me va a arreglar esta vez.

Volví a golpear. —Soy Cade.

La puerta se abrió de golpe. —¿Cade? —Se tambaleó sobre sus pies y me acerqué para sostenerla, agarrando sus brazos. No podía parar de tocarla, a pesar de que ella prácticamente daba un respingo cada vez que lo hacía.

—¡Epa! Cuidado, ya te tengo. —Necesitaba arreglar esta situación, encontrar las palabras adecuadas para hacerle entender. Pero nunca había sido bueno en las declaraciones amorosas y dudaba que fuera a cambiar ahora. Sólo tenía que encontrar una manera, sin palabras, para demostrárselo.

El dulce aroma de su piel y sus ojos azules nublados enviaron un impulso de deseo a través de espina dorsal.

Carajo.

Capítulo 22

Alexa

—¿Cade, qué estás haciendo aquí? —Di un paso hacia atrás, fuera de su alcance—. Llamé a Mackenzie luego de que te fuiste y pensé que era ella que venía a... quien venía. —Casi digo que venía a animarme, pero eso habría implicado que estaba hecha un desastre. No quería darle esa clase de poder sobre mí.

—¿Puedo pasar?

Mi cerebro aparentemente estaba de vacaciones, porque di un paso hacia atrás, y le permití entrar. Su olor almizclado me inundó y sólo quería enterrar mi cara en su cuello e inhalar. *No, Alexa. No.* Mierda, quizás los tres tragos de vodka que había tomado uno detrás del otro después de que se marchó no habían sido tan buena idea. Mis manos estaban temblando y casi no podía estar de pie.

Me retiré a la cocina y bebí un trago más por si acaso, antes de que Cade entrara a la cocina detrás mío. Tapó la botella de vodka y la colocó de nuevo dentro del congelador.

—Suficiente —dijo bruscamente, su aliento tibio rozando sobre mi nuca.

Me recosté contra la isla de la cocina, su presencia amenazante me tenía cautiva.

—¿Por qué has regresado? —Quería sonar desconfiada, insensible, pero en cambio mi voz delató mi estado de ebriedad y desesperación. *Maldita sea.*

—¿Estás borracha? —Estiró el brazo y jugueteó con un rizo de mi cabello

—. Me fui nada más que una hora. —Su mano rozó mi mejilla, deteniéndose sólo por un momento.

Levanté mi barbilla y le sonreí con suficiencia. —Sin comentarios. — Pronto se daría cuenta del desastre que yo era, de todas formas. Verlo con Sara y pensar que él había continuado con su vida... Dios, me había destrozado. Incluso saber que no era el padre del bebé tampoco había aliviado mi angustia. No era como si me estuviera pidiendo que volviera... ¿verdad? ¿Y qué le diría si lo hacía?

Necesitaba ser fuerte. Y en mi estado de embriaguez, con la deliciosa masculinidad de Cade parada en mi cocina, iba a necesitar un maldito milagro.

Puse mis manos en mis caderas. —¿Por qué estás aquí, Cade?

Su mirada chocó con la mía. —Por ti.

Mi garganta se cerró y me agarré de la encimera para no caerme. Cade no dijo nada más y no hizo ningún otro movimiento. Sólo continuó mirándome, sus ojos cada vez más oscuros de deseo. La anticipación hizo que mi corazón latiera erráticamente en mi pecho.

Seguramente él sabía que esto no era justo. Sería más que indebido seducirme en este momento, cuando estaba vulnerable y necesitada de su contacto. Quería muchísimo más, pero incluso antes de que lo procesara, sabía que libre y voluntariamente le daría cualquier cosa que quisiera. Incluso sabiendo que seguramente mi corazón se marchitaría y se desintegraría de una vez por todas cuando me volviera a dejar.

Se acercó un paso más, como tanteando el terreno, y cuando no hice ningún movimiento para detenerlo, y de hecho incliné mi cuerpo hacia el suyo, acortó el resto de la distancia entre nosotros y me arrastró hacia él.

Me sentí aliviada. Había extrañado esto. Los músculos duros de su pecho,

sus muslos firmes presionando contra los míos en esa forma familiar. Lo había extrañado a *él* y en este momento, estaba tan desesperada que aceptaría cualquier cosa que me pudiera dar. Mi corazón se despertó y golpeaba contra mis costillas, mientras mi cerebro estaba en conflicto con mi cuerpo. ¿Podría soportar las consecuencias de otra noche con Cade? Se inclinó y me dio un beso tierno sobre mi mandíbula, justo debajo del lóbulo de mi oreja.

Mi corazón decía no, mientras que mi cuerpo gritaba sí. Tal vez si yo elegía esto a sabiendas e inteligentemente, si *yo* estaba usándolo esta vez... La pérdida no dolería tanto. Me fortalecí para tomar lo que necesitaba de él... una última vez. Necesitaba ser quien tuviera el control.

Capturé su boca en un beso devastador, separando sus labios con mi lengua e introduciéndola en su boca ávidamente.

Sus manos tomaron mi rostro, e inclinaron mi cabeza para intensificar el beso. Mientras sus manos se enredaban en mi cabello y acariciaban mi mejilla, no me permití sentir la ternura del momento y en su lugar, desabotoné sus pantalones y metí mi mano adentro. Su pene se endureció con mis caricias nada suaves y cuando estuvo completamente duro, dejé de besarlo y me arrodillé frente a él.

Cade se rio entre dientes, y bajó su mano para acariciar mi cabello, retirándolo suavemente de mi cara. —Por Dios, nena, ¿tienes prisa?

Pero su risa murió en sus labios cuando mi boca rodeó su cabeza abultada, y la introduje profundamente.

—Ay, mierda.

Me llené de orgullo y puse cada gramo de energía que tenía en mi desempeño. Mi mente repetía las imágenes de sus videos, e imité los movimientos que había visto, lamiendo sus bolas y chupando una de ellas en

mi boca. Cade se estremeció y retrocedió.

—¿No te gusta? —pregunté, mirándolo ansiosa.

Sus ojos ardían. —Está... bien. —Parecía no encontrar las palabras correctas. Quitó el cabello de mi rostro, mientras trataba de leer mi expresión —. Me gusta más que me chupes la verga, eso es todo.

—Ah. Pero en tu último video... —me detuve, cerrando mi boca de golpe.

Entonces comprendió por qué lo había hecho; ambos recordábamos la forma en que salió de la boca de la chica y la dirigió a sus bolas. Me acarició suavemente la cara.

—Eso fue sólo para la cámara, nena. Estábamos actuando. Mi pene es tuyo y no me gustaba que ella hiciera eso. Mis últimos recuerdos eran de ti, chupándome profundamente en tu boca, y yo no quería los labios de nadie más alrededor mío en ese momento. Sé que probablemente suene estúpido para ti, después de todo... Pero es la verdad.

Respiré profundamente. No importaba qué me dijera a esta altura, me recordé a mí misma. Él no podía modificar el pasado. Necesitaba ser fuerte.

—Está bien. Lo entiendo. —Regresé a mi tarea, agarrándolo firmemente con ambas manos mientras acariciaba y mamaba al mismo tiempo, apartando todos los pensamientos fuera de mi mente.

—Demonios, pastelito. —Sus rodillas temblaron y sus manos se enroscaron en mi cabello, quitándolo de mi rostro y colocándolo en una cola de caballo detrás de mi cabeza.

Con una mano aún en mi cabello, agarró su pene con la otra y lo sacó de mi boca. —No quiero acabar todavía —dijo con los dientes apretados—. Deja que me encargue de ti.

Me tomó de los brazos, me puso de pie, y me dio varios besos dulces en la boca.

—No. Te necesito adentro mío. Ahora. —Leyó la insistencia en mis ojos.

—Está bien. —Levantó el borde de mi vestido tejido hacia arriba y yo alcé mis brazos, y de repente, me encontré parada frente a él sólo con mi ropa interior.

Me desabroché el sostén y lo descarté, y luego rápidamente me quité los calzones. No estaba segura por qué, pero necesitaba tener el control. Sin molestarme en quitarle la camisa a Cade, lo traje hacia mí, con mi espalda apoyada contra la encimera. Sus ojos tenían un rastro de duda, igualmente lo besé. —Tómame.

Me subió sobre la encimera y frotó los labios de mi sexo ardiente.

—¿Estás bien mojada, cariño? No quiero lastimarte.

Necesitaba que la corte con esa mierda del chico bueno. Ambos sabíamos que él no lo era. Por esa razón mi corazón estaba hecho pedazos.

Al descubrir que ya estaba empapada, gracias a las malditas hormonas, se colocó un preservativo que sacó de su billetera. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y clavé mis talones en su culo, instándolo hacia adelante. Segundos después, sentí su pene empujando en mi entrada. Sí, esto era lo que necesitaba, sólo para olvidarme de todo lo demás y perderme en las sensaciones. Una ola de deseo me recorrió el vientre.

Se movió poco a poco hacia adelante, deslizándose dentro de mí lentamente. Demasiado lentamente.

Arqueé mi espalda, tumbada contra la encimera fría y dura, y cerré los ojos.

—Más duro. Cógeme más duro.

Los movimientos de Cade se aceleraron, aunque sólo infinitésimamente y las yemas de sus dedos rozaron mis tetas. —¿Alexa? Mírame.

Abrí un ojo. —Sólo hazlo, Cade. No vas a romperme.

Sus manos se movieron a mis caderas y me jaló hacia delante contra su pelvis. Observé sus movimientos por un momento, antes de cerrar mis ojos nuevamente. Moví mis caderas contra las suyas, a pesar de la combinación de dolor-placer que sentía en mi interior debido a su amplitud. Jadeé intensamente, empujando mi pelvis hacia delante al tiempo que me penetraba, rasguñando su culo con mis uñas.

—Basta, Lex. Basta. No uses el sexo como venganza. —Salió de mi interior, y su pene tibio y empapado, descansó contra mi vientre—. ¿Qué estás haciendo? —Me agarró de los hombros, y me sacudió suavemente hasta que levanté la mirada.

Me incorporé en la encimera, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué diablos estaba haciendo? Yo no era así. No era una diosa en el dormitorio, o en la cocina en este caso, yo era inexperta y torpe. Sólo hacía esto porque mis sentimientos por él me aterrorizaban. Lo amaba. Lo amaba tanto. Me mordí el labio inferior, rehusándome a llorar.

—No soy una estrella porno. Sé que no soy como las otras mujeres con las que has estado...

Soltó un suspiro de frustración y apretó los puños en sus costados.

—¿Eso es lo que pensaste? Que quería sexo duro contigo... debido a mi pasado...

Se subió los calzoncillos y los pantalones—. Mierda. —La grosería brotó

de su pecho como un gruñido. Sus manos temblaban y la mirada en sus ojos era diferente a cualquier otra que haya visto.

Respiré nerviosamente.

Cade me levantó de la encimera, me alzó en sus brazos con facilidad y me acunó contra su pecho mientras salía de la cocina. Abrió de una patada la puerta de mi habitación y me soltó en el centro de la cama, donde aterricé con un ruido sordo.

Gateó hacia mí, se acercó a mi oído, y me habló con una voz baja mezclada con ira.

—Si quieres que te coja duro, lo haré. Pero no porque pienses que eso es lo que yo quiero. Te quiero a ti. Sólo a ti, Alexa. Tus curvas suaves, tu falta de experiencia, tu vagina apretada que sólo ha sido mía. Esa noche contigo, a pesar de lo que pude haber dicho, hicimos el amor y fue el mejor sexo de mi vida.

Se sentó sobre sus talones, dándome la oportunidad de procesar sus palabras—. Y en realidad, no fue sólo sexo lo que compartimos esa noche. — Se pasó las manos por su cabello—. Por Dios, pastelito. Estoy enamorado de ti.

Capítulo 23

Cade

La reacción atónita de Alexa ante esas cuatro palabras no fue exactamente lo que yo esperaba. Sus ojos azules se quedaron atrapados en los míos durante unos segundos, antes de que se cerraran. Negó con la cabeza.

—No lo digas si no lo sientes.

Acaricié sus mejillas y abrió los ojos. —Quise decir cada palabra. Te amo —Una sonrisa floreció en sus labios y me incliné para besarla.

—Si tengo que sacrificarme para darte todo lo que quieras, si tengo que cambiar lo que soy, lo que sea que tenga que hacer, sólo dímelo. Y lo haré. No puedo creer que pensé que podría vivir sin ti.

Bajó la mirada, y un rubor rosado subió por sus mejillas.

—Cade —susurró en voz baja, mientras apretaba las sábanas en sus pequeñas palmas.

—Yo me sentía muy infeliz sin ti. Un desastre total. Por favor, perdóname, pastelito.

Levantó la vista, y al parecer le gustó escucharme suplicar, ya que tenía una sonrisa pícaro nuevamente en su lugar. —Debes comprometerte a estar sólo conmigo. No más películas, sin importar cuan difíciles se pongan las cosas.

—Te lo prometo —Besé el dorso de su mano, los nudillos, la muñeca.

—Y ni siquiera miraras a otra mujer cuando estemos juntos.

La miré a los ojos —No será necesario. Tengo a la chica más bella del mundo conmigo.

Estábamos haciendo nuestros propios votos el uno al otro, y sin importar lo extraño que pudieran parecer, eran perfectos para nosotros.

—¿Va a estar todo bien, si los domingos por la tarde siento el culo para ver el partido y tomar una cerveza?

Se echó a reír con ganas. —Sólo si me dejas comer alitas de pollo.

Sonreí. —Trato hecho.

Se subió sobre mi regazo, con una pierna a cada lado, y apoyó su cabeza en mi pecho. Era extraño, pero yo sentía que ese era su lugar. Me acarició con la yema del dedo ligeramente sobre mi pecho, rozando contra el vello. —¿Irás a la tienda a comprarme tampones y helado de chocolate y revistas de chismes cuando los necesite?

—Maldita sea, nena, si puedo jugar a la Tienda de Belleza de Barbie con Lily, ¿no crees que puedo hacer eso también?

Se echó a reír, con su pecho rozando contra el mío mientras se movía. Mi cuerpo se despertó, y recordó que todavía estábamos prácticamente desnudos.

Me di vuelta y la acosté sobre la cama suavemente, acomodándome sobre ella. Le chupé los pezones, y coloqué uno en mi boca, mientras la miraba fijamente. Me tomé mi tiempo, mientras la adoraba cuidadosamente con mi boca y mis dedos hasta que ella estuviera empapada y me pidiera más. Dios, cómo amaba a esta chica.

La acomodé sobre su espalda con las piernas abiertas y me arrodillé entre sus muslos. Me acerqué hacia adelante hasta que desaparecí en su interior. Ver cómo mi verga se deslizaba entre sus pliegues rosados me calentaba

terriblemente.

Mi único problema con esta posición, apoyado sobre mis rodillas así como estaba, era que no podía besarla. Sin embargo, tenía la vista perfecta de su cuerpo sexy, por lo que la usé para mi provecho. Tenerla ante mí de esta manera me permitía acariciar sus pechos y tocarla entre sus piernas para masajear su clítoris. —Quiero que acabes para mí, nena.

Gimió suavemente, y sus ojos se cerraron en concentración. —Cade, lo quiero más rápido.

—¿Estás segura, nena?

—Sí —Jadeó, mientras me miraba a los ojos.

Agarré sus rodillas y aceleré mi ritmo, hasta que estuve totalmente enterrado en cada embestida, mis bolas golpeando contra su culo.

Ay carajo, no iba a durar a este paso. Su calidez, su cuerpo, su vagina apretada.... Ay, mierda.

—Cariño, no puedo más.

—Todavía no —susurró.

Tragué una maldición, y la penetré más duro, frotando su clítoris más rápido. Las gotas de sudor rodaban por mi espalda por el esfuerzo de aguantar mi orgasmo. —¿Nena?

—Todavía no —exclamó.

Agarré la base de mi pene, para demorar mi orgasmo inminente y continué empujando. Mis bolas se tensaron por el dolor físico de no poder eyacular.

Sus gritos se hicieron más fuertes mientras sus caderas chocaban contra las mías. Ya estaba cerca. Mientras con una mano seguía jugando con su clítoris,

usé la otra para masajearle los pechos, pellizcando y frotando sus pezones hinchados.

Sus caderas se levantaron de la cama y su voz ronca gimiendo mi nombre me llevaron al límite. Embestí dos veces más y llegué a mi clímax, inclinándome sobre ella para susurrarle palabras cariñosas mientras acababa.

Hicimos el amor dos veces más y luego pedimos comida a domicilio, negándonos a salir de la cama, incluso para comer sushi, de entre todas las cosas. Alexa me había prometido que me gustaría, y, sorprendentemente, en realidad no estaba tan mal. Una vez que terminamos, nos quedamos en el centro de la cama, renuentes a dejar los brazos del otro.

—¿Cómo puedo ser yo suficiente para ti, nena? Te mereces el mundo. Ni siquiera mis propios padres me quisieron —Le dije, rozando con un dedo su cadera desnuda. Me negué cuando quiso vestirse, después de la última vez que habíamos hecho el amor.

Se apoyó sobre un codo para mirarme. —Tus padres se perdieron a un hombre maravilloso. Y con respecto a que tú no eres lo suficientemente bueno... —Sacudió la cabeza—. Piensa en el amor incondicional que tienes por Lily. Ella puede suponer un reto, y tú probablemente nunca imaginaste cuidar de una niña de seis años a tu edad, pero para ti, ella es perfecta.

Yo sabía que ella tenía razón. Daría mi vida por Lily. Y sentía lo mismo por Alexa.

—Quizás tú podrías no ser la persona con la que alguna vez me imaginé, pero eres exactamente lo que necesito, alguien con quien puedo soltarme y ser yo misma. No algún idiota estirado que viste de traje y que sólo está cortejándome con la esperanza de impresionar a mi padre y asegurarse su próximo ascenso.

—Es verdad. Ese no soy yo.

—Y me encanta eso de ti. Me encanta saber que te enfrentarías a mis padres o a cualquiera si se da el caso, para asegurarte de que yo sea feliz.

—Diablos, claro que lo haría.

Metí a Lex bajo mi brazo y la abracé hasta que su respiración se volvió profunda y regular. Nunca había pasado una noche lejos de Lily, pero sabiendo que Sophia estaba durmiendo en mi casa y que Lily estaba a salvo, y lo más importante, que Alexa había vuelto conmigo, me dormí fácilmente, sintiéndome más feliz y más completo que nunca.

* * *

—¿Qué estás haciendo exactamente? —Le pregunté a Alexa mientras se arrastraba por la cabina de mi camioneta y se sentaba en mi regazo.

—Shh. Tengo una idea —murmuró contra mi cuello. Tenerla a horcajadas sobre mis caderas con esa pequeña falda negra impulsó una ola de deseo a través de mi cuerpo.

—No es justo, nena. No tengo espacio para tocarte. —Me agarré de los apoyabrazos a cada lado de ella, enjaulándola contra mí, pero todavía dejándola salirse con la suya.

Levantó la barbilla y me miró, la confianza y el deseo ardiendo en esas profundidades azules.

—Silencio. Una vez me dijiste que te gustaba el sexo en la cabina de tu camioneta.

Me reí con ganas. *¿Eso era?* —Solía gustarme. Pre-Alexa. —O P.A., como habíamos empezado a llamar a mi vida antes de ella. No la iba a coger en mi camioneta. Es verdad que estaba oscuro y el estacionamiento se encontraba casi desierto, dada la hora, pero Alexa se merecía mucho más. Se merecía todo.

Me sonrió, recostándose aún más cómodamente en mi regazo.

—Sí, pero saliste a bailar con mis amigos esta noche, aunque sé que odias los clubes ruidosos, y quiero recompensarte. —Movié las caderas contra la parte delantera de mis jeans, y el roce de nuestros cuerpos despertó mi atención.

Tomé su mentón en mi mano y la besé en la boca. Odiaba las discotecas, pero ver bailar a Alexa con una minifalda y tacones y sentir sus movimientos contra mi cuerpo toda la noche, bueno, vamos a reconocer que no soy un mártir. También había ayudado que al parecer cerramos la grieta entre nuestros amigos, ya que invitamos a varios amigos de ambos a salir juntos. Algo así como nuestra primera salida real como pareja. Y para nuestra sorpresa, todos se habían llevado bien. Incluso Tyson y yo habíamos hecho las paces entre nosotros. Al parecer, algunos se habían llevado mejor que otros, como ejemplo de ello, estaba bastante seguro de que Ian y MacKenzie en este momento estaban yendo a la casa de él.

Yo no podía dejar de sonreír, porque esto era exactamente lo que habíamos estado haciendo durante el último mes, ella mostrándome su mundo y yo mostrándole el mío.

Alexa continuó mirándome con una expresión curiosa, su boca curvada en una sonrisa pícaro.

—Aquí no. En mi camioneta no, nena. Déjame llevarte a casa donde puedo

cogerte correctamente. —La besé, mordiendo sus labios.

Sonrió y negó con la cabeza. —No soy frágil, Cade. No hace falta que me trates como a una princesa. Te deseo.

—Pastelito... —Mi voz salió casi como un gemido, medio un susurro.

Sus manos se movieron entre nosotros, me desabrochó el cinturón y me bajó los pantalones. Dios, estaba completamente a su merced. Le pertenecía. El brillo en sus ojos y la sonrisa en sus labios significaban que ella lo sabía.

—Creo que tengo que recordarte... —Bajó mi bóxer lo suficiente para liberar mi pene—. Que esto me pertenece. —Se acercó más, y se movió contra mí para que yo pudiera sentir lo mojada que estaba.

Mierda.

—Ah, es todo tuyo, pastelito. —Corrí su tanga hacia un costado, y froté mi pulgar por sus labios hinchados. Sabiendo que estaba lista, levanté las caderas hacia arriba, y me hundí en su calor húmedo con embestidas suaves. Gimió y se retorció, ajustándose a mi tamaño cuando la penetré. Apreté la mandíbula para no gritar, cuando su canal caliente e increíblemente apretado me envolvió.

—Cada centímetro, mío —susurró.

—Sí, tuyo. —La besé apasionadamente mientras ella aumentaba su velocidad.

Alexa gritó y presionó su mano contra la ventana, marcando el vidrio empañado con una huella de su mano. Si no era obvio lo que pasaba en esta camioneta antes, sin duda ahora sí.

Sus gemidos se hicieron más insistentes y yo sabía que ella estaba cerca. Nunca más tuve que preguntarle. Siempre sabía cuándo estaba a punto de

acabar y demoraba mi orgasmo en consecuencia. Subió y bajó encima mía mientras gemía mi nombre una y otra vez como si fuera su mantra. Estaba muy caliente. Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo en su garganta y pude sentir el orgasmo pulsante exprimiéndome. Agarré sus caderas, penetrándola duro y rápido y pronto llegué al orgasmo también.

Después, la acuné contra mi pecho, y la abracé mientras los latidos de nuestros corazones se calmaban y nuestras respiraciones se mezclaban.

—Te amo, pastelito.

—Te amo, Caden —murmuró, con sus labios en mi cuello.

Epílogo

Alexa

Ocho meses después

—Esa chica es un pez, mira cómo nada. —Se rio mi padre, entrecerrando los ojos por el sol.

Mirar a Lily chapoteando en la piscina era mi nuevo pasatiempo favorito de los sábados. Yo había crecido en esta piscina, en el patio de este club de campo, pero de alguna manera ver a Lily disfrutándola era aún mejor que mis propios recuerdos.

Mi mamá estaba en la piscina con Lily, ya que tratar de mantenerla fuera del agua era como intentar que Cade dejara de llamarme pastelito: una causa perdida.

Miré al otro lado de la terraza y vi a Cade que regresaba con el almuerzo. Dejó los envases descartables sobre la mesa, entre mi padre y yo, antes de besarme en los labios y sentarse a mi lado en el sillón.

—¿Qué hay para almorzar? —preguntó mi padre, dirigiéndose a Cade.

Él se rio entre dientes. —Hamburguesas. ¿Qué otra cosa?

Se había convertido en una broma entre ellos. Cuando mi mamá no estaba en la piscina con Lily e iba por el almuerzo, regresaba con ensalada de salmón o algo igual de extraño para los paladares de Lily y Cade. Lo tomaban con buen humor, sin embargo, al igual que mis padres cuando Cade volvía con hamburguesas con queso para todos. Era como si todos estuviéramos aprendiendo a convivir. Incluso mi papá había recortado su horario de trabajo

los sábados, durante el verano, para pasar el día con nosotros aquí.

Las cosas habían cambiado mucho en los últimos meses, desde que me gradué de la escuela de enfermería. Principalmente, Cade se había ganado la simpatía de mis padres. No fue fácil al principio, pero Cade insistió. Había comenzado con éxito su propia empresa de construcción, y le solicitó asesoramiento financiero a mi papá, por lo que estaba muy contento de ayudarlo, ya que las finanzas eran su tema favorito. Mi padre, a su vez lo refirió a varios de sus clientes para proyectos de remodelación, gente rica del club de campo, y el negocio de Cade había crecido considerablemente en poco tiempo. Ante todo, le dio un estímulo de confianza, y alejó de su mente las preocupaciones por el dinero. Era muy bueno verlo un poco más relajado por el tema económico.

Otra razón por la que mis padres cambiaron la manera de pensar tenía que ver con Lily, una niña tan adorable. Aunque mi mamá no parecía la típica abuela, había comenzado a venir varios días a la semana a buscar a Lily. Era agradable ver que mi madre tenía a alguien en su vida para dedicarle su atención, en lugar de sentarse sola en su enorme casa.

Cade había comenzado a ayudar a mi papá en la casa con algunos arreglos, y mi padre le tenía una gran admiración por sus conocimientos autodidactas. Por supuesto que, convenientemente, habíamos omitido el breve período de Cade como estrella porno y, aunque sus videos todavía estaban en Internet, dudábamos de que mis padres los descubrieran.

El mayor cambio se produjo el mes pasado, cuando Cade vendió la casa de sus abuelos, y yo vendí el condominio que me habían comprado mis padres unos años antes, y juntos compramos una casa a mitad de camino entre nuestros antiguos hogares. Estaba en el mismo distrito escolar de Lily y también cerca del hospital, donde ahora yo trabajaba a tiempo completo.

Mi padre tomó una toalla para mi mamá y la toalla rosa con capucha de Lily con su nombre bordado en un costado, que le había regalado mi mamá, y las ayudó a salir de la piscina.

Aproveché la oportunidad para observar a Cade. Sus ojos también estaban enfocados en mí. Cade vestía un short de baño azul marino que colgaba bajo sobre sus caderas. Eso era suficiente para que deseara quitarme mi bikini y zambullirme en el agua con él para tener un poco de acción submarina, y al demonio con los espectadores. Pero por supuesto, no lo hice. Sólo apreté los muslos, sabiendo que cuando llegáramos a casa de la piscina, Lily estaría agotada y lista para una siesta y Cade y yo podríamos desaparecer en nuestra habitación para estar un rato a solas.

—Más tarde, pastelito —susurró Cade como si leyera mi mente—. Ahora vamos a comer. Vas a necesitar energía para lo que tengo en mente.

Disimulé mi asombro y le sonreí. Era suya, completamente. Cuerpo, alma y corazón. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Agradecimientos

Para mis chicas: las dos Courtneys y mi pequeña musa, Sammy Rae. Gracias por el amor y el apoyo infinito en este viaje, incluso cuando sus propias aventuras sentimentales tienen altas chances de aparecer en un libro en algún momento.

Gracias una vez más a mi fabulosa editora, Tanya Saari, quien me ha dejado con la boca abierta con su capacidad para pulir mi historia y convertirla en una novela. Gracias, querida.

Un agradecimiento especial a mis críticos: Madison Seidler, Lolita Verroen y Charlie Evans. Gracias por sus amables consejos. El peligroso dúo de Sali Powers y Jenny Aspinall está en una categoría crítica aparte, más que nada por el asombroso número de signos de exclamación y malas palabras que utilizaron cuando me contaron lo que les había gustado y lo que no del libro. Ustedes dos tendrán algún personaje bautizado en su honor en mi próximo libro. ¡¡Sólo esperen!! ¡Las quiero, chicas!

Un abrazo de oso gigante para mis lectores por creer en mis historias y dejarme entretenerlos. Amo conectarme con ustedes en Facebook, Twitter y GoodReads. ¡Hacen que esto sea tan divertido!

Ah, y para mi marido sexy que quizás sea mi fan más grande de todos. ¡Hola cariño!

Sobre la Autora

Kendall Ryan es la autora de los best sellers románticos y eróticos *Unravel me* y *Make me yours*. Es adicta a la lectura y escribe novelas románticas llenas de pasión, besos y machos alfa.

Puedes encontrar a Kendall en línea en: www.KendallRyanBooks.com o en Twitter como [@KendallRyan1](https://twitter.com/KendallRyan1)

www.kendallryanbooks.com

www.facebook.com/kendallryanbooks